

Sunao Tokunaga

La calle sin sol

Novela de una huelga en el Japón



**ediciones
mnemosyne**

Sunao Tokunaga

La calle sin sol
Novela de una huelga en el Japón

Colección LITERARIA, n°2

0ª Edición

Ediciones Mnemosyne

www.ediciones-mnemosyne.es

info@ediciones-mnemosyne.es



De la cubierta y la edición, Ediciones Mnemosyne. De la traducción (notas incluidas), E. R. Sadia, al que no hemos logrado identificar con certeza. Nuestro trabajo puede ser reproducido, compartido y difundido libremente mientras se den los créditos apropiados y sin fines comerciales.



ÍNDICE

- 11 / Nota de la editorial Cénit (1931)
15 / Prólogo a la edición alemana (1930)
19 / Prólogo del autor a la edición francesa (1933)

La calle sin sol

LA CALLE

- 23 / I. El manifiesto
29 / II. Arriba y abajo
35 / III. Los habitantes

DOS CAMPAMENTOS

- 45 / I. La fiesta de los huelguistas
55 / II. Dos visitas
67 / III. Asamblea femenina
79 / IV. La víctima

PUESTOS DE COMBATE

- 91 / I. Mensajeros
101 / II. Disparos de revólver

¡FUERA CARETAS!

- 111 / I. Delegados municipales
123 / II. La casa del terraplén de la vía

EL FRENTE

- 135 / I. Arresto
- 145 / II. El reparto de comida
- 153 / III. El gas asfixiante
- 161 / IV. El puesto avanzado
- 169 / V. El cielo y el infierno
- 179 / VI. El terror blanco

EL ASALTO

- 189 / I. La víspera
- 199 / II. La lucha en la fábrica
- 207 / III. En el garlito

HERIDAS

- 217 / I. Escisión
- 229 / II. Esquiroles

BAJO EL YUGO

- 243 / I. El arbitraje a la fuerza
- 253 / II. Rumores

LAS SOMBRAS SOBRE LAS BANDERAS

- 267 / I. Muerte atormentada
- 275 / II. El incendio misterioso
- 283 / III. El segundo incendio misterioso
- 293 / IV. Protejamos la bandera

NOTA EDITORIAL

La actualidad reciente del movimiento obrero del Estado español nos ha llevado a adelantar la edición de esta novela, cuya publicación, en cualquier caso, ya estaba prevista. No queremos ofrecer un recetario, ni mucho menos un «contraejemplo»: sólo nos proponemos traer al recuerdo la experiencia de la clase trabajadora, aunque sea aquí de forma novelada. ¿Acaso hay otra forma de no darse siempre contra el mismo muro?

Antes de pensar en las virtudes estéticas de la novela de Tokunaga, que las tiene, nos interesan las enseñanzas que la historia puede ofrecer. Y, como señalan los propios prologuistas, no se puede separar la obra de su contexto social y político: aunque el movimiento obrero japonés fue realmente activo en el primer tercio del siglo XX esta efervescencia no contó con la dirección del Partido Comunista del Japón. Fundado el 1922, disuelto en 1924, refundado en 1926 (año de la huelga que relata la novela), desorganizado en 1928... nunca estuvo en condiciones de influir decisivamente en la lucha de la clase trabajadora, por una mezcla de factores internos (disensiones, desviaciones, etc.) y externos (una feroz represión policíaca). Esta circunstancia explica, por tanto, la omisión que el lector no podrá pasar por alto: Tokunaga dibuja un fresco omniabarcante del movimiento obrero, pero en él no parece haber sitio para el problema fundamental del poder político. Los límites de la obra parecen coincidir con la fisonomía sindical del movimiento obrero. El ideal comunista no puede, entonces, expresarse en la novela como revolución inminente, y queda condensado en el poderoso –pero impotente– símbolo de la bandera roja.

La novela nipona debe tener, sin embargo, algún mérito artístico: tras ser publicada en fascículos se imprimieron 40.000 copias del libro, tan influyente en su época que se tradujo de inmediato al francés (1929), al alemán (1930), al español (1931) o al ruso (1932). La obra fue también teatralizada al poco de publicarse, y adaptada al cine por Satsuo Yamamoto quince años después (1954).

Respecto a los criterios de la edición, hemos respetado casi totalmente la traducción española de 1931. Más allá de la actualización de algunas palabras y expresiones, que ahora no dan lugar a equívocos (por ejemplo, cambiamos la alusión a los «directivos» de la huelga, que podrían confundirse con los directivos o directores de la empresa, por «dirigentes»), nos hemos limitado a modernizar las transliteraciones de los partidos políticos y sindicatos que el autor menciona, para que quien desee profundizar en la historia de la lucha de clases en el Japón pueda reconocer más fácilmente las organizaciones en cuestión; asimismo, hemos sustituido con la correcta versión castellana «-chan» (sufijo que en japonés se adhiere a los nombres como diminutivo cariñoso) la transliteración «-tjan», transpuesta mecánicamente del alemán; finalmente hemos cambiado el uso de la palabra «compañero» por la más coherente «camarada», presente tanto en la versión alemana (aunque, es cierto, con la ambigua forma de «Genosse») como en la francesa («camarade»).

Queda rescatada del olvido, por lo pronto, una novela que nos muestra implícitamente los límites de la lucha económica; que nos recuerda, también, que los obreros y las obreras de todos los países enfrentan, desde hace al menos un siglo, la misma condición social y los mismos retos en la lucha por su emancipación.

NOTA DE LA EDITORIAL CÉNIT (1931)

La significación, importancia y origen de esta novela, y la personalidad de su autor, quedan suficientemente delineadas por el Grupo Revolucionario Japonés de Alemania, en el prólogo que reproducimos a continuación.

Los que sostienen la peculiaridad racial de la política, resucitando el viejo tópico del «alma de los pueblos», se quedarán un poco sorprendidos al encontrarse en el «Japón heroico y galante» de los paisajes de laca, los kimonos y los almendros en flor con las huestes del proletariado formadas marxistamente y librando sus batallas por un pleito universal de justicia, ni más ni menos que en Londres o en Berlín.

Nuestra versión ha sido hecha sobre la edición alemana.

Tres mil obreros de la imprenta Daido luchan, durante noventa días, contra el bloque financiero del Japón y contra la Policía japonesa. Los ponen en dispersión y encarcelan a muchos. Pero el frente de lucha va extendiéndose cada vez más. Los dirigentes de la huelga son apresados. Se les tortura y apalea. La masa sigue batallando, sin jefes. Y tiene que venir el hambre, a romper las filas de los huelguistas. Los viejos retroceden pero la juventud levanta la bandera dando cara a nuevas luchas.

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ALEMANA (1930)

Esta novela es una de las manifestaciones más características de la literatura japonesa moderna. La escribió un obrero impresor japonés el año 1929. Su tema es la gran huelga de la Sociedad Anónima Kyōdō, una de las mayores imprentas de Tokio.

Esta huelga duró desde enero hasta marzo de 1926, y fue una de las mayores huelgas sostenidas por el Sindicato japonés revolucionario (*Hyōgikai*). Su motivo fue la implantación de la jornada corta, por la cual 160 obreros sólo habían de trabajar de quince a veinte días al mes, sin compensación de salario. Contra esta medida, los 2.000 obreros de la explotación, organizados en la Asociación Radical de Obreros de Imprentas, declararon solidariamente la huelga, que sostuvieron bajo la dirección del *Hyōgikai*. Pero vencieron los empresarios, apoyados tenazmente por la Policía. Después de una lucha heroica de más de dos meses, los huelguistas tuvieron que aceptar las ignominiosas condiciones de los empresarios, o sea el despido de 1.000 huelguistas, con una indemnización de 130.000 yenes.

La novela se aparta algo de la realidad. Así, el nombre de la imprenta Kyōdō se sustituye por el de imprenta Daido, y el principio de la huelga se coloca en agosto de 1926. Además, la segunda Asamblea de partido del *Rōdōnōmintō* (partido obrero y campesino), que había sido fundado en diciembre de 1925 como partido legal de frente único de las masas obreras y campesinas japonesas,

por los errores sectarios y liquidadores de las izquierdas japonesas, y que había de trabajar como único partido de masas, en lugar del Partido Comunista de Japón, que trabajaba ilegalmente, no tuvo lugar hasta noviembre de 1926. Esta Asamblea de partido, la crisis financiera, la moratoria y el cambio de Gabinete ocurrido por estas causas en abril de 1927, aparecen referidos por el novelista a la época de la huelga.

Esta libertad poética tiene su explicación, ante todo, en la consideración para con los camaradas interesados, que todavía siguen trabajando activamente en el movimiento. Pero, además, el autor quiso presentar en su novela con las menos lagunas posibles el cuadro total de los acontecimientos, para aumentar el valor ideológico y el interés del libro. Este propósito aparece logrado de la mejor manera. Aquí, no sólo se describe una huelga económica, sino que se presentan todos los acontecimientos en sus relaciones con la política interior y exterior de entonces en el Japón. La huelga y sus causas se deslizan con el ritmo irresistible de una película. En este sentido, LA CALLE SIN SOL no es tan sólo la novela de una huelga, sino toda una novela proletaria.

Otra particularidad de esta novela es su fácil comprensibilidad para todos. Pero esta condición, lo mismo que la riqueza de su contenido y de su exposición, no es un resultado fortuito. Esta novela se escribió en virtud de la consigna «popularización de la literatura proletaria japonesa», que lanzó dos años antes de la aparición del libro la Liga de Escritores Proletarios Revolucionarios Japoneses. Por esta razón apareció también en la Senki («Bandera de Combate»), órgano común de propaganda de la Liga y de las demás organizaciones de los artistas radicales libres del Japón. Entre las masas de los obreros y campesinos

japoneses encontró gran aceptación, y más tarde fue publicada por la editorial «Senki», con una tirada de 40.000 ejemplares. La acción de la novela fue escenificada y representada con gran éxito a principios de 1930, por la Liga Teatral Proletaria Japonesa.

Cierto es que este libro, según las teorías desarrolladas modernamente por la Liga de Escritores Proletarios Revolucionarios, no carece de defectos. Al autor le corre la pluma fácilmente, y cuenta más de lo que tal vez pudiera tener interés en conjunto. Pero, a pesar de todo, esta novela sigue siendo hoy uno de los mejores modelos de literatura proletaria en el Japón, que ahora extiende su influencia a toda la literatura japonesa. No podemos menos de recomendar efusivamente esta novela a todos los amigos del extranjero como descripción fiel de los acontecimientos políticos del Japón en una época ya histórica hoy, a partir de la cual el movimiento proletario japonés ha tomado un auge vigoroso.

Por fin, una palabra sobre el autor. Sunao Tokunaga nació en 1899. Su padre era un colono de la provincia de Kumamoto, al suroeste del Japón. Después de haber asistido a la escuela popular, trabajó como obrero impresor; luego, en la fábrica oficial de cigarrillos y en los Talleres de Electricidad, y más tarde pasó a Tokio, donde entró a trabajar en la imprenta Kyōdō. Fue uno de los fundadores del citado Sindicato de imprentas, y tomó parte activa en la huelga que describe en su novela. Después de la publicación de su libro pasó a ser miembro de la Liga de Escritores Proletarios Revolucionarios del Japón, y desde entonces ha publicado gran número de obras.

El Grupo Revolucionario Japonés de Alemania
Septiembre, 1930.

PRÓLOGO A LA EDICIÓN FRANCESA (1933)

Escrita en 1929, *La calle sin sol* es la historia de la gran huelga de la imprenta Kyōdō que tuvo lugar en 1926, bajo la dirección del *Hyōgikai* (Consejo de Sindicatos de Trabajadores Revolucionarios de Japón) y que se convirtió en una lucha general de los trabajadores de la impresión contra los patronos agrupados en la Asociación de Imprentas de Tokio. Sindicado en el *Hyōgikai*, yo era entonces uno de los obreros de la imprenta Kyōdō. Me llevó cuatro meses recabar de mis camaradas los documentos relativos a esta huelga, en la que participaron 3.000 obreros. Tardé bastante en elaborar este libro, ya que solo escribía por las noches, después de mi trabajo en la fábrica.

De junio a noviembre de 1929 mi libro apareció en entregas en «Senki» («Bandera de lucha»), el órgano de Asociación de Escritores Proletarios Japoneses. Ese mismo año me incorporé a esta asociación. *La calle sin sol* marcó un hito en la literatura proletaria, primero, porque fue obra de un proletario; después, porque esta historia de una lucha obrera fue escrita en un lenguaje popular. Este libro pedía otras obras similares. Varios novelistas de la clase trabajadora se unieron en una asociación de escritores proletarios revolucionarios, a la que debemos muchas obras valiosas. Desde que en 1928 esta asociación rompió con la socialdemocracia, se expandió rápidamente a pesar de las luchas que tuvo que librar en su interior contra las desviaciones de derecha e izquierda.

La Asociación de Escritores Proletarios, que ahora cuenta con doscientos miembros, está adherida a la Unión Internacional de Escritores Revolucionarios. Su influencia es considerable en el mundo literario del Japón. Es una de las organizaciones más activas del frente cultural proletario japonés, que, además, incluye a la Asociación de Teatro Proletario, la Asociación de Cine Proletario, la Asociación de Fotógrafos Proletarios, la Asociación Proletaria de Artes Plásticas, la Asociación de Músicos Proletarios, la Asociación Proletaria Esperantista, el Instituto Científico Proletario, el Instituto de la Nueva Enseñanza, la Asociación del Ateísmo Militante, la Asociación de Médicos Proletarios, la Asociación de Abogados Jóvenes, la Asociación Proletaria para la Contracepción, la Asociación de Amigos de la Unión Soviética.

La Asociación de Escritores Proletarios publica las *Noticias literarias*, un periódico de masas que tiene verdadera influencia en los trabajadores. El proletariado japonés acogió gozoso la publicación de *La calle sin sol*. ¿Me estará permitido esperar que los obreros de Francia también le den una acogida favorable?

El proletariado japonés y la Asociación de Escritores Revolucionarios Japoneses desean fraternalmente a los escritores proletarios y obreros franceses un rápido crecimiento de su literatura de clase. Esperamos leer traducciones [al japonés] en un futuro próximo.

El autor

LA CALLE

I

el manifiesto

El tranvía se detuvo, los autos frenaron en seco...; camiones y motocicletas, que corrían disparados por las calles, se pararon y se alinearon en larga fila.

—¿Qué ocurre?

—¿Qué pasa?

El sol crudo, tamizado a través del polvo de la calle, quemaba los rostros de la gente aglomerada.

Las masas afluían como bandadas de renacuajos.

—¡Un desfile! El príncipe regente se dirige con su séquito a la Escuela Normal.

La noticia se propagó a media voz, con la rapidez del rayo, en todas direcciones. Los autos pararon sus motores. El estruendo cesó. La gente se quitó los sombreros.

Al cabo de un cuarto de hora, aproximadamente, los que se hallaban en la primera fila divisaron, por detrás del uniforme cargado de oro de un teniente de Policía y de las manos de los gendarmes, que saludaban, cinco autos, que cruzaron silenciosamente, como en una película cinematográfica. En la charolada carrocería reverberaba a la luz polvorienta el escudo imperial, el crisantemo de oro, que ofuscaba los ojos, quebrando un rayo de sol. Pero la gente de las filas de atrás sólo veía las gorras de los polizontes. Dejaron, libre el paso. Las olas humanas rompieron las esclusas con empuje torrencial.

—¡Ay! ¡Ten un poco de cuidado —gritó en aquel momento un hombre, qué llevaba un sobretodo japonés.¹

Le había pisado otro individuo, vestido con un impermeable amarillo, y le había dado un empujón en el pecho.

—Pero, ¿qué es eso?

Algunas personas, a las que también había empujado o pisado aquel individuo, que avanzaba desconsideradamente, gritaban al mismo tiempo. El del sobretodo japonés adelantó su robusto brazo y agarró al otro por la punta del impermeable.

—¡Detenedle! —voceaba éste, alzando su mano derecha sobre la multitud—. ¡Detenedle!

Enfurecido, se esforzaba, como nadando sobre la masa, por alcanzar al que le agarraba. En el mismo momento revoloteó sobre la gente una multitud de hojas blancas, de papel, que cayó lentamente sobre las cabezas.

—¡Ha sido ese obrero!... ¡Hay que detenerle! —gritaba el del impermeable, que tenía traza de comisario.

El del sobretodo japonés, asombrado, soltó el impermeable del otro. Entonces surgió un policía de uniforme y le dio una patada. El infeliz lanzó un grito.

La multitud se aglomeró en torno de ambos. El agente cayó sobre una bicicleta, tirada en el suelo, y encima cayeron varias personas. Se oían gritos de:

—¡Coreanos!²

—¡No, es un socialista!

¹ Pelerina redonda con un agujero para meter la cabeza.

² Los coreanos constituyen una minoría nacionalista y son considerados por la burguesía japonesa como un elemento subversivo.

Los polizontes y los agentes secretos corrían de un lado para otro, conteniendo a las masas. Pero no lograron atrapar al obrero.

—¿Os habéis apoderado de las hojas que acaban de tirar? —preguntó, jadeando, a los policías el hombre del impermeable amarillo.

—Yo no he visto ninguna.

—Yo tampoco.

—¡Imposible! ¡Qué torpes!

Desazonado y nervioso, hizo ademán de volver atrás.

—¡Oh, ahí tenéis una!

Una vieja, que se había caído, estaba limpiándose los vestidos con un papel.

—¡Ésa es la hoja!

La gente se agolpó alrededor de la vieja despreocupada. Un agente secreto arrancó de la mano de la mujer el manifiesto, que decía así:

A LOS QUERIDOS VECINOS DEL DISTRITO DE KOISHIKAWA
Y A TODOS LOS HABITANTES DE TOKIO

Los 3.000 obreros en huelga de la imprenta Daido, con nuestros 15.000 familiares, estamos luchando hace ya cincuenta días contra el gran capitalista Okawa, que despidió groseramente a 38 fundidores de tipos para deshacerse así de los mejores elementos de nuestro Sindicato y hacer sentir el hambre a las 15.000 personas de nuestras familias. Con el potente apoyo del Hyōgikai, del Consejo de los Sindicatos revolucionarios japoneses y de las demás organizaciones obreras, lucharemos hasta lograr la victoria contra el gran bloque financiero de Okawa y defenderemos hasta la muerte nuestro baluarte, que ocupa la primera fila del movimiento obrero japonés.

¡Ciudadanos del distrito de Koishikawa y vecinos de Tokio! Esperamos que estaréis a nuestro lado y apoyaréis el derecho de los huelguistas!

Con la mira puesta en sus intereses privados, Okawa está haciendo pasar hambre a 15.000 personas, y los comerciantes de las calles de Tosaki, Hisakata y Hakusan-goten se han hundido en la miseria. Hay que humillar definitivamente a Okawa, que no se abochorna de esta situación.

Los pedimos, en nombre de la justicia, que con vuestro apoyo y vuestra pública opinión nos ayudéis a eliminar a este sinvergüenza y contribuyáis a nuestra victoria.

*La Asamblea de los obreros huelguistas
de la imprenta Daido
La Comisión de los vecinos simpatizantes
del distrito de Koishikawa*

Octubre 1926

Los ojos del comisario saltaban sobre las líneas como los pájaros entre las ramas.

—Sí, esto es.

Habló en voz baja con los policías, entró en una tienda, sacó una bicicleta y desapareció.

Las sirenas de los autos volvieron a alborotar, el tranvía se puso en movimiento; pero las masas permanecían formando grupos en la encrucijada, como manchas sucias sobre un dibujo infantil.

Unos a otros se decían con voz medrosa:

—Aquí va a pasar hoy algo todavía.

—¡Armar ese alboroto por una hoja!

Desalojada por los policías encargados de la circulación, la gente se colocaba debajo de los toldos de las tiendas y detrás de los buzones de Correos.

—¡Que viene! ¡Que viene!

Crepitando con impaciencia, se acercó disparado un sidocar con el capitán del distrito. El capitán traía el sable entre las piernas. La motocicleta trazó una amplia curva alrededor de la plaza. Un policía se acercó de un salto y se llevó la mano a la gorra, saludando. El capitán le dio apresuradamente, a media voz, sus órdenes, y volvió a marchar hacia la puerta de la Escuela Normal. Unos diez minutos más tarde, llegaron, a paso ligero, medio centenar de policías, que se colocaron, en dos filas, desde la puerta de la Escuela hasta la plaza. Plantados mecánicamente, en actitud impasible, parecían muñecos fotografiados.

II

arriba y abajo

El príncipe regente estaba de magnífico humor. Al sentarse bajo el baldaquino, en el flamante sitio, y saludar a la Escuela, las lágrimas arrasaron los ojos del director, cuya lealtad al emperador era firme y acrisolada.

El sol de otoño derrochaba calor y hermosura.

Su alteza el príncipe regente, guiado por el anciano director, pasó al parque de la Escuela para plantar su árbol conmemorativo.

El parque era extenso y accidentado. En el centro había un gran estanque. Pinos, abetos, cedros y otros muchos árboles de un verdor exuberante revelaban su vetustez en sus entrelazadas ramas. Sobre un valle, por el que no circulaba nada de agua, se tendía un puente de recepción. Con elegante indumentaria matinal, marchaban detrás de su alteza las chisteras y los sables del acompañamiento.

En medio del puente se paró de pronto el alto personaje. El anciano director se estremeció y miró al príncipe. Un ayudante dijo obsequiosamente al director:

—¡Hermoso paisaje, realmente! Yo no creía que en Tokio se pudiera gozar de tan bello panorama.

Efectivamente, la perspectiva que se abarcaba desde el puente, hacia el Sureste, era tan hermosa que merecía ser detenida por su alteza. El bosque, jugosamente verde, se extendía desde el fondo del valle, escalando las colinas.

El viejo director empezó a explicar:

—El sector que se extiende delante de vuestra alteza fue trazado en tiempos de la dinastía Tokugawa. En primer término está el templo del príncipe Tokugawa, que se llama templo Hak-san. Primitivamente fue una casa de campo del príncipe. A la derecha estaba, según mi modesta opinión, la casa del príncipe Daté, y, al lado, la casa del gran príncipe Abé.

Los acompañantes seguían con la mirada el dedo del anciano.

—En medio del bosque, en la vertiente de la montaña, está el Jardín Botánico, en el sitio donde antiguamente estaba la huerta de Tokugawa. Frente por frente, en la colina que se extiende hasta aquí, estaba la casa del príncipe Matsudaira, qué hoy se llama Shimizudani.

El príncipe regente, que había oído con gran interés las explicaciones, interrumpió de pronto al director:

—Entonces entre ese monte y este otro tiene que haber un valle. Me gustaría verlo.

—¡Como mande vuestra alteza!

El director se estremeció y sé pasó la mano por la frente, que estaba pelada hasta la coronilla. Se revistió de valor y dijo resueltamente:

—Este valle se llamaba antes canal de Senkawa. Por el canal circulaba un agua transparente, y el conjunto constituía un paisaje delicioso. Pero luego se han hecho trabajos de desfonde en todo el curso del canal, incluso en las orillas, y hoy el sitio está ocupado por cuatro calles con fábricas. En ese valle viven de treinta a cuarenta mil habitantes.

Las chisteras mostraban su asombro.

—¡Oh, oh!... Detrás de ese bosque... ¡Vamos, vamos!

También los uniformes estaban admirados... Si hubieran tenido un antejo, hubieran comprobado por mero

interés profesional la amplitud del sitio que ocupaban aquellos barrios emplazados detrás del bosque. A simple vista no se podía apreciar.

Por fortuna, su alteza se dio por satisfecho con aquellas noticias y prosiguió su camino. El director se tranquilizó.

Hasta el viejo pedagogo, que estaba muy poco enterado de las cosas de este mundo, sabía que en aquel valle, apenas de una milla cuadrada de extensión, se alojaba el barrio peor y más pobre de Tokio. Y sabía también que aquel canal de Senkawa, antes tan hermoso, recogía hoy todas las aguas sucias y que en la época de lluvias de la primavera y del otoño se desbordaba e invadía las casas, tanto que en esa época los 40.000 habitantes tenían que colgar sus camas debajo del techo, mientras el agua pestilente gorgoreaba por debajo.

El proyecto de reforma de aquel canal fue siempre un tema excelente para los candidatos a diputados y concejales. Pero todavía no se había tomado nunca en serio en la casa consistorial, y por esta razón las muchachas de aquel barrio habían invadido en manifestación aquella primavera la mansión de los ediles. El viejo director sabía todo esto, y por lo mismo sé daba perfecta cuenta del serio peligro que representaba la huelga de la imprenta Daido, situada en aquel barrio. Hora por hora había seguido el desarrollo de los sucesos. Era de temer que aquella misma tarde se produjeran violencias.

* * *

El sol jugaba al escondite de monte en monte. Nunca sus rayos penetraban en el valle. La «calle del valle» era, en realidad, «la calle sin sol». El canal de Senkawa había perdido completamente su antigua forma. Sobre él pendían los pequeños corredores de las barracas obreras.

También las cocinas y los retretes estaban instalados en parte sobre el foso. Al canal se arrojaban montones de cenizas, botellas rotas, trapos y papeles, y sólo las inundaciones periódicas revelaban la existencia del arroyo. Aquella cloaca de Senkawa constituía el centro de la calle sin sol y, al mismo tiempo, era su símbolo. Cuanto más se apartaba uno de ella, cuanto más se subía por la vertiente de la montaña, tanto más ricos eran los habitantes. Alejarse del canal era tanto como apartarse del agua sucia y acercarse al sol. La distancia del canal era el barómetro que medía la diferencia de clase en aquella sociedad. Los oficiales y empleados no encontraban en ello nada chocante. En la cumbre de la colina estaba la casa de Okawa, junto a las grandes casas del Matsudaira, de conocida estirpe noble. La imprenta Daido se encontraba en el centro del barrio de Senkawa. Desde su puerta se extendía, cuesta abajo, una calle de nueve metros de ancho por entre las barracas: era la única calle principal de aquel barrio. En ella estaban las tiendas de los humildes comerciantes: pequeñas fondas, tabernas, pescaderías, mercerías, farmacias y pequeños bazares, donde había de todo.

Los pescaderos y tenderos de comestibles no necesitaban ir al mercado a primera hora de la mañana. En los mercados no había tan temprano géneros a propósito para la gente de aquellas barracas. Los tenderos conocían a sus consumidores, y sabían perfectamente el poder adquisitivo de sus bolsas.

Los obreros pasan la mayor parte del día en la fábrica, y en las breves horas de la noche tienen que disfrutar todas las menguadas alegrías de su vida: comer, beber en la taberna el arak más barato y fermentar de nuevo el alcohol en los baños públicos... En pequeñas habitaciones, de doce metros cuadrados de amplitud, donde no penetra luz

alguna, viven y duermen cinco o seis personas de una familia. Si la hermana no encuentra marido o el hijo menor no se casa con una muchacha de otra familia, el hermano mayor no puede llevar a su casa a su propia mujer.

—Muchacho, es una vergüenza que uno moleste por la noche a la familia metiendo con ella a la mujer.

Frases como esta no se dicen en broma, sino muy en serio.

Los hombres y las mujeres de la fábrica se conocían todos. El lazo común que los unía era «el amor a la fábrica». Pero desde el principio de la huelga todos se encontraban cambiados. Su aspecto era pálido y ruinoso. La fábrica constituía el elemento de su vida, y aquel ambiente habitual les imprimía a todos el mismo sello, de suerte que unos y otros se encontraban de buena traza. Las mujeres llevaban un jubón negro y un mandil blanco; los obreros, sus trajes de faena con camisas blancas... Esto resultaba familiar, y muy natural, por consiguiente.

Pero ahora no eran sólo los jóvenes los que mostraban estos rostros cansados, uniformes y fácilmente propensos a la ira. Ni eran sólo los hombres... Toda la calle sin sol, incluso los edificios de ladrillo de la fábrica, que se erguían ceñudos y completamente vacíos y altivos; los pequeños comerciantes de la calle principal, las mujeres de las barracas y los vendedores ambulantes de juguetes, que vivían de las monedas que sacaban a los niños..., todos estaban de mal humor.

Sentían que algo se les atravesaba en la garganta, y estaban muy excitados, irritados e impacientes. No sabían lo que era.

—¡Que se vaya todo al diablo!

Y a cada paso salían de sus labios expresiones de ira por el estilo.

III

los habitantes

—Por eso, padre, habla con mi hermana cuando vuelva; yo no puedo hacer nada...

Okayo estaba en un aprieto, y esperaba con ansia a su hermana Takaë. A pesar de que Okayo era muy tímida y no encontraba palabras para convencer a su padre enfermo, no se sometió a traicionar aquella huelga. Instintivamente invocó el nombre de su hermana delante del padre, que la rogaba y amenazaba con el rostro pálido de ira. Tanta influencia ejercía la hermana mayor sobre el padre.

—Esa loca no comprendería, desde luego, lo que yo digo. Pero tú, Okayo...

El rostro del enfermo se desfiguró de dolor. El dolor se ensañaba en sus articulaciones, que temblaban de frío. Con los ojos obligó a Okayo, que quería pasar a la cocina con la caldera, a quedarse.

—Tú misma no haces más que hablar de traición y así..., pero todo eso es tontería...

El enfermo insistía tercamente en que Okayo fuese a la fábrica. Quería cumplir la promesa que había dado al maestro Yoshida, pues le consideraba su bienhechor.

—Un hombre viejo como yo y unas muchachas como vosotras tenemos que estar agradecidos a la Compañía. Hasta ahora hemos vivido del arroz que ella nos ha dado. Tu difunta madre pensaba también así, y así tenéis que pensar también vosotras...

Okayo pensaba en cosas muy distintas... «Tengo que preparar enseguida la cena, porque mi hermana volverá pronto.»

La hermana había ido con otras muchachas a la ciudad, como vendedora ambulante, a fin de ganar dinero para la huelga.

—Bueno, si me apuráis un poco, echaré de casa a Takaë. Si tú quieres, el señor Yoshida te colocará mañana mismo en la fábrica, sin que los huelguistas se enteren, ¿me has oído?

—¡Por amor de Dios!...

Miraba a los enfurecidos ojos del padre y sentía desvanecerse su amor hacia él.

—Padre, entonces tú has prometido al señor Yoshida... ¿No es eso?

Miró fijamente a los ojos de su padre e hizo ademán de levantarse. Su frente juvenil estaba pálida.

—¿De modo que no quieres ir?

El enfermo se incorporó penosamente y trató de coger a la muchacha por el vestido. Cuando se retiraba, llena de miedo, oyó llegar a Takaë y se puso muy contenta. El padre refunfuñó malhumorado.

—¡Vaya una hija que tengo yo! ¡Regañar así con su padre!

Takaë entró sonriendo, y se sacudió el polvo de las medias.

El enfermo estaba muy defraudado pero no quería ceder hoy, como no cedía nunca. Muy enojado, pasaba los ojos de Okayo a Takaë.

—¡Sopla un viento más fuerte por ahí afuera!... ¡Ay, estoy muy cansada!

Se sentó desfallecida; pero dijo con marcado júbilo:

—Aquí, en esta barraca vieja, hace más calor que por ahí fuera; bien merece los 15 yenes y medio de alquiler.

Takaë hizo como si no hubiera observado nada de la discusión entre su padre y su hermana.

—Kayo-chan, a ver si eres buena y me preparas algo de comer, porque no puedo ya moverme de hambre.

Okayo quiso aprovechar la ocasión para levantarse y escapar.

—¡Quieta aquí! —ladró el padre.

Okayo se hizo la remolona.

—¿Pero qué es lo que os pasa?

Ante esta pregunta no pudo seguir hablando en el mismo tono enojado.

—Y tú, ¿qué tienes, Kayo-chan, que pareces tan abatida?

Takaë sólo tenía tres años más; pero había sido una madre para Okayo.

—Seguramente el padre habrá empezado a quejarse otra vez. Pero déjale. No hay que disgustarse porque tenga una opinión algo desacertada.

La boca de Okayo se contrajo instintivamente, dibujando una sonrisa.

—¿Qué dices, desgraciada? Tú eres la que piensas desacertadamente y desprecias a tu padre.

El enfermo daba gritos, cogió la taza de té que tenía junto a su almohada y se la tiró a Takaë. La taza dio en la oreja de la muchacha y cayó al suelo.

—¡Ay, ay!

Se llevó la mano a la oreja; pero no se irritó más.

—Padre, no es que yo te desprecie, ni siquiera he pensado en eso. Pero tampoco tú debieras despreciarme a mí.

Okayo pasó a la cocina para preparar la cena. Takaë dijo a su padre, mientras ponía en orden sus baratijas, el jabón y los palilleros:

—Escucha, padre, tú estás equivocado. A cada paso gritas llamándome loca. Pero los tiempos han cambiado hoy, y ya no son aquellos en que el antiguo propietario tanto «te quería» y tú perdiste la mano en la guillotina.

Takaë se pasó la mano por la oreja dolorida y siguió diciendo en voz baja:

—A ti tal vez te parezcamos locas. Pero desde nuestro punto de vista siento decirte que eres tú quien resultas un poquito desgraciado y cómico.

El enfermo se revolvió en la cama y puso el rostro hacia la pared.

Se encendió la luz y Okayo colocó una mesita junto al enfermo. En tiempos corrientes, al encenderse las luces, sonaban las campanas de la fábrica, el barrio se animaba y se llenaba de ruido..., los obreros se dirigían desde la fábrica a las barracas, como cuando se encierra un rebaño en el redil. Luego lloraban los niños de pecho y las mujeres se ponían a guisar. Pero ahora anochecía y amanecía sin ruido, y el día era como un reloj de «cuco» con el resorte roto.

Todo era vacío, cansancio y desazón.

—¿Has vendido mucho?

Okayo se sentó junto a su hermana y agarró sus palillos. Antes había dado la comida a su padre.

—No creas. Ahora se vende siempre la misma cantidad. La gente está ya acostumbrada a nosotras.

—Entonces, mejor es que sigáis con ese negocio. Os tiene más cuenta que volver a trabajar de encuadernadoras. De todos modos, quedaréis despedidas... Y os podríais asociar cinco o seis.

—Cuando nos ponemos a cantar y a tocar el tambor para atraer a la gente, parecemos..., ¿qué te diría yo?

—¿Qué parecéis?

—Parecemos los niños del hospicio.

Empiezan a reírse, pero su risa tiene un deje amargo. Especialmente Okayo no podía contener la risa. Una muchacha de dieciocho años como ella, sé ríe sólo con que se muevan las hojas de un árbol. ¡Y una muchacha como ella, que cada día está más hermosa! Okayo tenía la cara blanca y bien formada. Mientras Takaë miraba a su hermana, pensaba que aquella niña debía ser siempre feliz, y se le ocurrió decirle:

—Hoy me he encontrado con Miatji.

—¿Dónde?

Okayo levantó la cabeza.

—En Dosaka, en el distrito de Hongo, con otros cuatro o cinco. Allí estaba también Hagimura. A los demás no los conocí; pero creo que todos pertenecen a la sección S.

—¿Y qué hace esa gente?

—Yo tampoco lo sé. Las cosas de la sección S son muy secretas.

—¿Harán algo peligroso?

Okayo creía que su hermana estaba enterada.

—Pues no lo sé.

Incluso algunos dirigentes de la huelga no lo sabían. Y si lo sabían, no iban a hablar de ello. La labor de la sección S debe permanecer secreta. Pero Takaë dejó de hablar en tono grave, para decir:

—Y Miatji me preguntó por ti.

—¡Ah!

Se puso colorada.

—Y los demás empezaron a darle bromas, y Miatji se puso muy azorado.

Takaë sabía muy bien que Okayo y Miatji se querían. El pensamiento de que creciese aquel amor, del que hablaban ya los demás obreros, la intranquilizaba. Había en ello un poquito de celos y un mucho de cariño de hermana.

Las dos habían devorado su comida. De pronto, la conversación se cortó. Ambas marcharon juntas al baño público. Takaë se hacía reproches por haber apurado tanto a su hermana. Después de aquellas conversaciones, Okayo se ponía siempre muy nerviosa y se pasaba mucho tiempo acicalándose delante del espejo.

—A lo mejor estoy yo también enamorada de Miatji...

Takaë no lo quería pensar. Y abandonó el baño antes que su hermana.

En el puente de Senkawa había cinco o seis muchachos. Hacía ya demasiado frío para estar en la calle; pero no tenían ningún local para reunirse.

—Hola, Taka-chan, ¿ya te has bañado? —preguntó un muchacho con pantalón amarillo de marino y blusa de obrero, y con la gorra muy ladeada sobre la oreja.

—¿Y tú quién eres? ¡Ah, el Ke-ko! ¡Bueno estás tú!

Le dio una mano al muchacho, y con la otra le quitó la gorra.

—¡Oye, cuidado! ¡Mira, Taka-chan, no vayas a tirarla al foso!

Ke-ko encogía la boca de aforamiento. Los demás lo celebraban y palmoteaban.

—No se pierde nada con eso; la gorra está bien sucia. Cómprate una mejor, si quieres tener novia.

Takaë llegó a provocar con su desahogo al mozalbete de diecisiete años. Ke-ko dio un salto hacia ella y la agarró del brazo.

—¿Qué? ¿Quieres pelearte conmigo? Pues ven acá.

Takaë agarró su cuello con ambas manos, y empezó a sacudirle.

—Ke-ko, chiquillo, ¡qué suerte tienes! —gritaban riendo los otros.

Los brazos de Takaë quedaron desnudos hasta el hombro y resaltaban en la oscuridad.

—Buenas noches.

Acababa de llegar Okayo.

—¡Oh, qué guapa te has puesto! Dame la mano —le dijo, acercándose, un muchacho.

—¡Quita de ahí!

Okayo retiró la mano y se dirigió a Ke-ko, que sonreía un poco bobaliconamente, sosteniendo una armónica delante de la boca.

—Tócanos algo...

—Tócanos el «Karaban».

Ke-ko empezó a tocar, sosteniendo el instrumento entre sus dientes saledizos.

—No toques eso, no toques eso. Mejor es que toques el himno a la bandera roja —gritó Takaë, que seguía agarrando por el cuello a Ke-ko.

—Sí, eso, eso, el himno a la bandera roja.

Todos eran huelguistas; pertenecían a diversos grupos.

El agua negra del canal de Senkawa huía lenta y perezosamente. En su fondo brillaba un casco de porcelana o un cuello de botella, mientras sobre el agua flotaba a la deriva una cabeza de pescado. En el cielo pendía la hoz de la luna como en el fondo de una decoración de teatro.

«¡Bandera roja, bandera de las masas!...»

Recia y profunda resonaba la melodía en medio de la noche, bajo cuyo manto yacían silenciosas y agazapadas miles de barracas.

Al final de la serie de barracas estaban los edificios de ladrillo de la fábrica, como el palacio del diablo en los cuentos. Era el punto contra el cual disparaban los muchachos su canción.

«Marchad, cobardes,
si queréis...»

Los muchachos y las muchachas del puente marcaban enérgicamente con la mano la melodía y llevaban con los pies el compás sobre las tablas del puente. Ke-ko siguió tocando, hasta que le empezó a salir saliva por la boca.

DOS CAMPAMENTOS

I

la fiesta de los huelguistas

La huelga de la imprenta Daido, en la calle de Hisakata, distrito de Koishikawa, que se ha llevado con gran encono, todavía no ha terminado. Han pasado ya cincuenta días desde que se cerró la fábrica. Pero los 3.000 huelguistas siguen firmemente unidos. El Hyōgikai o Consejo de los Sindicatos revolucionarios recauda fondos para la huelga en todas las Asociaciones adheridas del Japón. Parece que los huelguistas reciben auxilios de Osaka y de Hokaido, a pesar de los obstáculos que opone la Policía. La empresa ha cambiado de procedimiento. Desde que fracasaron las últimas negociaciones, la imprenta Daido se propone eliminar inexorablemente a todos los obreros de la izquierda. Con esto sufren el mayor perjuicio los pequeños comerciantes de las cercanías de la fábrica. Esta huelga pondrá en grave aprieto la situación económica de aquellas calles. Por esta razón los delegados elegidos por los vecinos buscan una salida a esta situación.

En todos los periódicos de Tokio se publicó este comunicado: «Tokio», «Nichi Nichi», «Asahi», «Yomiuri», «Hochi», «Tomai».³

³ Los periódicos burgueses de Tokio.

Los habitantes de Tokio tenían más que hacer y no disponían de tiempo para preocuparse de artículos semejantes, que aparecían en tipo grueso ante sus ojos, dos y tres días seguidos. Otros acontecimientos más importantes atraían su atención.

¡Las elecciones para el Parlamento! ¡Las vacilaciones del partido gubernamental! ¡De pronto, como señales rojas, repentinas quiebras de la economía! Y cada día nuevas y nuevas cosas.

Si el buen ciudadano de Tokio no sufriese de flaqueza crónica de memoria, hubiera podido fácilmente volverse loco. Pero, por fortuna para él, olvidaba hasta los mayores acontecimientos que se arremolinaban en torno suyo, como se olvida el periódico en el tranvía. Trabajaba y se afanaba y corría de un lado para otro en aquella hermosa mañana de otoño, como todos los días.

Realmente era una mañana espléndida.

Desde la puerta del templo hasta el cementerio de Gokoku se agrupaban con alegre bullicio los huelguistas de la imprenta Daido. Había gente del grupo primero hasta el séptimo (con excepción de los muchos grupos de la sección S, del grupo intermediario y del grupo de aprovisionamiento). En total se reunían, aproximadamente, 2.700 obreros en la plaza pública, para reanudar su lucha con nuevo entusiasmo.

* * *

El follaje otoñal desprendido sobre la colina detrás del templo y el parque templario estaban erizados de escarcha.

—Gen-chan, ¿quieres ser mi compañero?

Así dice una muchacha de carrillos como bollos redondos de arroz y de piernas como gruesas botellas de arak, a

un obrero que está junto a ella y no puede tener quietos los pies de excitación.

—No, no quiero; porque si tengo que aguantar un culazo como el tuyo, me caeré de narices antes de llegar a la meta.

La contestación no era muy galante.

—¡Vamos! ¡Estúpido! ¡Cobarde!

En el centro de la improvisada plaza de deportes pendía de un árbol un cartel que decía: «Carrera de caballos ciegos. Selección de todos los grupos.»

A la luz del sol, que no lograba ver muchas veces, brillaban de alegría las caras pálidas de los obreros y obreras.

—Los hombres, con los ojos vendados, son los caballos, y las mujeres son los jinetes mudos. ¿Habéis entendido? Asignamos a los vencedores tres premios. Cada premio es una docena de pañuelos. ¿Habéis entendido?

Los miembros del Comité designaban para cada turno tres parejas, que tenían que presentarse al director del juego.

Un individuo, con un megáfono, pasaba dando voces. Aquella gente no tenía la menor idea del deporte. Especialmente, la carrera de «estafetas» era desconocida para todos. Esta palabra les parecía algo así como el nombre de una medicina extranjera. Pero la «carrera de caballos ciegos» la conocían todos.

A derecha o izquierda se formaba una muralla humana de unos 400 metros de largo. Hoy brillaban todos los ojos; las masas habían hecho amistad con el sol. Colgando de las ramas, o por encima de las piedras, había por todas partes blusas y *haoris*. Rondaban por la plaza policías de uniforme y agentes de paisano en acecho.

Muchas veces eran elegidos dos novios como compañeros para la carrera de caballos ciegos. Se veía entonces a un

obrero flaco, semejante a una mezquina flor primaveral, llevando a una muchacha gruesa y jadeando bajo la carga.

—¡Atención! ¡Una, dos y tres!

Caía una banderita roja de señales, y los corredores arrancaban tambaleantes, como niños pequeños que están aprendiendo a andar. Excitado por las señales y los gritos, el «caballo», ciego y desvalido, iba a dar contra la muralla humana, y la jinete desencajaba de espanto los ojos y guiaba al «caballo», tirándole fuertemente de las orejas.

Cuando las parejas chocaban y perdían el equilibrio, solían caer al suelo dos caballos con sus jinetes. El caballo se llenaba en el suelo de polvo, y la jineta rodaba como una pelota, dejando ver su ropa interior, de color rojo. Alborozada alegría, palmas y gritos. Espoleada con esto, una valiente agarraba a su corcel ciego, sobre el que volvía a montar sin quitarse el polvo.

Algo apartado de los demás estaban Hagimura, a la sombra de la torre del templo, sobre la colina. Hagimura era el responsable del acto de hoy. Dos camaradas le llamaron.

Eran Yamamoto, de la directiva del Sindicato, e Yshisuka, vicepresidente del Comité de huelga. Querían que se aprovechara la reunión de hoy para una manifestación.

—Eso es imposible —dijo Hagimura, después de haber oído tartamudear a Yshisuka.

Y alegó que, a pesar de la oportunidad de la ocasión, no sería de buena táctica por la insuficiente disciplina de los obreros. Además, él no había recibido ninguna orden de la dirección del Sindicato. Así, que la proposición ora descabellada. Su rostro expresaba manifiesto disgusto, y se quedó mirando fijamente al hombrecillo, que sonreía con cara aviesa.

—¡Vaya usa cosa! ¿Todo porque no hemos recibido ninguna consigna de la dirección del Sindicato? —preguntó Yshisuka—. Puesto que la ocasión es tan buena, hay que hacer una manifestación.

Yshisuka se volvió, como requiriendo la aprobación de Yamamoto, a quien hizo una seña.

Yamamoto sonrió tenebrosamente, y dijo con una expresión extraña en los ojos:

—Ya he oído que te has hecho más cobarde.

Aquel mozo de veinte años adoptaba siempre en todas las discusiones un tono presuntuoso e impertinente. Hagimura se quedó mirándole en silencio. Como notase pasos por detrás de la torre, sacó un cigarrillo y lo encendió.

Los pasos se alejaron.

Hagimura se propuso no ser susceptible. Desde que Yamamoto se había hecho revolucionario profesional, tenía siempre rozamientos con él, aun cuando no se hablase de temas teóricos; y eso que en la fábrica trabajaba con él en buena armonía.

—Pues vamos a reunir a los dirigentes de los grupos y a escuchar su opinión —dijo Yshisuka.

Yamamoto seguía sonriendo.

Tomar una resolución así, sin consultar a la organización, es realmente imposible, pensaba Hagimura.

—¡Eso, descartado! —dijo—. Yo me opongo a eso en absoluto Soy el responsable ante la Dirección superior, y, además, no me gusta vuestra táctica sinuosa.

Dijo esto en tono tajante, y se apartó.

—No te las eches de grande, bonzo —silbó Yshisuka, a quien se le había cambiado el color de la cara.

—¿Cómo? —replicó el otro, volviendo hacia atrás.

—¡No hagas caso!

Yamamoto agarró a Hagimura por el brazo derecho y quiso tranquilizarlo; pero él se sacudió la mano que le agarraba y se alejó.

—¡Cobarde! —gritó Yshisuka a su espalda.

Hagimura siguió andando hacia las masas, sin volverse siquiera.

—¡Hola, Hagimura! ¿No quieres ser caballo ciego? —le gritó un director de grupo.

—Con mucho gusto; yo también tomo parte.

Se dirigió al quinto grupo, al que él pertenecía, para buscar una compañera. Pero no encontró allí ninguna conocida, porque, a causa de la índole de su actividad, iba pocas veces al grupo.

—¿Quién quiere cabalgar sobre mí?

Mientras se quitaba la chaqueta, se acercó Takaë.

—Yo quiero cabalgar sobre ti.

Estaba en medias sobre la tierra, con los carrillos colorados.

—¡Bravo! Vosotros dos hacéis muy buena pareja.

La gente palmoteaba junto a ellos. Cuando, al tiempo de la partida, le hicieron dar vueltas con los ojos vendados, se olvidó de todo y su cara se puso encendida.

—¡Todavía no! ¡Todavía no!... ¡Que todavía no! —gritaba roncamente detrás de él el director del juego.

Takaë, a quien él había tomado por ligera, porque su aspecto era tan enclenque y raquítrico, resultó muy pesada cuando la tuvo sobre la espalda. La llevaba a cuestras sobre las manos, cruzadas atrás, y éstas se ponían calientes y húmedas por el esfuerzo.

—¡Bravo, Hagimura! ¡Tú has de triunfar!

—Taka-chan, agárrate bien.

El tímpano le retumbaba a Hagimura, y todavía le retumbaba más cuando Takaë le tiraba de las orejas. Apenas

podía reflexionar de excitación; oía el ruido de los pasos; las parejas arrancaron; él recibió un golpe en la espalda y corrió detrás. Sentía sus piernas vacilar en el aire, y, de improviso, se cayó sobre los caballos que corrían delante. Estaba desconcertado; no podía levantarse con prontitud y tenía arena en la boca y las narices. Involuntariamente se arrancó la venda de los ojos y vio a Takaë, que estaba caída más adelante y se acercaba a él frotándose sus piernas blancas.

—¡Aprisa, aprisa! —gritó Takaë, con nervio, saltando sobre su espalda.

Y tuvo que seguir corriendo con la frente sudorosa.

De pronto, se sintió agarrado por el brazo.

—¡Para, Hagimura, para! —gritaba Takaë.

Se quitó la venda de los ojos y vio delante a dos policías muy conocidos para él.

—¿Qué quieren ustedes?

Lo dijo con un acento de mal humor, como si le hubiesen interrumpido la siesta.

—¿Por qué me detienen ustedes?

Los policías sonrieron burlonamente y se lo llevaron en silencio.

El no acababa de comprender.

Aquel solo momento bastó para cambiar totalmente el estado de ánimo de la plaza. La muralla humana se desmoronó. Hagimura pudo advertir encuentros con los policías en algunos sitios.

—Díganme ustedes por qué me detienen.

Y trataba de desprenderse de las manos, que retorcían sus brazos hacia atrás.

—¡Bribón!

El otro policía se acercó de un salto, agarró su mano izquierda y le tiró del brazo hacia atrás.

—Ande usted. En la Comisaría se lo explicarán a usted todo.

Le empujaron hacia adelante, y no pudo defenderse. Los dos policías le habían retorcido ambos brazos hacia la espalda.

Observó cómo su gente se aglomeraba y cómo vociferaban unos con otros. Seguían muy de cerca a Hagimura, con el propósito de librarle en el tumulto.

—¡Quietos! ¡Aguardad! Yo volveré enseguida.

Los tranquilizaba, porque temía que, de lo contrario, todavía caerían más víctimas en manos de la Policía.

Delante de la puerta del templo estaban parados tres autos con las fauces abiertas.

—Hagimura, tu gorra.

Takaé le tiró por cima de la espalda de los agentes la chaqueta y la gorra.

—¡Qué novia tan guapa tienes!

Los funcionarios le dejaron libres las manos y empezaron a gastarle bromas, mientras se ponía la chaqueta.

—Callen ustedes la boca.

Apenas había dicho esto, cuando fue metido a empujones en un rincón del auto.

Al salir del coche, ante la Comisaría, tropezó con Takagi, presidente del Comité de huelga, que llegaba conducido, de la parte opuesta, en un coche de la Policía.

—¡Hola!

—¿Qué significa esto?

Takagi quiso gritarle algo, pero Hagimura no pudo escuchar ya más, porque fueron separados enseguida...

En el camino hacia el calabozo sintió que aquella detención tenía que ser de la mayor importancia para la huelga.

El calabozo estaba tan oscuro que no se podía ver nada. Había pasado del día claro a las tinieblas.

Si Takagi estaba ya detenido, la misma suerte les alcanzaría a los demás directores. ¿Qué significaría aquello?

Cuando se acostumbró a la oscuridad, vio a su lado a un joven, que había vuelto en sueños la cabeza hacia la pared. ¡Moriya!... ¡Uno de la sección S!

—¡Hola! —le dijo muy por lo bajo, para no llamar la atención de los guardias.⁴

En aquel momento acudió a su mente un recuerdo, que ahora empezaba a descifrar. Se acordó de que, después de una sesión de la dirección de huelga, un hombre vestido de negro le agarró y le apretó la mano en silencio, y luego se apartó enseguida... Entonces no dio importancia a este silencio, porque en tales lugares y tales ocasiones no está permitido hablar mucho. Pero ¿tendría alguna significación aquel apretón de manos? ¿Despedida para siempre? ¿Muerte?...

⁴ En los calabozos japoneses de la Policía está prohibido hablar.

II

dos visitas

La luz del alba penetraba por el ventanillo de la celda. Hagimura casi no había dormido. Toda la noche había estado oyendo abrir y cerrar las puertas de hierro de los calabozos. Por el mismo motivo no había podido dormir ningún recluso, aunque a todos se les caían los párpados de cansancio y de aguardar inútilmente. Poco después de haber sido llevado Hagimura a la celda, fue sacado Moriya, que no volvió más. Así Hagimura no pudo averiguar la razón de que los hubiesen detenido; sólo tenía sospechas.

¿Entraría algún otro?

Bostezó, se estiró y volvió a tenderse sobre el suelo.

Los policías, que, por haber cundido la alarma, se habían concentrado allí, tuvieron que pasar también en vela toda la noche. Se apretujaban en todos los pisos de la Comisaría. En aquella época estaban ya excesivamente ocupados por las elecciones parlamentarias.

—¡Maldita sea! Por estos huelguistas no he podido ver a mi chico. Hace ya diez días que no le veo la cara —refunfuñaba un policía, cuyos ojos estaban enrojecidos e hinchados de cansancio.

Sobre la pared de cemento resbalaban claros rayos de sol y penetraban por el ventanal de cristales esmerilados en el despacho del comisario. El despacho tenía calefacción de vapor y estaba a una temperatura agradable. Sobre la ancha mesa ascendía, lenta y monótonamente, el aromático vapor de las tazas de té, que el ordenanza acababa de servir.

El comisario miró con ojos enrojecidos a la pared, hacia un reloj que estaba parado en las tres. Tenía el comisario una cara aplastada, con barbilla prominente, que todavía se acentuaba más por la perilla. Parecía una figura de *samurái*⁵, como las que se dibujan en las cometas de los niños. Malhumorado, apretó un botón sobre el tablero de la mesa. Antes de que el timbre hubiera cesado de sonar, apareció el viejo ordenanza, que permaneció respetuosamente junto a la puerta.

—Dile al secretario de procesos verbales que venga a verme, cuando termine su interrogatorio. ¡Y tú todavía no me has traído la Prensa!

El comisario cogió una taza, y el vaho giró en torno de su barbilla de alambre. Inmediatamente llegó la Prensa, pero el secretario se hizo esperar. El comisario reprimió un bostezo y extendió un periódico. Como lo esperaba, el suceso del día anterior aparecía en todos los periódicos en letras gruesas y llamativas.

⁵ «Samurái» se llaman los individuos pertenecientes a la casta caballeresca japonesa, que todavía conservan conceptos arcaicos de clase. En la literatura clásica desempeñan un gran papel. Su influencia política ha pasado hoy, por fortuna, al partido de los oficiales, y en gran parte a la gran industria, que también domina en la corte del Mikado.

¡Incendio intencionado! ¿Será el autor del delito un huelguista de la imprenta Daido?

Todos los periódicos referían casi lo mismo; pero en todos faltaba el detalle de que el delincuente, armado, se había deslizado ya la noche anterior por el suelo de la casa.

¡Bluff!

Los periódicos le inspiraban desprecio. Pero una frase —«el delincuente todavía no está detenido»—, con que se trataba de poner en ridículo la sagacidad de la Policía, le indignó.

—¡Estúpidos! ¡Como si no estuviéramos ya sobre la pista hace tiempo!

Por fin, entró el secretario de procesos verbales. Era un hombre de unos cincuenta años, con frente ancha y pelada y ojos pequeños. No llevaba sable y estaba muy jovial.

Perdóneme que le haya hecho esperar; pero ese individuo era muy terco...

El comisario se esforzó por demostrar buen humor ante su subalterno y le acercó afablemente una silla.

—Le agradezco su interés. ¿Cómo va eso?

El secretario colocó ante él un gran volumen de actas y dijo:

—Sí, son todos muy tercos: es muy difícil sacarles nada.

—¡Hum, hum —decía el comisario mientras iba repasando las actas—. ¿Y qué? ¿Le parece a usted que está entre ellos el verdadero culpable?

El secretario de procesos verbales sacudió la cabeza.

—Le aseguro que hemos pellizcado de firme a esa gente. Pero, a mi juicio, los dirigentes no tienen nada que ver con este suceso.

El comisario se le quedó mirando con sus ojos pequeños.

—Precisamente ahora, la Policía política está celebrando una consulta con la Policía del distrito donde ocurrió el suceso. Cuando vuelvan, discutiremos el caso todos juntos, y conoceremos todas las opiniones.

El secretario prosiguió, mirando sumisamente al comisario, mucho más joven que él:

—La organización de esta huelga es muy distinta de otras veces... Vea usted, por ejemplo, esta declaración...

Sacó un acta del montón, y empezó a leer en voz baja.

«Este joven se llama Moriya, y pertenece a una sección llamada sección S...»

Oyó un ruido, volvió la cabeza y vio en la puerta al viejo ordenanza, con una tarjeta de visita en la mano.

—Señor comisario, dos señores quieren hablar con usted.

El comisario, molesto por la interrupción, miró la tarjeta y leyó:

CONCEJAL GENICHI YNOSHITA

DIRECTOR DE LA ASOCIACIÓN DE PROPIETARIOS
DE IMPRENTAS DE TOKIO

Era el director del establecimiento «Cliché Oriente», conocido del comisario por relaciones de partido. En el respaldo de la tarjeta aparecía escrito en lápiz: «Quisiera hablar con usted inmediatamente, con motivo de la huelga de la imprenta Daido».

—¡También es inoportuno este señor!

El comisario estaba indeciso, porque la conversación habría de recaer, con toda seguridad, sobre los acontecimientos del día anterior. Pero, desde luego, era un visitante, a quien no se podía despachar fácilmente.

El secretario de procesos verbales abandonó el despacho por cortesía; pero, antes de atravesar la puerta, volvió rápidamente hacia atrás y murmuró una cosa al oído del comisario.

Este guiño los ojos, miró al secretario fijamente y aprobó con la cabeza.

Entraron los dos visitantes.

—¡Cuánto tiempo hacía que no nos veíamos! Perdóneme que le moleste.

Aquel señor, de tez morena, de ojos inquietos y astutos y de bigote recortado, con los pulgares en las sisas del chaleco, era Ynoshita.

—Al contrario, tengo mucho gusto.

El comisario levantó sus posaderas del sillón y se abotonó la guerrera.

—Permítame que haga la presentación: este señor es el director de la imprenta artística «Tokio», señor Senzo Minayama...; el comisario de Policía, mi amigo, señor Muroto.

El presentado, que tenía una barbilla extraordinariamente larga, y el comisario se saludaron, sin abandonar un punto su dignidad.

El ordenanza sirvió té.

—Sí; esto ha llegado ya a picar en historia...

La voz de Ynoshita chillaba insustancialmente. El comisario permanecía callado, con una sonrisa biliosa, consciente de su responsabilidad.

—Pero el amigo Okawa es también demasiado testarudo... ¡Ja, ja, ja!

Era un sistema favorito de este concejal. Tenía por costumbre tratar campechanamente a los funcionarios, a los que debía su puesto; envolver la solemnidad burocrática en una risa plebeya y estudiar así, entre tanto, la expresión

de la cara de los demás. Se complacía especialmente en mezclar en esta conversación el nombre de Okawa, miembro de la Cámara Alta y director del bloque financiero «Mitsui», como si se tratase de un colega.

Minayama se reía también. El comisario permanecía serio. Si sus interlocutores no hubieran sido concejales, hace mucho que les hubiera preguntado ya: «¿Y qué deseaban ustedes? Porque estoy muy ocupado.» Pero, así, únicamente con la cara expresaba este temple de ánimo.

—En resumen, tengo que hacerle un ruego... Quisiera llevarme de aquí a unos dirigentes de la huelga, que fueron detenidos ayer.

Ynoshita hablaba ahora con gravedad. El comisario sabía que él era uno de los árbitros entre los huelguistas y el empresario. Se presentaba como representante del Tribunal arbitral, y quería llevarse a los dirigentes de la huelga, para negociar por la tarde con la gente de la fábrica.

—Eso sí que es difícil, porque todavía no se ha terminado el interrogatorio.

Ambos comprendieron que un funcionario no puede decir en el acto: «Desde luego, haré lo posible». Por eso, insistió Ynoshita en que él comprometía su honor en la solución de aquella huelga, que estaba amenazando seriamente el orden de la sociedad. El comisario tenía que comprender también su buen deseo.

Iba calentando más el rayo de sol, que penetraba por el ventanal de cristales deslustrados. Por fin, el comisario se alargó a decir:

—Tengo que averiguar antes los propósitos del director de Seguridad.

—Entonces, volveré a llamarle por teléfono esta tarde. Le ruego que nos apoye...

Los dos visitantes abandonaron el despacho del comisario. Delante de la puerta de la calle había un Packard nuevo. El motor empezó a trepidar ruidosamente.

—¿A usted qué le parece? —preguntó Minayama cuando estaban sentados en el coche.

—¡Hombre, siempre ocurre así! Un funcionario no puede contestar a todo que sí, redondamente —dijo, riendo, el concejal con optimismo.

El auto marchó directamente por la calle de Otowa y desapareció en el patio de la casa del señor Kuniko, director de la editorial «Yamato-Kodan».

* * *

Okawa era muy madrugador. Nunca llevaba traje europeo ni calzaba otros zapatos que unas ligeras sandalias japonesas de paja. Esto era ya notorio en la ciudad.

Aquel día, se había levantado, como siempre, a las cinco. Su energía, que él había conservado muy bien mediante la severa abstención de las mujeres y del vino, había permanecido invariable desde su juventud. Ahora, no podía ya dormir bien desde las tres; era la única perturbación que le habían acarreado los años.

La boca taciturna, comprimida hasta formar una raya, ocupaba la mayor parte de su rostro, de fornido mentón. No era alto; pero tampoco eran muchas las personas que lograsen mirar aquella cara desde arriba. Casi todas se inclinaban tan profundamente delante de aquel hombrecillo, que tenían que mirarle, a pesar de todo, desde abajo.

Entre los miembros de la Cámara Alta era el único que, en todos los cambios de Gabinete, era presentado como candidato de los barones.

Su tenacidad y su talento claro y matemático eran reverenciados con idolatría por sus adeptos.

A las siete, después del desayuno, pasaba a su despacho y revisaba los informes de sus sociedades, que eran más de cincuenta. Con su secretario no hablaba nunca sino en tono autoritario. El suceso de ayer le resultaba tan indiferente que ni siquiera quiso leer lo que decían los periódicos. Después de mirar por alto las páginas económicas y políticas de la Prensa, llamó a su doncella y se cambió de traje.

Delante de la puerta, le dijo su secretario:

—El señor Shibusaka acaba de llamar por teléfono y pregunta si le espera en su casa. ¿Qué le contesto?

—¿Está personalmente al aparato el señor Shibusaka?

—Sí.

Inmediatamente se dirigió a la cabina del teléfono.

El viejo Shibusaka era también un madrugador. Al abandonar, cinco minutos después, la cabina del teléfono, Okawa sonreía satisfecho. Raras veces estaba de buen humor.

—Los dos héroes coinciden —pensó para su fuero interno el secretario.

El jefe de Estado Mayor del bloque financiero Mitsucuri había sido hasta hoy el mayor enemigo de Okawa, a quien había combatido en todos los terrenos posibles. De pronto, pedía a Okawa una entrevista. El secretario estaba muy nervioso y mandó a un criado a buscar el auto.

A las nueve, Okawa, seguido por su secretario, entró en la sala de Consejos de la Asociación Industrial Japonesa. Ocho señores se levantaron de las butacas para saludarle.

Eran los directores de la imprenta Daido, de la fábrica japonesa de lámparas, de la editorial Daido, de la fábrica

de papel «Oosi», de los talleres de maquinaria «Okawa», de los talleres de gomas «Okawa», y así sucesivamente...

Okawa tomó asiento en el sillón presidencial y miró a los ocho señores como a súbditos, a los que él hubiese ordenado acudir. Aquellos ocho señores tenían los títulos más diversos: director, jefe comercial, vicepresidente de fábrica, etc.; pero sólo nominalmente poseían participaciones de la Sociedad. Por lo demás, eran empleados sin derechos especiales.

Después de un breve silencio, dijo secamente Okawa:

—Señor Furuya: el informe de la huelga.

Un señor alto y delgado, cuya cabeza sólo estaba se parada del cuerpo por una corbata negra, tal era Furuya, jefe comercial de la imprenta Daido. Esperaba aquella pregunta, y, sacando de la cartera el informe del día, un acta y algunos manifiestos de los huelguistas, empezó a explicar.

Okawa, que descansaba pesadamente en el sillón, como una montaña, miraba de hito en hito a la pared y no hablaba una sílaba. Una vez que el jefe comercial hubo terminado de leer su informe, tuvo que leer aún pequeños y grandes manifiestos, antes de que Okawa contestase.

Los representantes de la fábrica japonesa de lámparas y de la fábrica de papel «Oosi», no comprendían por qué se les había convocado para esta información de la huelga.

En la sala reinaba un silencio agobiante; sólo penetraban, amortiguados por los abiertos balcones, los vibrantes ruidos de los autos, que pasaban por el infierno de la calle, siete pisos más abajo.

Por fin, Okawa despegó los labios:

—Rehúse usted toda respuesta a los huelguistas.

—Está bien—dijo el jefe comercial, poniendo una cara desolada, en vista de que Okawa no se explicaba con más claridad.

Okawa se volvió entonces a los demás señores y les preguntó:

—¿Cuánto tiempo pueden ustedes resistir con sus provisiones de almacén, si paralizamos ahora toda la producción?

La pregunta fue para ellos completamente inesperada. Sorprendidos por ella, sólo supieron informar de un modo general sobre las existencias de los almacenes y de los depósitos confiados a los representantes de provincias

—Bueno. Ahora, tengo una entrevista con el señor Shibusaka. Vayan ustedes a sus fábricas y pongan en orden todos los almacenes, para que no nos veamos desconcertados, si mañana empieza la huelga.

Hizo una seña con los ojos a su secretario, cogió el bastón, que Furuya le ofrecía, y abandonó la Dirección, sin encender siquiera un cigarro, como suelen hacerlo tales señores. Okawa bajó por la escalera de caracol, pues no le gustaba usar el ascensor. Al salir por la puerta principal del rascacielos, vio una figura enigmática.

Era un hombre vestido de obrero, que se hallaba a la sombra del edificio, y se le quedó mirando fijamente. A pesar de la distancia, Okawa advirtió que aquel hombre se retiraba rápidamente cuando sus miradas se encontraron.

Okawa se acercó al auto; el secretario iba detrás de él; el chófer hizo una inclinación y abrió la puerta del coche... En aquel momento, el secretario lanzó un grito, y Okawa observó la cara descompuesta de un obrero, que se acercaba a él como un gato.

—¡Imbécil! —gritó Okawa, apoyándose sobre su bastón.

El chófer y el secretario dieron un salto y trataron de rechazar al obrero.

—¡Okawa! —gritó el obrero con los labios temblorosos como los de un moribundo.

Y levantando su mano derecha, lanzó un objeto brillante, que pasó rozando la cabeza de Okawa.

Brazos y piernas, en confusa maraña, empezaron a girar como resortes sueltos, y el aire se estremeció con gritos de susto y gemidos. Del edificio y del otro lado del auto acudió gente. Los brazos, arremolinados, se separaron; el hombre de la blusa echó sus piernas por el aire..., encogió su cuerpo como una pelota y desapareció por detrás de la esquina.

—¡No le perdáis de vista!

—¡No le dejéis escapar!

—¡Detenedle!

Así gritaba la gente, mientras corra detrás de él por la calle contigua.

Salieron de la oficina los directores, y el primero de todos, el jefe comercial Furuya, con la cara pálida de espanto. También acudieron los policías.

Okawa permaneció todo el tiempo en pie, con la cara ceñuda y silencioso. El secretario volvió y dijo, sin aliento:

—¿Está usted herido? ¿Siente usted alguna molestia? Ha entrado en el Marunoutji-Building. Seguramente le detendrán.

Un policía hizo minuciosas preguntas al secretario. Otro corrió al teléfono.

—¡Qué cosa tan extraña! —dijo el jefe comercial, inclinándose a coger un objeto brillante, que estaba en el suelo junto a una columna.

Pero el policía se dio cuenta y le gritó:

—¡Haga el favor de dejar eso ahí tal como está!

Era un cuchillo del tamaño de una mano... ¡Oh!... Todavía la gente lo estaba mirando con espanto y extrañeza, cuando Okawa dijo:

—Son las once. No podemos retrasarnos. ¡Vamos allá!
Montó en el auto, aparentemente con toda serenidad.

Cuando el coche arrancó, Furuya adoptó una actitud marcial.

—Estos huelguistas... son una gente terrible...; pero nuestros generales son todavía más asombrosos. Ni si quiera le han temblado las pestañas...

III

asamblea femenina

Soplaba un viento furioso de otoño. Una parte del pequeño templo budista Anrakusi, por debajo del otero del Jardín Botánico, servía como tercera oficina de los huelguistas. Cerca de la entrada del oscuro y desmantelado templo había algunos policías en la sombra. Sólo sus ojos brillaban.

—Estas mujeres tienen valor.

Redondas, como ovillos de trapos, llegaban las mujeres empujadas por el viento, y desaparecían como si el templo las absorbiese. Al pasar, miraban a los policías por encima del hombro.

Empezó dentro la asamblea de delegadas de las mujeres huelguistas. Al aparecer Takaë, estaba ya despachado la mitad del orden del día. Se sentó en un rincón de la desabrigada estancia y saludó a las camaradas con cara compungida.

—Buenas noches, y perdonad que me haya retrasado —dijo muy por lo bajo a Fusa-chan, que estaba sentada allí junto, envuelta en un chal negro de lana, del que sólo asomaban los ojos.

—No ganarás ningún premio de puntualidad —dijo bromeando Fusa-chan, mientras los ojos le bailaban, impertinentes, bajo la frente salediza.

—Eso no importa; me quedaré toda la noche y ganaré lo atrasado.

En la mesa presidencial estaba sentada la señorita Oja, dirigente de la sección femenina. En el salón, donde se oía un continuo murmullo, había unas treinta mujeres, que escribían, preguntaban, hablaban unas con otras, según les acomodaba.

—Camarada presidenta, se deben prohibir las conversaciones particulares —gritó Matsu-chan, que estaba sentada a la derecha de Takaë.

Takaë pensó: «¡Vaya una antipática que está sentada aquí, a mi lado! ¡Y ésta es la niña mimada de la presidenta!

La voz de Matsu-chan sonaba a metal rajado; bajo sus cabellos rojizos centelleaban unos ojos pequeños de ballena.

—Presidenta, manda que empiece la votación, ¡pronto! —gritó Fusa-chan, para hacer callar a Matsu-chan, después de haber entregado a Takaë la lista de proposiciones.

—¡Cómo puede quejarse de conversaciones particulares esa pelirroja, cuando ella misma no hace más que charlar!

Fusa-chan no sólo estaba enojada con Matsu-chan, que, a su vez, estaba prevenida contra ella, sino también con la presidenta, que no se distinguía precisamente como intelectual excesivamente hábil.

—¡A proseguir el orden del día! —gritaron las delegadas de la sección de encuadernadoras.

—¿Qué dices tú, estúpida? —increpó Matsu-chan por lo bajo a Fusa-chan, aunque apenas se pudo oír.

En realidad, tenía más miedo de Takaë que de Fusa-chan. Después de haber firmado el acta levantó Takaë la cabeza. De Takaë tenía un poquito de miedo hasta la presidenta, señorita Nobuko Oja; por eso amortiguaba Matsu-chan la voz al hacer aquellas observaciones.

Pero Takaë seguía pensando todavía en Okayo y en Hagimura. Estaba cavilando si tendría tal vez Miatji sobre su conciencia el incendio de hoy. Sabía que las cosas se habían de poner en claro, tan pronto como hablase con Hagimura; pero éste no había regresado todavía de su arresto en el templo de Gokoku.

—Entonces, vamos a votar todas las proposiciones juntas —dijo la presidenta pavoneándose, después de haber deliberado con la secretaria.

Aquella mujer, a quien se conocía por el apodo de «la virgen eterna», no se había quitado nunca las gafas, y, de su redonda nariz, goteaba un sudor grasiento.

—Tiene una nariz de perro; por eso ventea tan bien —decían las muchachas que estaban en oposición con la presidenta.

Tenía la sotabarba típica y la piel adiposa de una solterona.

—Punto primero: El trabajo de la venta callejera se prosigue como ayer, bajo la dirección de la Junta correspondiente. Segundo: Se aprueban por el Comité dirigente las proposiciones de la camarada Matsu-Takahaji respecto a medidas contra Sen Ogawa y otros delatores; se nombran como miembros de la Comisión a Koto Motsujama y a Mutsu Tokura. Tercero: Métodos de agitación de las mujeres huelguistas a favor de nuestra causa, y en particular, organización de las confidentes femeninas y representaciones teatrales subversivas por la Asociación de Artistas Proletarios. Para esto se designan, además de la presidenta, otras dos delegadas. Eso es todo. Quien esté conforme, que haga el favor de levantar la mano.

Las mujeres levantaron las manos como colegialas, y la presidenta hizo un guiño a la secretaria.

Afuera, detrás de la puerta de papel, rechinaba la puerta de madera con el viento.

—¡Qué sueño tengo! —murmuró Fusa-chan al oído de Takaë.

Y, reprimiendo un bostezo, preguntó:

—¿Quién viene hoy de la Dirección de la huelga para dar el informe?

Fusa-chan se quedó con la cabeza ladeada.

—Yo no sé... Son unas negociaciones que no tienen pies ni cabeza...

—Hay que demostrar que estamos decididas a todo.

Fusa-chan manifestaba su impaciencia, y todas pensaban como ella

—¿Otra vez va a llegar el informe de la Dirección de la huelga después de las once? —preguntó una muchacha, con el peinado *momowarë*⁶, que estaba sentada junto a la puerta de papel.

Se llamaba Ogin-chan y era ayudanta en la sección de cajistas.

Todas las proposiciones quedaron aprobadas. Faltaba por despachar lo más importante: el informe sobre la situación de la huelga, y para eso había de llegar, como siempre, un miembro de la Junta superior.

—Presidenta, yo deseo un descanso —gritaron algunas voces fatigadas desde el lado opuesto.

Pero «la virgen eterna» callaba solemnemente, pues no quería conceder ningún descanso. Se puso a enrollar unos planos y, entretanto, se quedó mirando fijamente a una

⁶ El *Momowarë* y el *Itjogaëschi* son peinados muy corrientes entre las hijas de familias burguesas, al parecer con muchos rizos.

muchacha, que llevaba peinado *itjogaëshi*. La muchacha se tapaba con un chal de lana roja y estaba ligeramente adormilada. Se apoyaba contra una puerta de papel, en la que se dibujaba algo así como un templo.

La presidenta dijo reservadamente:

—Es inaudito que venga aquí como delegada una muchacha de la calle...

Y dirigió la palabra, llena del más profundo desprecio, hacia el pálido perfil de la que llevaba el peinado *itjogaëshi*.

—Es natural que tenga sueño, porque todavía querrá ir al café, a la vuelta, a ganar dinero...

—Presidenta, una moción urgente —gritó Matsu-chan.

Todas se estremecieron y dirigieron la vista a la que hablaba. Takaë se quedó también llena de asombro... ¿Qué ocurría allí? La presidenta movía la barba, como si lo hubiera estado esperando.

—Mi moción es la siguiente: debo manifestar que un miembro de la sección femenina se conduce de tal modo que pelagra el decoro de la huelga.

Las reunidas se miraron unas a otras.

—Eso es muy interesante —murmuró Fusa-chan.

—Declaro que hay en este salón una muchacha que utiliza el decoro femenino como atractivo para ganar dinero. Eso es lo más bochornoso que puede hacer una mujer. Por eso mismo, no quiero pronunciar ningún nombre. Me basta proclamar su conducta, que compromete la dignidad de la huelga. Pero si ella no se ausenta espontáneamente, tendré que decir su nombre...

—Un momento.

La presidenta levantó la mano. La pelirroja Matsu-chan miró presuntuosamente a las gafas de la presidenta, como preguntando si había cumplido bien su encargo.

—Muy bien, muy bien; basta consignar el hecho.

La presidenta indicó a Matsu-chan que se sentase, pues había comprendido ya perfectamente. Pero las demás no acertaban a comprender la acción de la presidenta, que pugnaba con todas sus costumbres. Comprendían, sin embargo, una cosa...

Kimi-chan, una muchacha pálida, de la sección de encuadernación, que llevaba siempre un pulcro peinado *itjogaësch*, sé había puesto más pálida y había dejado caer la cabeza.

Takaë estaba asombrada, pues conocía muy bien a Okimi. Era posible que aquellos reproches tuviesen un fundamento de verdad; pero, ¿para qué hablar de esas cosas? Desde luego, no cabía decir que la muchacha fuese muy luchadora, pero cumplía con sus obligaciones muy concienzudamente. ¿Por qué se había de acusar ahora a aquella muchacha, pequeña y tímida? Sobre todo, que tenía que alimentar ella sola a cinco de familia, y tanto su peinado como su aspecto pálido y enfermizo no obedecían a su propia voluntad... Aquella gente había dado en el sistema increíble de...

Takaë estaba hoy extraordinariamente reservada, porque no hacía más que pensar en Okayo; pero, en aquel momento, sintió que se levantaba en ella una ira volcánica.

—Ruego a la proponente que retire su moción, porque eso constituye para esa muchacha una cuestión vital, y le propongo que hable conmigo personalmente sobre ese asunto.

La «virgen eterna» sonrió a la pelirroja muy expresivamente.

—¡Caramba! Esta gente se dedica a representar comedias —pensó Takaë.

La pelirroja insistió contumazmente en su moción. Todas las miradas pasaban de los pequeños ojos de ballena de Matsu-chan a Takaë, y de ésta a la presidenta, y, por fin, a Okimi, que estaba sentada desvalidamente junto a la puerta, como si quisiera hacerse invisible.

—Haz el favor de esperar, camarada Shirajama (tal era el apellido de la pelirroja); si no quieres retirar tu propuesta, voy a manifestar yo antes mi opinión —dijo la presidenta, y Matsu-chan se sentó.

Fusa-chan dio con la rodilla a Takaë.

—Esta pandilla quiere atormentar a la pequeña Kimi-chan... ¡Qué asco!

Fusa-chan era de la encuadernación, como Takaë y Okimi.

—La camarada Shirajama declara que no quiere retirar su moción. Eso es terrible para la interesada... Si realmente se halla en este aposento la aludida, tendrá que retirarse espontáneamente, como es lógico; por eso he rogado que se retire esta moción.

Las gafas montadas al aire lanzaron sus rayos sobre el perfil de Okimi. La presidenta estaba triunfante, porque, en su pudibundo fanatismo, había logrado excluir de aquel círculo a una camarada.

—Con este motivo, quiero añadir que las operarías observan, en general, demasiado poco el principio del pudor. En la fábrica, y sobre todo en tiempos tan extraordinarios como los actuales, somos despreciadas por los hombres como rameras, y eso únicamente porque cuidamos poco de nuestro decoro femenino.

La «virgen eterna» estaba, en realidad, todavía incólume; pero eso debía de obedecer a razones especiales.

—¡Presidenta! —gritó Fusa-chan, sin poder contenerse.

Y, al mismo tiempo, resonaron por todas partes imprecaciones estruendosas. Pero la presidenta insistió pertinazmente en esta moción.

El pudor forma parte esencial de la mujer, y no puedo comprender, de ningún modo, cómo una mujer puede traficar con su tesoro más precioso y tirarlo como un pañuelo sucio...

La «virgen eterna» hablaba casi sin aliento. Mientras las «damas», que simpatizaban con la presidenta, escuchaban silenciosas, el grupo de Fusa-chan y Ogin-chan daba libre expresión a su enojo.

—Presidenta, eres muy testaruda.

—Presidenta, acaba ya con tu letanía.

Takaë gritaba también. Todo el aposento era una bahatahola, y resultaba imposible oír la plática de la presidenta.

—¡Presidenta, una pregunta! —intervino Takaë.

Fusa-chan se acercó, de un salto, a Okimi y le dijo:

—No tengas miedo; estamos a tu lado.

Junto a la mesa, gritaba Takaë indignada:

—Tengo que hacer una pregunta a la camarada Shirajama, que ha planteado la moción: ¿A quién quieres tú acusar? ¿Quién se ha vendido?

Miraba fijamente a la pelirroja y sacudía con violencia su pelo anudado. Matsu-chan vacilaba con perplejidad.

—Vamos a ver; para que acuses a una, es preciso que tengas razones contundentes.

Takaë asediaba a Matsu-chan. La presidenta dio un golpe sobre la mesa y gritó chillonamente, acudiendo en socorro de su favorita:

—¡Calma, por favor!

—Naturalmente, puedo decir que es Kimi-chan, de tu sección.

—¿Cómo? ¿Kimi-chan? Eso es muy interesante. Pues, entonces, vengan las pruebas.

Takaë acercaba su cara a la pelirroja.

—¡Qué tontería! ¡Como si hicieran falta muchas pruebas!

Sentía ganas de pellizcarla.

—¡Estúpida!

La mano de Takaë se crispó hacia la pelambre roja. Todas se abalanzaron. Las que se hallaban cerca de las dos mujeres, se esforzaban por contener a Takaë.

—¡Nobu-chan!

Takaë se volvió, dio un salto hacia el sitio de la presidenta —que, por lo visto, había asistido a una escuela superior— y la miró fijamente a los ojos.

La presidenta se estremeció, pues Takaë era la única que competía con ella en agresividad, y, a juzgar por su rostro amenazador, todo era de temer de ella.

—Nobu-chan, ¿es que quieres representar aquí con esta pelirroja una comedia ensayada?

En torno de Takaë se agruparon Fusa-chan, Ogin-chan y otras, que estaban en oposición con el grupo de la presidenta. También en torno de ésta, señorita Oja, se agruparon sus protegidas, el «grupo de las damas». Y, por un momento, hubo en la sala una violenta confusión.

—¿Una comedia ensayada? Yo sólo hago lo que debo hacer como dirigente de la sección femenina.

La presidenta se esforzaba por conservar el dominio, para hacer sentir su superioridad a Takaë, más vieja.

—Mientes; tu cara está revelando lo que te propones.

Takaë era siempre igualmente mordaz y agresiva; por lo cual las «damas» la llamaban la «tutora de las niñas desamparadas».

—Haz el favor de entender. Como dirigente de la sección femenina, soy la responsable y tengo que velar por la moral de los miembros de esta sección. Lo vergonzoso es que tú, delegada de las mujeres, seas tan intemperante como un hombre.

—¡Tienes razón!

—¡Miren la tutora de las niñas desamparadas!

—¡Valiente marimacho!

Así exclamaban las «damas», interrumpiéndose unas a otras.

Takaë se acercó de nuevo a la mesa y dominó el tumulto, gritando:

—¡Camaradas, yo me opongo a este debate sobre el pudor, con el cual la presidenta sólo quiere quitar de en medio a nuestra camarada!

—¡Muy bien dicho! ¡Muy bien dicho! —gritaron Fusa-chan y sus partidarias, y una de éstas exclamó burlonamente:

—¡Valiente solterona!

—La presidenta, con su palabrería burguesa sobre el pudor, quiere descartar a nuestra camarada Kimi-chan.

El alboroto volvió a tomar incremento. La presidenta tamborileaba sobre la mesa y gritaba con su voz cascada:

—Eso es una mentira abominable. Lo que la camarada Takaë Haruki dice, no tiene atadero. Haz el favor de decir por qué yo soy burguesa, ¿por qué?

La «virgen eterna» inclinaba sobre la mesa su cara inyectada de sangre, y sus labios temblaban histéricamente.

—Naturalmente que eres una burguesa de tomo y lomo. ¿Quieres que te diga la razón? Toda tu sarta de vaciedades sobre el pudor no tiene otro fin que vender lo más caro posible al hombre el acto sexual. Vosotras decís: «Yo soy una señorita, o soy una dama»; porque, en lugar de venderos a

un obrero, queréis venderos a precio más caro, con más cariño y más facilidad, a un empleado. Esa es tu teoría del pudor, y prácticamente, esa teoría no es en el fondo más que la manera burguesa de ver estas cuestiones.

La contestación de Takaë daba en el clavo.

—¡Ahí tenéis a nuestras damas! —chilló entusiasmada Ogin-chan.

Esto produjo hilaridad general. La presidenta estaba como si hubiera recibido una ducha, y temblaba de oír aquellas risas.

—Entonces, ¿a ti te parece que está muy bien prostituirse? —preguntó la «virgen eterna», intentando desviar la discusión.

—Yo no sé si está bien o no está bien; para el caso, tampoco me importa. Pero es evidente que si una se prostituye para poder colaborar aquí como camarada nuestra y, al mismo tiempo, alimentar a cinco de familia, eso es mucho más honrado y justo que todo ese santo amor matrimonial que vosotras defendéis.

—¡Qué barbaridad!

—¡Y que haya que oír esas cosas!

—¡Verdaderamente, tiene muy merecido que se la llame la «tutora de las niñas desamparadas»!

Tales eran las exclamaciones de las «damas».

Muy bien; entonces, tú afirmas que la prostitución está justificada.

La presidenta quería dejar a Takaë en ridículo y torcer el sentido de sus palabras para ganar la victoria; pero Takaë no se dejó envolver.

—Naturalmente que tengo razón. Es mucho más limpio y apesta mucho menos el que se tire simplemente como un pañuelo sucio todo ese decantado decoro que el que se sea

siempre una «virgen eterna» y se quede en una vitrina como una lata estropeada de conservas.

La cara de la señorita Oja se descompuso; sus labios temblaron histéricamente; se volvió, apretó las manos contra la cara y empezó a sollozar. No era posible acallar el estruendo de la sala. En vano gritaban las «damas» a voz en cuello. Todo inútil. La oposición había triunfado.

—No tengas que llorar; ten ánimo. Puedes llevar la frente muy alta. Hemos vencido y estamos a tu lado.

Takaë abrazó a Kimi-chan y la hizo levantarse.

—Kimi tjan, ahora habla tú a estas «damas» y diles que las mujeres de la clase trabajadora tienen que sacrificar, no sólo su decoro femenino, sino toda su vida, hasta que lleguemos a ser libres con todo el proletariado... ¡Haz el favor de decirles eso!

IV

la víctima

Eran las once, aproximadamente, cuando se dirigían a casa, después de recibido el informe de la Dirección de la huelga.

El informe lo había llevado Matsuo, el joven secretario de la Junta superior, porque casi todos los demás jefes estaban todavía detenidos.

Con motivo de la huelga de la imprenta Daido, estamos asistiendo a las más groseras provocaciones de los empresarios contra los obreros. Nosotros, los obreros impresores de todo Tokio, llamamos la atención de los empresarios y les conminamos a que sean). aprobadas, sin condiciones, las exigencias justas de esta huelga.

*Asamblea general
de los obreros impresores de todo Tokio*

—Esta resolución ha sido adoptada hoy unánimemente por la asamblea general de los obreros impresores en los salones Matsumoto, e, inmediatamente, ha sido presentada a los empresarios por los delegados —manifestó el rozagante camarada a la asamblea de mujeres.

—Nuestras negociaciones con los empresarios se han paralizado por los brutales ataques de la Policía. Pero tenemos que estar prevenidos. Esta huelga no es una huelga corriente como las anteriores, es una lucha decisiva para nuestra organización... Tal es el estado de las cosas.

Aquel joven fornido y gallardo infundió nueva fuerza en el cuerpo de las rendidas mujeres. Como todavía le esperaban otras muchas Juntas de las distintas secciones, desapareció presuroso y diligente.

Al avanzar la noche, se aplacó la excitación de las mujeres, y los dos grupos contendientes acabaron por tenderse la mano, en vista de la gran lucha común.

—No tengas cuidado, Kimi-chan; si fuera preciso, yo mismo haría lo que tú... ¡A ver qué remedio! Para oprimir a esa gente la garganta, tenemos que sacrificar hasta nuestra vida —dijo Takaë a Okimi y a Fusa-chan cuando se dirigían juntas a casa.

La enérgica Fusa-chan escuchaba en silencio y Okimi volvió a ponerse contenta.

—Gracias, ya lo comprendo... Yo estoy dispuesta, y mañana volveré a vender mi jabón con todo entusiasmo.

Okimi asomó su cara fuera del chal de lana y se echó a reír.

En la esquina de la tercera fila de barracas, Takaë se despidió de sus camaradas y se dirigió a su casa, donde Okayo la estaba aguardando, para ir con ella a la casa de baños. Por el camino Takaë le contó lo que había ocurrido en la asamblea femenina; le habló del informe de la Dirección de la huelga y de todo lo demás. Okayo iba tan absorta con la conversación que, de improviso, tropezó con un cartel de reclamo. Parecía como si se agarrase al más pequeño incidente, para dominar sus preocupaciones y sobresaltos; por eso lo acogía todo con tanta ansiedad.

—Hermana, a mí me parece..., yo creo... que no volveré a ver a Miatji...; a mí me parece..., pero...

Takaë se estremeció. ¡Con qué denuedo luchaba su hermana menor contra todo lo que le atormentaba! La presunción que ella tenía de que Miatji hubiese sido el incendiario de la casa de Okawa se convirtió en certeza.

—Pero... no lo siento por mí...

Compadecida de la resignación de una niña como Okayo, de buena gana se hubiese echado Takaë a su cuello.

—¿No has leído hoy el periódico Nichi Nichi, hermana? Habla de un obrero que se ha separado de su mujer para poder trabajar así mejor en favor de la huelga, puesto que la situación se ha enconado tanto entre los impresores huelguistas de la Daido... ¿Quién podrá ser?

Takaë no lo sabía; pero, indudablemente, era muy posible una cosa así entre los muchos huelguistas. De seguro, existirían muchos más casos que los referidos por el periódico.

—Kimi-chan me da mucha pena... Su hermano pequeño está ciego, ¿no lo sabías?

Okayo trabajaba en la misma sección, al lado de Okimi. Desde luego, Okimi tenía dos o tres años más; pero era tan tímida como la hermana de Takaë. En el cielo rebrillaban las estrellas, y la hoz de la luna creciente aparecía bruñida y solitaria, como empujada por el viento, sobre el bosque de Haksuan. En el establecimiento de baños públicos se apretujaba la gente y, especialmente en la sección de mujeres, gritaban los bebés y los niños, entre el vaho denso. Okayo lavó a Takaë la espalda. Luego cogió Takaë el cubo con agua caliente y lavó la espalda a Okayo.

—Hermana, ¿y por qué Kimi-chan no tendrá ningún hijo? —preguntó Okayo volviéndose ligeramente.

¡Qué infantil era! ¡Y eso que tenía novio!

—Mira..., será que lo hace de un modo especial para no tener hijos —contestó la hermana, sonriendo.

La joven se quedó callada y pensativa. Con la bayeta exprimida, frotaba Takaë reciamente el dorso de su hermana, que ya estaba más metido en carnes, que era más de mujer.

—¡Ay, ay! ¿Qué estás haciendo? —exclamó Okayo extrañada, y, al volverse, vio que su hermana se reía complacida.

—Como siempre estás pensando en él, quería despertarte.

Su risa era gozosa y recia; pero la pequeña Okayo, contagiada de hilaridad, sólo reía sin fuerza, desmayadamente.

—¡Ea! Vamos a calentarnos otro poco en el baño, y nos marchamos enseguida.

Takaë se metió hasta el cuello en el agua, ya turbia, de la piscina y respiró profundamente, como si quisiera expulsar todo el cansancio. En la piscina, veía muchas caras conocidas; pero estaba demasiado fatigada para contestar a sus saludos. También Okayo se metió en el agua, después de haber lavado su jabonera... Pero, en aquel momento, Takaë, con su instinto de mujer, advirtió una nueva curvatura en el cuerpo de la hermana. Este descubrimiento la abrumó y la hizo reservada y taciturna.

—Está embarazada... —pensó.

Cuando, después de un rato, volvían a casa, en medio del viento tempestuoso y frío de la noche, le atormentaba una grave ansiedad, y no podía espantar las sombrías imágenes que surgían ante ella...

—Tengo que preguntárselo a ella misma y darle un consejo.

Naturalmente, sólo quería auxiliar a su hermana; pero no sabía qué partido tomar, porque Okayo todavía no le había dicho nada.

Era ya media noche.

Takaë dejó su pobre manta de algodón junto al anciano padre, y quiso hojear, como de costumbre, un libro prestado; pero hoy le era imposible seguir atentamente la letra, porque le pasaban por la cabeza demasiadas cosas.

Se quedó escuchando todavía un rato los ligeros ruidos que Okayo hacía en la cocina, y luego se durmió, extenuada de los esfuerzos del día.

* * *

Muy avanzada la noche, despertó Takaë de la zara-banda de los sueños. Había oído, con toda claridad, un ruido, como cuando entrechocan cañas delgadas de bambú... Todavía faltaba mucho para el amanecer.

—¿Qué será?

Asustada, miró hacia el lecho contiguo de la hermana; pero estaba vacío. Se incorporó. Tampoco estaba en la habitación Okayo. La cama estaba ya fría; por lo tanto, se había marchado hacía bastante tiempo. Takaë estaba ya a punto de despertar al padre, cuando oyó un ruido delante de la ventana. Acordándose de los acontecimientos de la víspera, sintió miedo. Por delante de la ventana se deslizaba el canal de Senkawa, y, entre los ligeros ruidos de la noche, se oían voces humanas... Era en el puente, con toda certeza.

Se levantó muy despacito y se acercó a la puerta, que se abrió sin ruido, pues el pestillo no estaba echado. A la vuelta de la esquina estaba el puente, y allí vio dos sombras

a la luz de la luna. ¡Okayo!... La otra sombra era, de seguro, Miatji... Pero, ¿por qué había venido y por qué tan tarde?...

Se retiró debajo del alero y cerró el cuello de la delgada bata.

—¡Qué imprudencia! ¡Venir aquí, cuando tan severa es la vigilancia de la Policía!... ¡Y venir a ese puente, donde tan fácilmente le pueden ver!

Pero los dos estaban como helados, mano con mano, apoyándose en la baranda del puente. Divisó la blanca bata y el cinturón rojo de Okayo, bajo el embozo de la conocida capa marrón de Miatji. Se quedó esperando cinco o diez minutos, pero no acababan de separarse. Parecía como si Okayo llorase contra el pecho de Miatji. A lo lejos se oía la matraca de los guardas nocturnos. La luna pasaba sobre el bosque Haksuan y se dirigía hacia el bosque de la escuela.

El miedo se apoderaba de Takaë. Comprendía naturalmente que hubiese acudido a este sitio, a pesar de todos los peligros; pero era demasiado peligroso quedarse en el puente.

—¿Será que quiere presentarse a la Policía?

Si la Policía le descubriese ahora, Okayo sería también arrestada..., y eso no podía ser. Aquel cuerpo débil no podría soportar el encarcelamiento.

Ambos han perdido el juicio... Hizo un supremo esfuerzo y salió delante de la casa. Pero cuando vio las dos figuras sobre el puente, cerró los ojos. Lo del puente era ahora un mundo aparte.

—¡Ea! ¡Qué tonterías! —murmuró para sus adentros, y se indignó de sí misma por andar haciendo aquella ronda tan cómica.

Inmediatamente se volvió a casa.

—¿Estaré yo celosa?

Se deslizó cautelosamente hasta su cama para no despertar a su padre. Pero su cabeza no se tranquilizaba.

Los labios apretados de Miatji, su frente ancha, su cara varonil, se le aparecían constantemente delante de los ojos, aunque no olvidaba un momento que era el novio de su hermana.

Takaë veía la cara de Fusa-chan, que le decía riendo:

—Esas cosas debían estar prohibidas.

El despertador marcaba ya las tres y media. Se revolvió sobre la cama y no pudo reprimir un sentimiento de zozobra.

En aquel instante oyó pasos suaves, que pasaban sobre el puente y alrededor de la casa y se detenían delante de la puerta. Esta se abrió, y entró primeramente Okayo, que llamó a su hermana y dijo:

—Un momento, hermana; te voy a pedir una cosa.

Takaë se incorporó y simuló que despertaba entonces. Okayo apuntó en silencio hacia la puerta.

Allí estaba Miatji.

Takaë se echó un kimono por encima de los hombros y salió a su encuentro.

—Pasa.

Luego hizo que Okayo cerrase la puerta y encendiese fuego.

Cuando Okayo entró, ya el padre se había despertado y miró con incertidumbre hacia aquel hombre pálido y desconocido.

—Padre.

Takaë se inclinó hacia él y cuchicheó un instante. El padre no hizo señal alguna de asentimiento, pero volvió a colocar la cabeza sobre las almohadas.

—Bueno, ¿qué cuentas tú?

Takaë se dirigió a Miatji y que, como era natural, estaba sentado al fuego. Éste replicó por lo bajo:

—Pues mira, no resultó. Seguramente lo habrás leído en la Prensa.

Sonrió tristemente. En sus mejillas habían dejado profunda huella el cansancio y el acoso.

—Todo en balde.

Takaë se quedó mirando al hombre a la cara. Estuvieron callados largo rato. Pero se comprendían mejor que si hubieran hablado muchas palabras.

Entonces llegó Okayo con ascuas recientes para la estufa. Sus ojos hinchados de llorar, pestañearon ofuscados por la luz de la lámpara.

Miatji se descalzó una babucha, sacó un papel plegado y lo metió en la mano de Takaë.

—Dale esto a Hagimura o a Nakai. Es un informe de un hombre que prepara asuntos importantes. Dáselo sin falta.

Miatji tenía ilimitada confianza en Takaë.

Ella hizo una señal de aprobación en silencio. Entonces dijo Miatji sencillamente, sin ilación alguna:

—Mañana me presentaré a la Policía.

Takaë se estremeció, pero Miatji prosiguió tranquila mente.

—En la situación actual, me parece lo mejor. Así estaba acordado desde el principio, y ahora precisamente no hay otro camino para dejar en libertad a los dirigentes de la huelga, que están detenidos.

Estaba resuelto.

Takaë no pudo decir una palabra.

Por la calle pasó el guarda nocturno con la matraca. De vez en cuando, se oía el tintineo de los sables y el pisar de recias botas.

—Ahora, la Policía y la guardia nocturna andan siempre juntas.

—Miatji, ¿no quieres dormir aquí?

Al preguntárselo, Okayo se volvió hacia la cama de ambas muchachas y sonrió suavemente.

—Miatji es un muchacho animoso, pero ahora no puede dormir todavía. Mejor es que le preparemos arroz caliente.

Las dos hermanas pasaron a la cocina y prepararon el arroz. Miatji, que durante dos días y dos noches había estado huyendo de las redes de la Policía, iba siguiendo con los ojos los movimientos de las muchachas, y sus párpados se abrasaban.

Okayo le sirvió, él cogió los palillos y sus labios adelgazados se estiraron con melancolía:

—¡Qué caliente!...

El vaho del plato de arroz envolvió las dos caras y se condensó sobre los párpados de Miatji. Los ojos de Okayo se llenaron de lágrimas.

Habían de despedirse, sabe Dios para cuántos años...

Takaë salió y los dejó solos.

El frío ambiente de la mañana fue clareando. Takaë miró al cielo. La garganta se le hacía un nudo. Por fin, oyó que Miatji se calzaba los zapatos detrás de la puerta.

—Que te cuides mucho —decía la voz temblorosa de la hermana.

Miatji no decía nada.

—Abre, Takaë.

Miatji empujó por dentro la puerta y ella describió el pestillo. El muchacho salió y estrechó la mano de Takaë.

—Me voy ya. No olvides el informe.

El joven comunista volvió la espalda y se alejó apresuradamente.

—Bueno, bueno; no llores.

Mientras Takaë seguía con los ojos a Miatji, que resal-
taba vigorosamente en el claro amanecer y se alejaba a
toda prisa, acariciaba el pelo de su hermana llorosa como
en los días de su niñez...

—No llores, no llores...

PUESTOS DE COMBATE

I

mensajeros

Repentinamente se alzó el ruido estrepitoso de las campanas, con que se anunciaban por las esquinas de las calles los números extraordinarios de la Prensa.

—«¡La dimisión del Gabinete Kensekai!»

Ante las rojas columnas de los apeaderos, ante las entradas de los Bancos, ante las puertas de las fábricas, en los andenes, en los escaparates, junto a las carteleras de los quioscos, volaban, danzaban y se arremolinaban las hojas todavía húmedas, que se difundieron por toda la ciudad. Los pasos apresurados de los transeúntes, el ir y venir de las miradas inquietas, producían un estado de ánimo angustioso aquella tarde, mientras el polvo se arremolinaba y el sol de inicios de invierno irradiaba mustios fulgores.

—«¡Fracaso de la política en China e impotencia para salvar los Bancos en quiebra!»

—Por eso ha dimitido, sin duda, el Gabinete —murmuraba el hombre de sombrero y traje a la europea.

No de otro modo pensaba el hombre de gorra y *havelock* y el hombre de blusa que arrastraba una bicicleta. El estudiante uniformado, el cobrador de tranvía, los polizontes y sus oficiales, repetían lo mismo... Todo el mundo conocía exactamente, por fotografías o caricaturas, las caras de los miembros del Gabinete dimisionario. Sus facciones se habían remachado en la cabeza de los ciudadanos a través de las revistas y de las tarjetas iluminadas con más frecuencia y vigor que los retratos de los padres y hermanos de la patria distante. Para todos era familiar, como las fechas del calendario, que el ministro de Hacienda, el rico Osaka, director general del gran Consorcio Mitsubishi, de ancha y gruesa cara, brillante bigote negro, queapestaba al colorete de sus criadas y amigas, con facciones procaces y arteras, había metido su dinero en la compra de terreno para la construcción del puerto. Este director general y ministro de Hacienda había proclamado semanas antes repentinamente en todos los grandes periódicos del Japón un nuevo programa económico (o así lo creían, por lo menos, las masas de los que no sabían ver por tela de cedazo):

El abandono y la poca diafanidad de las finanzas en las distintas sociedades comerciales e industriales de nuestros pequeños y medianos empresarios, después de la guerra mundial, han hecho impracticable la racionalización y liquidación rigurosas, aunque el gran terremoto acaecido en Tokio y sus alrededores en septiembre de 1923 parecía haber dado ocasión una vez más a los empresarios medianos y pequeños para un nuevo resurgimiento. Este derrumbamiento de las finanzas por una política económica descuidada y artificialmente mantenida tiene que expiarlo ahora el Gabinete Seiyūkai. Los

peligros que amenazaban crecieron cada vez más rápidamente. A pesar de las frecuentes amonestaciones de nuestro partido Kensekai, este sistema económico desatentado de nuestra pequeña y mediana industria sólo sirvió para una triste moratoria.

Nuestro Gobierno, no sólo se esforzará por seguir una de nuestras tres grandes líneas directrices por medio de la política de limitación financiera, para sanear nuestra triste situación económica, sino que establecerá también normas para los Bancos en quiebra y sus imponentes...

El Kensekai se apoyaba en la industria y en el comercio de todas las ciudades del Japón. La proclama del Gobierno tenía que provocar grandes conmociones dentro de este partido.

Pero esta proclama llegó a ser, al cabo de una semana, un fantasma vacío, porque el Gabinete tuvo que dimitir. Después de esta proclama el motivo de la moratoria parecía ser, en último término, el desatinado descuido de los negocios financieros por los empresarios pequeños y medianos.

—No digas tonterías —manifestó Yatsuo, que se había echado alegremente la capa al hombro.

En la habitación había cinco hombres. El joven Tomichan, que hacía servicios de mensajero para la directiva de la huelga, acababa de traer de la calle un número extraordinario de un periódico.

—¿Qué significará esto? —preguntó afanosamente el pulcro joven, de aspecto inteligente.

Era cajista.

—La principal culpa corresponde, naturalmente, al gran capital. Es evidente que hay excepciones. El primer golpe lo dio la crisis del comercio y de la industria, es decir,

la superproducción, y la causa inmediata de una bancarrota tan catastrófica fue que los poderosos cerraron sus bolsas —declaró Yatsuo, con el número extraordinario sobre las piernas cruzadas.

Aquel hombre, de cara llena, casi femenina, y de voz atiplada, era uno de los luchadores más valientes en la dirección del Consejo sindical de la provincia de Kanto.

Reinaba en la habitación tal silencio, que hubiera podido creerse que ya estaba muy avanzada la noche. Aquella habitación se hallaba en el primer piso. Un cartel de reclamo del restaurante tapaba el balcón de la calle, por donde pasaban trepidando los tranvías eléctricos. Frente al balcón había, en la pared, un estrecho pasaje. A través de una pequeña entrada se pasaba desde la habitación, por una estrecha escalera y por la puerta zaguera del restaurante, de un modo completamente inesperado, a un antiguo cementerio con un templo de Buda, y por otra pequeña puerta de papel se podía llegar a un pequeño aposento situado en la planta baja.

Podemos decir tranquilamente que aquel local, de unos cuatro metros cuadrados de área, cuyo único adorno eran unas cuantas oleografías de mal gusto, era precisamente el lugar donde el propietario del restaurante consentía que sus muchachas se procurasen ganancias especiales.

Pero las caras que ahora se veían en aquella habitación no estaban en armonía con tales cosas, y prestaban a todo el local una apariencia grotesca.

Para entrar, era conveniente atisbar con alguna frecuencia a la pared del cementerio o a la entrada del restaurante, por si alguien estaba acechando. Éste era también el motivo de que sólo se pudiese hablar allí por lo bajo. De la existencia de aquella habitación sólo tenían noticia las personas de absoluta confianza.

Nakai y Watamasa estaban sentados frente por frente junto a una pequeña mesa y dibujaban torpemente sobre un plano.

—Oye, ¿quién crees tú que formará el próximo Gabinete? —preguntó de pronto Yatsuo a Watamasa.

—Eso habría que pensarlo.

Watamasa levantó la cabeza y miró al otro. Debía de andar por los treinta años. Tenía una barbilla pronunciada y aguda y un bigote recortado, y estaba muy flaco. Los profundos pliegues de su frente le hacían más viejo de lo que era, pero todos sus movimientos revelaban una energía desahogada. Llevaba vestido japonés con mangas estrechas.

—Se me ocurre que «Siberia»...

—¿A ti también?...

La persona que se conocía entre ellos por el apodo de «Siberia» era, naturalmente, el general Tanaka, presidente del partido *Seiyūkai* [partido militar], quien, como todo el mundo sabía, soportaba la responsabilidad de la expedición militar a Siberia y era el más conspicuo representante de los negocios sucios en el Ejército.

—También a mí se me ocurre —dijo Nakai (llamado festivamente «el día largo de primavera»), levantando de la mesa su larga cabeza equina.

Desde el principio de la huelga de los obreros de la Daido, ninguno de los huelguistas había echado los ojos encima, ni por un momento, a este triunvirato dirigente del Consejo sindical.

Hacía ya un mes que estaban viviendo en aquel pequeño aposento, en el distrito de Koishikawa. Sólo muy pocos lo sabían, y se les acusaba ya de haber sido desleales a su causa.

—Si se trata de «Siberia», ya es algo —refunfuñó Wata-masa, volviendo a inclinarse sobre el mapa.

—¡Ja, ja! —se echó a reír Yatsuo fisgonamente, como siempre que tropezaba con un adversario especialmente peligroso.

En aquel momento, llamaron a la puerta... tres veces, la señal secreta, convenida.

—¡Adelante! —dijo Yatsuo.

Otro mensajero, que había estado durmiendo, se incorporó y se pasó los brazos por delante de la rodilla.

El recién llegado era Hagimura.

—¡Hola!

Los tres se volvieron hacia él.

—¿Nuevos informes? —preguntaron.

—Sí, algo muy importante.

Hagimura se sentó sobre los periódicos tirados por el suelo.

—Ahí está, es urgente.

En la esquila se leían tres líneas escritas a lápiz:

«El día 19, por la noche, trasladará la Compañía en auto a la fábrica de molinos a todos los aprendices secuestrados, juntamente con las máquinas de encuadernación.»

Todos leyeron la esquila.

—¿De dónde viene esto? —preguntó Watamasa tranquilamente.

—De Miatji. Hace una hora que me lo entregó la camarada Takaë Haruki, de la sección femenina.

Los tres hombres reflexionaron... Aquello urgía... El día 19, por la noche... Es decir, esta noche... No hay tiempo que perder.

—Vamos a proceder de este modo —dijo Watamasa.

Y las cuatro cabezas se inclinaron unas hacia otras.

Tomi-chan, el mensajero, informó entretanto a Kijose:

—El camarada Miatji se ha presentado espontáneamente a la Policía.

La deliberación duró cinco minutos. Nakai escribió a toda prisa las órdenes.

—Nakai, yo recomiendo como observador al aprendiz Hisachita, que es de toda confianza.

Tomi-chan y Kijose recibieron cada uno su orden.

—Muy aprisa, en auto..., y mucha precaución —les advirtió Yatsuo a los dos mensajeros.

Desaparecieron por la puerta secreta y se alejaron en distintas direcciones.

—Esto es lo que se ha enviado a la Compañía —dijo Hagimura sacando del bolsillo una esquila, mientras se calentaba la mano izquierda en la estufa.

—¿Es la copia exacta?

Watamasa desplegó el papel:

ACUERDO

La huelga de la imprenta Daido demuestra claramente con cuánto descaro quiere arrebatarse la Compañía a los obreros el derecho a la existencia. Por eso los padres y hermanos de los aprendices expresamos nuestra simpatía a los 2.500 huelguistas y manifestamos nuestro deseo de que durante la huelga abandonen el trabajo nuestros hijos y hermanos. —Representantes de los padres y hermanos de los aprendices, Genziro, Hisachita y otros 32 padres.

—¡Oh, oh!

Todos se quedaron mirando la esquila.

—Hay que liberar lo antes posible a esos mu chachos.

Hagimura odiaba el sistema de los aprendices, que había tenido que presenciar todos los días. La explotación de los aprendices era todavía peor que la de los obreros.

—Es curioso, de todos modos, que persista todavía en todo el Oriente, incluso en los ramos de fabricación más modernos y adelantados, el sistema feudal de los gremios. ¡Solamente en la imprenta Daido trabajaban trescientos aprendices!

Watamasa y Yatsuo se miraron. Ambos mostraban la misma sonrisa amarga. Hagimura conocía a Watamasa hacía ya siete u ocho años, desde el primer movimiento contra la «Ley en defensa de la paz y del orden». Watamasa había trabajado todo el tiempo exclusivamente por el movimiento. Hagimura se quedó en la fábrica y cumplió allí con su deber, y así, en los últimos tres años no habían tenido ocasión de verse. Pero Hagimura recordaba todavía perfectamente cómo él y Watamasa, juntamente con Kawai y Yamagishi, que luego fueron asesinados por el Ejército, habían estado en un calabozo de la Policía con motivo de aquella campaña. En los pliegues de la frente de aquel hombre de treinta años aparecían grabadas la seguridad y la lealtad. Su kimono de estrechas mangas era todavía el mismo que llevaba ocho años antes.

—¡Hombre, me alegro que hayas llegado ahora precisamente! ¿Me quieres ayudar un instante? —preguntó Watamasa, a quien la presencia de Hagimura le resultó muy oportuna.

—Sí, todavía me queda una hora. ¿De qué se trata?

—Queremos trazar un plano de la fábrica y de sus alrededores, y de eso estás tú muy enterado —dijo Nakai.

—Sí, naturalmente; conozco hasta los retretes.

Todos se echaron a reír, y Hagimura se acercó a la mesa.

—Hemos dibujado las cercanías de la fábrica siguiendo el plano de Tokio, pero lo más importante es esta mancha blanca de aquí, donde queremos dibujar el plano exacto de la fábrica.

—Nada más fácil.

Hagimura cogió un pliego nuevo y empezó a dibujar.

—Este camino particular, que pasa entre el taller de la derecha y el de la izquierda, mide aproximadamente 360 metros; en este sitio hace una curva y termina en la vertiente del Jardín Botánico. La puerta lateral izquierda da acceso a Shimizudani, y la derecha, a la vertiente de Densuin, ¿comprendes? Y las entradas y salidas son...

Así seguía describiendo Hagimura todos los detalles del emplazamiento. Conocía la fábrica mucho mejor que el número de esterillas de su aposento.⁷ La mayor parte de su vida se la había pasado en ella.

Todas las entradas fueron dibujadas con línea roja, y pronto el mapa quedó terminado con su ayuda.

Ya podía imaginarse Hagimura para qué había de servir aquel plano. Era cosa que no hacía falta preguntar.

En la habitación había casi anochecido. Yatsuo dio la llave de la luz.

—Es hora —dijo Watamasa pensando en el mensajero.

En aquel momento empezó a sonar un timbre.

—¡El teléfono!...

Yatsuo se dirigió al aparato, que estaba oculto en una esquina del aposento, y cogió el auricular.

—¡Hombre, es Hisachita! —dijo, dirigiéndose a los demás.

⁷ En vez de alfombras, las habitaciones japonesas se guarnecen con esterillas, que se fabrican a un tamaño constante, y así el pueblo indica el tamaño de un aposento por el número de esterillas.

II

disparos de revólver

En la encrucijada de la calle de Sasugaija, en el distrito de Koishikawa, junto a la roja caseta del teléfono público, en la esquina derecha del barrio de *geishas* de Haksuan, se paseaba un joven con anchos calzones amarillos de marinerero. Era Hisachita, a quien Hagimura había recomendado una hora antes en el restaurante «Canario», y a quien habían elegido entre los 300 aprendices.

Uno tras otro, fueron encendiéndose en la creciente penumbra los faroles de las calles. Al principio, brillaban sólo mortecinamente, pero ahora daban mucha claridad. Nadie se preocupaba de la presencia del joven. Pasaban tranvías y autos. Circulaban ciclistas, veloces como flechas, y transitaban peatones con paso ligero.

Hisachita miró atentamente a derecha e izquierda y se volvió luego hacia la caseta roja del teléfono.

Su cara y sus manos estaban sin lavar, pero la nariz arremangada comunicaba al joven un aspecto simpático.

Pasó junto a él una pequeña geisha con su amigo... En aquel momento, el joven se puso al lado de la *geisha* y se refugió como una flecha en la sombra, junto al escaparate de una droguería. Había visto que allá, por la curva del tranvía, doblaban tres autos.

—¡Esos son!

Hisachita se escondió y se encogió para que no le alcanzase la luz del escaparate.

Eran dos autos particulares, con la capota cerrada y una camioneta de dos toneladas, perteneciente a la Compañía, muy conocida para él.

Los tres autos pasaron junto al joven a gran velocidad.

—¡Ésa es la camioneta!

Entre las máquinas y los alijos de papel vio en el coche las caras conocidas de sus camaradas. «¡Hola!», estuvo a punto de exclamar; pero reflexionó a tiempo.

—Dos mil noventa y uno, dos mil noventa y uno... — murmuró, leyendo el número de la placa, que trepidaba en la trasera; sacó del bolsillo un trozo de papel y lo anotó.

Los tres carruajes subieron directamente hacia la cuesta de Haksuan, doblaron hacia la izquierda y desaparecieron en la sombra.

—¡Diablo! ¿Adónde llevarán a nuestros camaradas?

La Compañía, bajo pretexto de proteger a los aprendices, había secuestrado por fuerza a una parte de ellos y los quería llevar secretamente aquella noche a un sitio donde tuvieran que trabajar forzosamente.

Hisachita entró en la cabina del teléfono, cogió el auricular, pidió central y número:

—¡Hola! ¿Es Yatsuo, de la sección S?

Y empezó a dar informes con toda minuciosidad; pero nadie podía entender lo que decía, aparte del interesado, porque estaban convenidas frases especiales.

—Dos mil noventa y uno, efectivamente. Además, otros dos coches particulares, que desaparecieron por la cuesta de Haksuan, hacia la izquierda. ¿Cómo?... Sí, sí; reconocí en la camioneta las caras de mis camaradas...

Colgó el auricular y salió. Había cumplido su encargo. Avanzó con firme paso por la encrucijada y desapareció silbando por la oscura pendiente del Jardín Botánico.

* * *

Mucho más difícil era el problema que tenía que resolver el segundo grupo. Entre los arrabales de Itabachi y Sugamo, al final del macizo de casas, donde las filas de edificios se levantan como riscos quebrados entre la ciudad y el campo, se detuvieron dos autos con los faros a media luz, como si estuvieran esperando pasajeros. En cada uno de los dos coches estaban sentados, a oscuras, tres jóvenes, en impaciente espera. Junto al volante habla un hombre con gafas y sin sombrero. Sacó la cabeza y, mirando hacia atrás, preguntó a los del coche:

—Kuroiva, ¿no habrás oído mal? ¿No sería tal vez a las siete?

Como contestación asomó una cabeza con gorra, que servía de remate a un cuerpo alto y robusto:

—No.

Se apeó del coche y se acercó al hombre de las gafas.

—Con toda seguridad, a las seis; lo leí en la esquila, no es que lo haya oído solamente. Si ha pasado algo entretanto, pronto lo sabremos.

Se acercó a ellos el chófer del otro coche:

—Chicos, cuando pase, tenemos que hacer la señal con la sirena. Los gritos no se pueden oír con tanto estrépito.

También el chófer era un huelguista de la sección de transportes de la Compañía. El hombre de las gafas se acurrucó ahora junto al coche, poniendo las rodillas en tierra, y dijo:

—Para mayor precaución, vamos a tratar otra vez lo que se ha de hacer.

Acudieron del segundo coche los otros cinco.

—Pero, Kakekawa, si hay muchos aprendices, no podemos llevarlos a todos en nuestros coches.

—No creas... Será sólo por poco tiempo. A mi juicio, son unos quince, porque en total sólo han sido secuestrados treinta.

El de las gafas estaba enterado de todo, parecía ser el más viejo de todos ellos.

—Es que quieren encuadernar el *Fuji-Magazín*, de la editorial Yamato-Kodan, que ya está impreso, con el fin de lanzarlo para el año nuevo; pero de nada les ha de valer.

Kuroiva se echó a reír. Los huelguistas no podían tolerar que se hiciese ni aun aquella pequeña parte. Su lucha era actualmente a vida o muerte. Una pequeña tregua, la menor retirada, podían significar un gran retraso y una prolongación incalculable de la lucha. Especialmente, el asunto de los aprendices era para los huelguistas de la mayor importancia, porque les habían sido arrebatados por la Compañía. ¡Cuántos sacrificios había de costar la recuperación de aquellos pequeños camaradas!

—¡Atención! —gritó el camarada que estaba delante en guardia, volviéndose al grupo—. ¡Ya vienen!

Apenas se habían levantado cuando vieron bajar a los tres autos por la despoblada carretera. Uno. Dos. Tres.

—Ellos son.

El jefe responsable de los tres hombres que ocupaban el primer coche era el de las gafas. En el segundo coche el responsable era el hombre alto.

—Dos mil noventa y uno. ¡*All right!*

Dejaron pasar los autos, encendieron enseguida los faros en los dos coches, pusieron en marcha los motores con

estrépito y, dando una ceñida vuelta por la carretera, salieron disparados detrás del 2.091. Pronto se acabaron las casas en la carretera de Itabachi. Los edificios iban quedando atrás como pequeños guijarros que despidiesen los neumáticos de los coches. Los reflectores de los autos hendían las tinieblas como cuñas. Los cinco coches marchaban, unos tras de otros, como arrebatados por el diablo.

—¡Magnífico! ¡Parece que estamos haciendo una película! —dijo sonriendo Kuroiva a sus hombres, que estaban pálidos de emoción.

—Los de delante han advertido ya, por lo visto, que les vamos siguiendo —dijo el de las gafas, que iba sentado junto al chófer.

Los hombres que intervenían en esta aventura bajo el severo control de los huelguistas soportaban una grave responsabilidad.

La camioneta rebasó un paso a nivel. Aquello era inesperado. Según sus informes, el final de viaje de los autos debía ser la fábrica de molinos de Itabachi. Pero en ese caso hubieran ideado torcer a la derecha de la vía, sin rebasarla.

—Lo que parece es que quieren despistarnos.

Los dos autos se precipitaron detrás sin detenerse. Quedaron a la espalda las casas de Itabachi. Los carruajes marchaban ahora por la carretera, entre campos inundados...⁸ Cinco minutos..., siete minutos. Sólo se veía por la derecha el resplandor del arrabal de Itabachi.

—Pero, ¿adónde irá esa gente?

Con el viento frío de la noche y con la expectativa de la lucha, sentían sus cuerpos rígidos.

⁸ Los arrozales se inundan en la primavera.

—Están dando la vuelta. Esa gente quiere dar un rodeo —gritó el de las gafas.

Kuroiva asomó la cabeza:

—¡Magnífico! ¡A darles alcance! —bramó, inflando mucho la boca.

—¡Atención! —se ordenó hacia atrás.

—No debía desperdiciarse la ocasión —pensó el de las gafas—. Ahora tengo que hacer funcionar mi revólver de juguete.

El hombre de cráneo pelado del primer coche se quitó la chaqueta. Por su cara ceñuda y tensa, cualquiera hubiese creído que el revólver era auténtico.

Los motores marchaban a todo gas. Los autos retemblaban por la rapidez. Bajo las ruedas saltaban los guijarros.

Veinte metros..., dieciséis metros..., diez metros. Sobre la maltratada carretera daban tropiezos y brincos los coches. A cada instante podía haber una *panne*.

—¡Muchachos, ya llegamos!

El viento arrastraba la voz entre las tinieblas.

Seis metros..., dos metros... Habían pasado. Ambos coches frenaron apresuradamente, y todo el ancho de la carretera quedó interceptado...

—¡Alto!

El hombre de cráneo afeitado saltó del primer coche, se dirigió al puesto de mando del auto enemigo y apuntó a los pasajeros con el revólver. En el mismo instante recibió un golpe sobre el brazo, que se lo dejó insensible. Pero los coches de los enemigos pararon.

—¡Halunke!...

Kuroiva saltó hacia la camioneta y enlazó al hombre del garrote. La camioneta, queriendo evitar el choque con los demás autos, había metido una rueda en el campo blando

y estaba completamente ladeada. Había quedado atascada en el barro. De los autos de la Compañía saltaron cuatro hombres. Llevaban garrotes y puñales, y empezaron a luchar con los demás sobre el campo inundado.

—¡Precaución! ¡Menos nerviosidad! —gritó el de las gafas a sus camaradas.

Los grandes faros de los automóviles se enfocaban en todos sentidos e iluminaban de un lado para otro las caras de los combatientes.

—¡Apearos! ¡Aprende, aprende! —gritó el del cráneo afeitado a los aprendices, llenos de miedo.

Los camaradas estaban en mala situación. Todos los enemigos iban armados. Por eso Kuroiva no podía acercarse a su adversario, y era perseguido por el campo.

—¡Canalla!

Se agachó, cogió un puñado de tierra y de piedras y se lo tiró a la cara; pero en la oscuridad falló el blanco, y el adversario alzaba ya sobre él su cuchillo.

—¡Socorro!

El de las gafas se acercó y, como no llegaba a tiempo, lanzó su garrote contra el individuo del cuchillo, que esquivó el golpe con la cabeza y ofreció así mejor blanco a Kuroiva desde abajo. Éste lo alcanzó con una piedra en medio de la cara.

—¡Trasladadlos! —bramó el de las gafas.

Sobre el campo pantanoso temblaban las tinieblas como las algas en el mar.

Volaban los guijarros... Las piedras han sido siempre nuestra mejor arma. Los aprendices sostenían la ofensiva con pedruscos. Los enemigos eran vagabundos y forajidos profesionales; pero los nuestros resultaban superiores a ellos.

Resplandeció un fognazo en la oscuridad.

—¡Tunante!

Kuroiva saltó por detrás a la espalda del vagabundo. Alguien cayó rodando por el suelo. Olía a pólvora.

—¡Basta! —gritó el de las gafas, levantando a Kuroiva.

Las sirenas de los autos bramaban en medio de la noche. Los pasajeros de ambos carruajes se apretujaban con los aprendices en los asientos. Sus ojos estaban inyectados de sangre.

—¡A la mierda!

Uno de los rufianes se levantó con un supremo esfuerzo. En aquel instante se pusieron en movimiento los autos.

¡Bang!... Y un estallido seco rasgó las tinieblas.

—¡Ay!

El de las gafas lanzó un grito y se abalanzó hacia el coche, que arrancaba. A la luz del faro piloto se advirtió el humo amarillo de un disparo.

Tinieblas.

Dos autos desaparecieron raudos como el viento.

¡FUERA CARETAS!

delegados municipales

Tan cansado estaba Hagimura, que no podía ya hilvanar sus pensamientos, por mucho que se esforzaba. Tenía la cabeza reclinada sobre la blanda hierba, que ya amarilleaba y estaba suave como la melena de los perros del Norte. Sus pensamientos eran obtusos y lánguidos.

No... Sacudió la cabeza y se esforzó por reflexionar: todos aquellos árbitros del Comité paritario no eran, en el fondo, más que funcionarios de la burguesía; los verdaderos sindicalistas Ynoshita e Yshikawa, no menos que el director de la editorial Yamato-Kodan, todos eran lo mismo. Mirándolos desapasionadamente, no eran neutrales, había dicho Nakai. ¿Pero podía afirmarse esto con tanta sencillez? Kunio, el director de la editorial Yamato-Kodan, tenía como cliente gran influencia sobre la imprenta Daido, con la que también mantenían las más diversas relaciones los demás patronos de imprentas. Las experiencias de la huelga del año 1924 han demostrado que puede ser muy oportuno aprovechar, durante la huelga, la fuerzas burguesas, habían insinuado él, Hagimura y también Takagi.

Pero Nakai les había explicado que este método sólo se podía aplicar en casos especiales, y no tenía importancia en principio. Mirando las cosas imparcialmente, había que renunciar a semejantes especialidades en la situación actual, había que desentenderse de ellas. Todos estos pensamientos pasaban por la cabeza fatigada de Hagimura. ¿Será que desde 1920 mi cabeza y la de Takagi se han oxidado?... ¿O será que Nakai sufre un extravío?...

—¡Despierta!

Sintió un puntapié en su espalda encorvada.

—Anda ya...

Hagimura no podía desprenderse todavía de la voluptuosidad del sueño. Todo se arremolinaba en su interior, y sus pensamientos se envolvían en tinieblas.

—¡Oh, qué cansado estoy! ¿Pero qué diablo me habrá dado a mí con el pie? —dijo Hagimura.

No tenía ganas de levantarse. Disgustado y abatido, se estiró y bostezó... Entonces vio con sus ojos adormilados una hermosa mujer, que parecía una dama de la corte y se acercaba a él sobre un gracioso puente...

El sol de mediodía había caldeado la acicalada hierba de la colina, donde estaba tendido, y sobre la hoyada, cubierta de espesos arbustos, caían en el monte los ardientes rayos solares como a través de una lente.

Apenas cabe imaginar que en medio de la gran urbe existe todavía un lugar apartado como aquél. Hay allí lomas y valles, árboles y puentes. En esta época democrática de libertad, la multitud de criados y jardineros sólo tenía derecho para permanecer allí con el único y exclusivo fin de expulsar de los árboles las abundantes orugas y barrer la tierra.

El estruendo de los tranvías y los bocinazos de los autos quedaban muy lejos de aquel sagrado lugar.

—Hagimura, levántate.

Le cayó sobre la cara una pequeña brazada de hierba. Se levantó disgustado, escupiendo las raspas de la boca, y Yamaura y Kamëi se echaron a reír.

—¡Maldita sea tu estampa!

Hagimura agarró a Yamaura por su bota sucia y le tiró por la pendiente abajo. Yamaura cayó rodando como un lío de ropa vieja, y empezó a disculparse riendo.

En el parque había un pabellón, delante del cual estaban con rostros enjutos de viejos mandarines los obreros Takagi, Yshisuka, Yamamoto, Teraishi, Ando, Tsurumi, Ujenojama. Para sobreponerse a su somnolencia, se esforzaban por resolver una cuestión completamente imposible y desatinada cuanto tiempo se podía prescindir del sueño sin volverse uno loco. A este propósito se habló de que a los criminales se los podía ablandar privándoles del sueño. Sé refirió lo que se dice en una novela rusa de una nodriza que mató de ese modo al niño de su amo. Y se recordó también lo que se cuenta en una novela europea: que varios obreros, atacados de alucinaciones, bajo la opresión de la fatiga, tomaron el estridor de las máquinas de imprimir por bramidos de leones y arremetieron contra ellas con barras de hierro.

—También nosotros padeceremos pronto alucinaciones. Takagi reía sordamente con profundo sonido gutural. Entonces se acercó la mujer, que parecía una dama de la corte, con café. Era tan mansa, tan graciosa y modesta, que nunca enseñaba sus blancos dientes. Hagimura y otros salieron de entre las matas.

—Hola, Hagimura; toma café —gritó Takagi.

La muchacha sirvió a un obrero tras de otro con una cafetera plateada.

—Bueno, basta y sobra; desde ayer a mediodía he tomado ya cincuenta tazas de café —dijo Hagimura.

Apartó a la gente hacia un lado y se sentó en un banco. Luego se le quedó mirando a la muchacha a los ojos, que no tenían fondo, como si se mirase a través de cristal.

—Hagimura, no la mires tan fijamente, que va a traer enseguida *nagi-nata*⁹ —dijo Takagi bromeando con él.

Y la pobre muchacha tuvo que echarse a reír. Realmente, todas las criadas y todos los criados estaban cortados aquí por el patrón «Yamato-Kodan».

Nakai se quedaba siempre serio, incluso en semejantes ocasiones. Su «día largo de primavera» estaba ligeramente anublado. El más parecido a él era Minayama, director de la Imprenta Técnica.

—Somos ovejas del mismo redil —había dicho ayer, en broma, Yamamoto.

Y con su voz atiplada se había echado a reír, cuando los obreros se juntaron en una sesión con los individuos del Comité paritario, y Minayama empezó a disculparse, con su cara larga, del retraso de la contestación de la Compañía.

—Pero ¿qué hacemos ahora? —volvió a preguntar Takagi gravemente.

Los del Comité paritario les habían invitado a ir allí, pero todavía no había llegado la contestación de la Compañía. Al amanecer recibieron aviso nuevamente y se les dieron largas hasta las diez de la mañana.

—Ya son las nueve. ¿Aprobamos la tercera propuesta de los árbitros y esperamos hasta las diez, o nos marchamos? Hay que votar ahora mismo sobre esto.

⁹ Bebida mágica, semejante al «lete» griego.

Kamëi se levantó y se quedó observando las cercanías. La cuestión era muy sencilla en sí, pero, en el fondo, se ocultaba una estratagema de los mediadores burgueses. Los obreros se ponían impacientes, porque no se sentían a la altura de esta diplomacia burguesa. En todo caso, tenían que retirarse y plantear una táctica de acuerdo con sus principios.

—¡Alto, un momento! —exclamó Kamëi, observando que algo se movía en las matas próximas.

Todos volvieron la cabeza: era un joven con uniforme de colegial.

—Un telegrama —dijo, entregando a Takagi un trozo de papel.

Era un mensajero de la oficina del Sindicato. Takagi abrió el sobre y leyó:

«A la una de la tarde llego estación Tokio. —*Oda.*»

El papel pasó de mano en mano, y en los enjutos rostros se dibujó una sonrisa.

—Vámonos a casa.

El telegrama era de la Dirección general del Sindicato de Osaka. Oda, presidente del Comité Central del Sindicato, llegaría hoy a Tokio.

—En ese caso ya discutiremos con el camarada Oda respecto a nuestra actitud frente al Comité paritario. Ahora nos iremos a casa.

Nakai asintió en silencio; hablaba muy pocas veces. Su opinión sobre el Comité paritario era el resultado de claras meditaciones; pero no abría su boca sin estar completamente seguro de su opinión.

Aquel hombre de cara larga era el intermediario entre el primer piso del restaurante «Canario» y la organización oficial de los huelguistas.

Los obreros, libres ya de aquel sagrado lugar, echaron a correr como niños alborozados por la pendiente y desaparecieron en la sombra de los arbustos. Pronto volvieron a surgir en la entrada principal del parque, acompañados por las cariñosas miradas de Ynoshita y Minayama, que estaban en la veranda de la casa.

* * *

—¿Se han marchado ya los obreros? —preguntó el señor Kunio, cuando Ynoshita y Minayama volvieron a entrar en el salón.

Aquel salón, instalado todo él a lo japonés, medía, aproximadamente, sesenta metros cuadrados. Preciosas taraceas en la parte superior de la pared y en las vetas del artesonado comunicaban al local gran dignidad y placidez. En la manilla de la puerta de papel, de dos metros de altura, colgaban grandes borlas rojas que recordaban el origen de aquella casa, que había pertenecido a un rico príncipe sesenta años antes. El señor Kunio se arrellenaba, grueso y majestuoso, sobre blandos cojines de seda lila de China. En la sala estaban, además de él, de Ynoshita y Minayama, otras seis o siete personas. Ynoshita, mientras se dirigía a su sitio, manifestó:

—Sí, los obreros están muy impacientes. Pero ¿me será permitido preguntarles, señores, si han descansado ustedes bien?

Todos los de la sala pensaron que nada puede saber bien a un paladar falto de reposo.

—¡Ay, horriblemente! Yo he dormido muy poco, y mi

constipado no se va —contestó el señor Kunio con su voz de contrabajo.

Le dio un golpe de tos, y su cuello de veinte pulgadas de anchura se hinchó como el de una rana cuando croa.

—Sí, esto es pesado; pero ustedes tienen buen aspecto. Naturalmente, esta huelga es una gran preocupación para todos.

El delegado municipal tenía gana de charla.

En su calidad de director del establecimiento «Cliché», quería aprovechar la ocasión para sonsacar algo a Kunio, su mejor y más poderoso cliente. El señor Kunio se apoyó con ambas manos, gruesas como botellas de vino, en un hurgón de plata y lo metió en las brasas de la estatua de bronce, en tanto que su cara de balón permaneció impasible.

Aquellos señores habían cambiado ya cinco veces de aposento desde la tarde anterior. La casa tenía, aproximadamente, treinta aposentos, europeos, chinos, japoneses..., y en cada sitio habían saboreado distintas bebidas y comidas. Habían departido sobre las cuestiones más variadas, y cada cambio de ostentosa decoración les ofrecía nuevos temas de charla.

En cambio, aquellos eruditos y locuaces señores no acababan de comprender a los jefes de los huelguistas, que parecían despojos barridos hasta allí por una escoba. Sin haber tomado otra cosa que café, habían permanecido allí desde ayer hasta hoy. Por la resistencia de su estómago podían conocerlos aquellos señores, incluso a Ynoshita, aunque tampoco sus rostros ocultaban nada. Se mostraban francos y animosos, pero incomprensibles para los señores. Cuando los señores hablaban con los obreros, les parecía siempre que se hallaban delante de la caldera

hirviente de la locomotora de un tren expreso, que no se sabe cuándo puede explotar.

—Los obreros dicen siempre «naturalmente». Pero a mí me parece que la palabra «naturalmente» tiene para nosotros otro sentido completamente distinto.

El director de la editorial «Mundo Femenino» hizo esta manifestación como un descubrimiento originalísimo. Además, estaba en la firme creencia de que el movimiento social japonés sólo podía existir merced al apoyo de cómplices extranjeros. Le parecía que esta opinión estaba justificada, porque él mismo había pagado una vez al famoso anarquista japonés O. el viaje a Francia. Todos los señores tenían, una boca enorme, como las ranas, y el de la cara de balón era un sapo gordo entre todas las especies de ranas, las de zarzal, las de lluvia, las rojas y las pintadas a cuadros. Pero aquellos reptiles no mostraron el menor interés por el nuevo descubrimiento, es decir, por la significación de la palabra «naturalmente». Todos estaban hinchados, de mal humor y muy nerviosos, porque no habían regresado aún los directores de la imprenta Shitatchi y de la revista económica *Diamante*. Ambos habían sido enviados como negociadores a Okawa. Para los editores, especialmente para el señor Kunio, el retraso de la solución por un día significaba un perjuicio de varios millones.

En la pared, detrás del de la cara de balón, colgaba un gran cartel con la inscripción «Deber y lealtad». Sus camionetas y camiones, que paseaban en grandes caracteres de reclamo la inscripción «Los periódicos sirven a la patria», aumentaban el tanto por ciento de los accidentes de circulación en la ciudad de Tokio. Los numerosos productos impresos de la editorial «Yamato-Kodan», las distintas revistas recreativas, los libros y manuales, el veinte por ciento en total de la producción librera japonesa, se

imprimían en la imprenta Daido. Las acciones de la imprenta Daido sumaban un capital de diez millones de yenes y sólo podían mantener su cotización a determinada altura merced a estos grandes clientes. Katis, en Norteamérica, y Kunio, en el Japón: todos los periódicos presentaban los retratos de ambos reyes del libro en su primera página. Pero las huelgas, esta «moda internacional», empezaban a atormentar a aquel balón inmenso. «Deber y lealtad» y valor a todo trapo: con estas dos divisas había salvado él todos los obstáculos durante la época de sus luchas, desde los tiempos del transporte a hombros hasta el momento actual... Para extirpar esta «moda internacional», no bastaban sus medios. Había intentado destruirla con su idea de «servir a la patria con periódicos»; y para eso, en sus cinco millones de ejemplares, se hablaba un mes tras de otro de la lealtad al emperador, de Kusunoki-Masatsura, antiguo caballero imperial, y del celo y lealtad del sabio Ninomija Sontoku. Pero la «moda internacional» se extendía cada vez más, y en esta huelga alcanzaba un *record* de duración que sobrepujaba a todo lo conocido. La huelga había tomado unas proporciones que le dejaban más triste que si sus dos hijos hubieran enfermado de tífus.

Toda una serie de impresos salía demasiado tarde y había que desistir ya de publicar varios números. Es cierto que había repartido la mayor parte del trabajo entre otras imprentas más pequeñas; pero todas juntas no tenían tanta capacidad de producción como la Daido.

—¿Por qué no instala usted mismo una imprenta? —le preguntó resollando Matsumoto, director del *Mundo Fe menino*—. Está usted en otra situación muy distinta de la nuestra, y el asunto sería productivo teniendo tanto que imprimir como usted.

En realidad, tenía razón. Kunio, poseedor de muchas acciones y participaciones en imprentas, había ya pensado muchas veces en empresas semejantes; pero era más listo; sabía muy bien que los obreros no son tan dóciles como los redactores y oficinistas de su Compañía. Y no se atrevía a ensayar con los obreros su difamada rapacidad para con los empleados.

—No, eso descartado; yo soy demasiado insignificante y no tengo bastante capital.

El «cara de balón» se arrojó con la modestia de una dama su aureola de santo, algo ladeada.

Un criado abrió la puerta y, arrodillándose en el umbral, dijo:

—Señor Ynoshita, le llaman al teléfono.

—Al fin llega.

Ynoshita se levantó alegremente. Todos creían que era la respuesta de la imprenta Daido, y en todos los corazones se alzó unánimemente una plegaria por una solución favorable para ellos.

A los editores les convenía más que aquella huelga se resolviese lo más rápidamente posible. A los propietarios de imprentas les convenía, en cambio, que la solución fracasase y se continuase la huelga. Detrás de aquellos intereses opuestos luchaban los empresarios de imprentas con toda suerte de stratagemas por quitarse ahora clientes unos a otros. Y muy en el fondo de la huelga había luchas secretas en la Asociación de empresarios de imprentas, luchas que dirigía el bloque financiero adverso de Okawa.

Ynoshita entró en la sala con rostro intranquilo y dijo apresuradamente:

—Me acaba de llamar el barón Shibusaka; dice que vaya a verle inmediatamente; no lo comprendo.

Se dirigió al de cara de balón y se despidió:

—Perdóneme que me ausente por una hora. Si le ocurre algo, haga el favor de llamarme a la habitación 85 del Dai-ithi-Sogo-Building.

El delegado municipal estaba excitado. Shibusaka era su maestro. De un salto se metió en su Packard, que estaba delante de la puerta.

En el coche oscilante iba cavilando sobre lo que le había dicho el secretario de Shibusaka.

«El joven barón está muy disgustado. Dice que es una necedad de Ynoshita, a quien tenía por más listo. A mí me parece lo más acertado que venga usted a verle enseguida y le aplaque el mal humor.»

El auto pasó por el puente de Edokawa, por bajo de la cuesta de Kodan, junto al foso del castillo imperial, hasta llegar al Dai-ithi-Sogo-Building de siete pisos.

Ynoshita no advirtió que le había seguido todo el camino hasta allí una motocicleta, la cual había desaparecido luego con dirección a la estación de Tokio.

Naturalmente, él no sospechaba que el número de su automóvil, 5.713, era seguido siempre, aun cuando llevase más velocidad que la consentida por el reglamento, por una motocicleta. Y lo que menos podía sospechar era que precisamente los huelguistas, a los que tan lindamente pensaba envolver, disponían de una organización que le observaba sin tregua.

II

la casa del terraplén de la vía

El sucesor al trono de la familia Shibusaka era un joven diputado, conocido como avanzado pensador. Por su carácter democrático y los conocimientos exactos que había adquirido en la Universidad de Cambridge, había logrado trasplantar al suelo yermo de la antigua tradición de su patria las flamantes teorías «modernas» de Adam Smith. De no haber existido las tres fábricas modelo «Fábrica textil Tojo», «Talleres de locomotoras Matsuja» y «Fábrica de instrumentos de medida Tokio», el informe obrero de la sección de Salud Pública del ministerio japonés del Interior hubiera sido todavía más lamentable, y la Oficina Internacional del Trabajo hubiera reclamado con más energía la suspensión de las leyes de excepción en el Japón.

Pero aquel joven diputado del «nuevo Japón» estaba aquella mañana muy fatigado y de mal humor, porque después de la excursión en auto del día anterior había delinquido algo más de la cuenta en un *music-hall* contra sus habituales costumbres *de gentleman*.

—Mande pasar al señor Ynoshita —ordenó a un lacayo, cogiendo la tarjeta de Ynoshita, que estaba sobre su mesa de escribir hacía más de una hora, mientras había despachado con tres señores.

—Tomé usted asiento y perdóneme que le haya hecho esperar tanto.

Miró a Ynoshita, que parecía más cobarde aún que el criado que le había introducido; se levantó un poco y le señaló una silla giratoria separada de él por dos máquinas de escribir.

(Los lectores saben, sin duda, que estos caballeros se complacen siempre en usar grandes mesas, no por su belleza o por necesidad comercial, sino como barricada cuando han de recibir a «obreros peligrosos», para demostrar su magnanimidad.)

Pero en el caso de Ynoshita no necesitaba tomar tales precauciones. Era éste otro *gentleman* inglés, y no del tipo de esos orientales, que dan a oler constantemente a sus visitantes el colorete de sus amigas de la noche anterior, y llevaba un traje de corte inglés impecable.

—He acudido inmediatamente a su llamada.

Ynoshita no acababa de comprender por qué él había de ser tonto. El joven diputado se incorporó de mal humor en el sillón y dijo:

—¿Sigue usted apoyando a los huelguistas de la imprenta Daido?

—¡Ja, ja! —exclamó Ynoshita girando sobre su silla—. ¿Apoyar? Bueno, ¿qué quiere decir eso de apoyar?

No comprendía a Shibusaka.

—Quiere decir que usted, como mediador entre la Compañía y los huelguistas, apoya con desproporcionada energía las exigencias de éstos, y así perjudica usted a la

Compañía..., naturalmente sin quererlo; pero eso ya se pondrá en claro dentro de unos días.

Ynoshita estaba perplejo. «Pero eso es natural», estuvo a punto de decir. Sin embargo, se acordó a tiempo de la advertencia que le hizo por teléfono el secretario de aquel joven señor.

Desde luego, no era su propósito ayudar a los obreros; pero en el conflicto interno del bloque financiero de la Sociedad de empresarios, el viejo Shibusaka estaba frente a Okawa, y el mismo joven señor, que estudiaba la cuestión obrera, era partidario de la democracia. Él, Ynoshita, despreciaba en el fondo los pensamientos del joven barón... Pero ¿por qué protestaba ahora aquel joven de su apoyo?...

—Señor Ynoshita, yo no creía que usted tenía unas ideas tan pasadas de moda.

El diputado agarró con sus afilados dedos el cerco de las gafas y miró con superioridad a Ynoshita, que era mucho más viejo que él.

—¿Entonces usted no sabe que mi padre se entrevistó ayer con Okawa?

La situación se hacía cada vez más incomprensible. Ynoshita perdió toda su dignidad.

—¿Cuántos miembros de los Sindicatos revolucionarios, comprometidos en esta huelga, hay en su fábrica? ¿Puede usted decirlo?

El delegado municipal volvió a quedar sorprendido.

—Sí, creo que de veinte a treinta; pero eso no es tan peligroso.

Hizo ademán de coger la taza de té que el lacayo había servido.

—¡Ja, ja, ja! Entonces por eso tiene usted...

Su ojos estaban diciendo: «ideas tan estúpidas», pero se tragó la frase, sacó un cigarrillo de la pitillera de plata y lo encendió. Luego, con mucha tranquilidad y finura, dijo:

—¿Fuma usted?

Y se hundió en la butaca.

Su comportamiento produjo el efecto prodigioso de hacer comprender por fin a Ynoshita su estupidez.

—La entrevista de mi padre con Okawa ha tenido lugar por indicación mía. Esta huelga es de la mayor importancia política. Por eso he considerado secundarios los conflictos económicos... Sí..., y he propuesto a mi padre y le he dicho también al señor Okawa...

A través del humo del cigarrillo resaltaba la rosa bordada de la cortina del balcón, y parecía como si aquella rosa sonriese a Ynoshita despectivamente.

—¡Ah, ah!

Pero el delegado municipal todavía no acababa de comprender.

—Yo he estudiado con todo detalle el carácter y la función de los Sindicatos..., y creo ahora que el Sindicato de estos huelguistas, a los que usted quiere ayudar, está organizado por el sistema ruso, que constituye algo más que un movimiento puramente ideal.

Ynoshita sintió que las ideas tangibles, que por fin creía haber captado, se le volvían a desvanecer rápidamente.

—¿Y qué es eso de Sindicato por el sistema ruso?

El joven diputado estaba nervioso:

—Eso quiere decir que el Sindicato recibe su impulso de la República soviética socialista rusa.

El delegado municipal dijo con asombro:

—¡Ah, vamos!... ¡Comunistas!...

—Todavía no del todo, pero casi, casi.

El joven diputado estaba orgulloso. Desde luego no necesitaba confirmar si su presunción era o no acertada; pero, a juicio de este nuevo ideólogo, según las normas de su ciencia empírica, podían calificarse de «rojos» y eran una hierba venenosa que había que extirpar de la bien cultivada pradera de la humanidad.

—Como ya sabe usted, mi *Seiyūkai*, el partido a que yo pertenezco recibirá en los días próximos del emperador el encargo de formar Gabinete. En este caso, la coincidencia entre Okawa y Shibusaka ha de ser de la mayor importancia para la nueva política.

El delegado municipal estaba sentado allí ingenuamente y algo acobardado, como un colegial.

—Sobre la cuestión de las Empresas económicas tendrán que hablar más tarde mi padre y Okawa; pero de momento son de una opinión —ya se enterará usted más concretamente de los acuerdos—, y por eso tienen que retirarse de este Comité paritario usted y los señores de la Unión de Empresarios de Imprentas.

—Bueno... Yo estoy conforme.

El delegado municipal estaba apabullado.

—Además, tiene usted que comprobar lo más rápidamente posible cuántos miembros del Sindicato hay en todas las imprentas pertenecientes a la Unión de Empresarios y traerme un informe sobre esa cuestión para mañana por la mañana. Entonces meditaré y trataré con un político influyente.

El joven barón despachaba el asunto de una manera completamente comercial.

—Bueno, le agradezco a usted muchísimo su interés... Casi me avergüenzo de mi edad.

Por fin, Ynoshita había visto su «estupidez» y se marchó completamente anonadado.

* * *

En un lugar, situado a dos millas de la «calle sin sol», se celebraba una sesión de la Dirección superior de la huelga.

Nadie, fuera de unos cuantos iniciados, sabe dónde está aquel lugar, si en Tokio o en uno de los arrabales. Todas las tardes se daba a conocer el lugar de la reunión por medio de un órgano secreto con los tres signos X O V.

Así, pues, los veinte miembros de la Directiva nunca sabían de antemano dónde se iba a celebrar la junta. Aquello era muy molesto...

Incesantemente eran perturbados por dificultades inesperadas en su diaria tarea.

Era muy entrada la noche, y el viento se enfurecía entre las tinieblas. De pronto rodó un trueno sobré las cabezas de los reunidos; pero no era más que el último tranvía que pasaba por arriba. La casa estaba emplazada junto al terraplén.

Se veían allí juntas siete caras.

—Si, por lo menos, llegaran otros tres, podríamos empezar —dijo Takagi impaciente, pues llevaba ya tres horas esperando.

—¿Y qué será de nuestro extraño huésped? ¿Llegará? —preguntó Matzusaki, el cajero, sacando su pelada cabeza por fuera del chal negro de lana.

Takagi hizo con precaución una señal afirmativa.

—Perdonad la tardanza —dijeron Yshisuka, Nakai, Hagimura y Yamamoto, que entraron al mismo tiempo.

—¿Quién será éste?

Uno de ellos agarró la gruesa manga de la *dotera*¹⁰ que llevaba Yamamoto como disfraz, y todos se echaron a reír.

—Vamos, vamos, que esto es gravísimo —dijo Yshisuka, de quien nunca se sabía si hablaba en serio o en broma.

La risa de los que ocupaban el pequeño aposento se hizo poco a poco más apagada. Cada vez que aullaba el viento, rechinaba siniestramente la mal encajada puerta de madera.

—¿Vamos a empezar?

Takagi sacó del bolsillo el informe de los directores de grupo, el informe de la sección S, el acta de las órdenes de la sección S, los informes de la Comisión de Prensa, de la sección de Asistencia y de la sección de Defensa, se los entregó al secretario y leyó el orden del día de la sesión: Primero. Resolver la actitud con relación al Comité paritario.

El aposento estaba tan lleno de humo que no se distinguían claramente las caras de unos y de otros. Aquel tema reclamó toda su atención. Todos manifestaron su opinión en voz muy baja. Quedó en claro que Yamaura y Kamëi se inclinaban al parecer de Nakai, mientras Hagimura quedaba en minoría con su opinión.

Nakai se mostraba taciturno como siempre. Por su parte, Hagimura estaba dispuesto a retirar su propia opinión si se resolvían sus dudas.

—Hablando con franqueza, a mí no me importa mucho que demos una patada o no a esa gente del Comité paritario; sólo tengo miedo de que nosotros, la Dirección, nos andemos con demasiadas teorías y pongamos a los huelguistas en una situación desesperada. Ya corren bastantes rumores aun sin eso...

¹⁰ Kimono muy forrado con lana.

Mientras hablaba así recordaba que Nakai le había dicho una vez: «Tú te has hecho trade-unionista...»

—¿Hemos de menospreciar tanto lo que nuestros con-
socios han aprendido en año y medio? Es horrible que el
camarada Teraishi diga: «Cuanto mayor sea el paro, tanto
más se anticipará la revolución.» Predicar esas teorías es-
cuetas a las masas es muy peligroso. Con eso sólo se consi-
gue desorientar a los obreros.

Hagimura decía esto muy sentidamente, sin calcular
las consecuencias; pero al mismo tiempo se le ocurría que
tal vez había dicho demasiado. Sin embargo, no podía con-
tenerse más, y las frías caras de Yamamoto y de Yshisuka
le irritaban más todavía.

—Lo digo francamente: fue un gran quebranto que de-
jásemos escapar la primera ocasión. Hoy todavía están los
huelguistas con todo el corazón a favor de la causa; pero si
empiezan a cansarse no resistirán más.

Su inquietud le impulsaba a seguir hablando. Los ca-
maradas callaban y le miraban fijamente. Nunca, hasta en-
tonces, se había acentuado tanto en una sesión la autocrí-
tica.

—¡Qué tontería! —dijo Nakai por lo bajo.

Hagimura se quedó asombrado. Nakai no solía emplear
nunca palabras fuertes.

—Esos sentimientos, de que habla el camarada Hagi-
mura, los tiene él solo. Pero nuestros enemigos no nos per-
miten ocuparnos mucho de eso.

Nakai se quedó mirando a Hagimura. Pareció como si
los pequeños ojos de aquella cara larga fulgurasen; pero
fue sólo un breve instante.

—Los camaradas Hagimura y Takagi están todavía ob-
sesionados por los espectros de la huelga triunfante de
1924.

Los ojos de Nakai ardían. Pero, cosa extraña, Hagimura no se molestó siquiera ante aquellas violentas palabras.

—En estos cincuenta días de lucha hemos sido empujados a otra situación por la violenta ofensiva del capital; tenemos que reconocer claramente este hecho. La primera proposición, al principio de las negociaciones, sólo fue un ensayo de la Compañía para ganar tiempo y acumular fuerzas, y ahora hemos visto claramente que el primer paso hacia atrás, entonces al principio de la huelga, fue una equivocación nuestra.

Los reunidos oían latir sus corazones en medio del estruendo de la tempestad que se desencadenaba fuera.

—Los hechos, que en estos cincuenta días nos han arrastrado a una lucha tan decisiva, son: primero, que el partido *Seiyūkai* ha ganado la mayoría decisiva en las elecciones para el Parlamento; segundo, el peligro que sigue amenazando por la crisis de los Bancos, y tercero, la dimisión del Gabinete por las razones apuntadas.

Nakai interrumpió sus explicaciones, porque le advirtieron que alguien quería pasar al aposento.

—¡Hola!

Entraron tres hombres. El más viejo, uno grueso de pelo recortado, era Oda, presidente del Comité Central; el joven de traje europeo era el mejor orador del Sindicato, y el tercero, con vestido japonés muy sucio, era Mitamura, del Sindicato de impresores de Osaka.

—¿Has tenido buen viaje?

Después de haberse estrechado las manos en silencio, Oda sonrió a todos afablemente y dijo:

—Un momento; antes de saludar quiero comunicaros una cosa.

Accedió Takagi como jefe de la reunión.

—He oído una pequeña novedad: todos los empresarios librereros se han apartado del Comité paritario.

Los reunidos se miraron. ¡Malos comediantes! Los labios de Hagimura se contrajeron despectivamente.

El informe sobre la entrevista del día anterior entre Okawa y Shibusaka y la visita de Ynoshita al joven Shibusaka disipó todas las dudas.

—¡Por fin! —refunfuñó Takagi.

Nakai se quedó mirando a un agujero abierto en el techo.

«¡La lucha es inevitable!», veían todos escrito en el aire, como indicándoles la continuación en su empeño.

EL FRENTE

I

arresto

El viento helado se precipitaba furioso en el valle por ambos flancos entre la vertiente del Shimizudani y el bosque Haksuan, y volvía a levantarse como un surtidor sobre los húmedos y sucios tejados de las casas de alquiler, que yacían como papel viejo en medio de la lluvia.

—¡Hola, ya viene la comida! —gritó una mujer de rojas enaguas de lana junto a la cañería de agua de la primera barraca, sacudiendo los pañales de niño que acababa de lavar.

Y se quedó mirando al camión, cuya zaga brincó como la grupa de un caballo al tomar la curva de la calle sobre los rieles del tranvía.

Aquel camión, guarnecido de largas banderas, iba cargado con sacos de arroz, con *shoju*¹¹ y con todo lo necesario. De las barracas acudieron presurosas cinco o seis mujeres y algunos niños en delgadas camisas de dormir.

¹¹ *Maggi* japonés.

—Mirad, mirad..., ése es..., ése es —gritaba Otatso, la vieja locuaz, adelantándose—; ése es el camión de nuestra Sociedad, de la Cooperativa de Kanto.

La vieja Otatso, que no sabía leer ni las letras de su propio nombre, conocía ya las inscripciones de las banderas del auto.

—¡Bravo! ¡Vivan!

Los hombres del carruaje levantaron los puños.

—¡Bravo! —contestaron las mujeres y los niños.

—Ya ves, nuestra Cooperativa siempre está a flote, aunque los pequeños comerciantes están ya arruinados por la huelga.

Aquella mañana se había levantado Okayo con la cara pálida. Todos aquellos días no hacía más que pensar en Miatji. Lo mismo cuando hacía fuego en el fogón que cuando se lavaba la cara, la imagen de Miatji no se apartaba de su pensamiento.

Tenía pesada la cabeza, el pecho le dolía, y aunque procuraba sobreponerse, sentía un cansancio en todos los miembros, como si se le fuesen a descoyuntar. La hermana suponía que era el estado natural del embarazo y la consolaba. Okayo no quería proporcionar a la hermana preocupaciones y se abstenía de quejarse delante de ella, tan afanosa.

Por aquellos días sintió los primeros movimientos del niño. El pequeño feto, cuya existencia no había sospechado todavía un mes antes, iba creciendo dentro de su cuerpo. En su desvarío se imaginaba estos primeros movimientos del niño como golpes, y ella misma se acobardaba. Mientras trabajaba en su local de huelga con sus camaradas, aparecía de pronto en su cara juvenil, recercada por el peinado *momowarě*, la expresión de un espanto, en que no sé podía distinguir entre alegría y dolor.

Pero su suerte personal no era más que un episodio insignificante en el frente revolucionario. Nuevas obligaciones la reclamaban sin cesar. Tenía que trabajar además en la sección de comercio callejero y en la de asistencia.

Desde ayer se había fijado un acuerdo en el local del tercer grupo huelguista, al que Okayo pertenecía.

ACUERDO

Todos los obreros japoneses han de percatarse ahora claramente de que los empresarios quieren aprovechar la huelga de la imprenta Daido para aniquilar los sindicatos, como lo proyectó ya la Compañía en primavera.

Esta provocación de la Compañía es indudablemente el primer asalto que la empresa dominadora ha dirigido contra la clase proletaria. Los delitos de la clase patronal han producido una catástrofe política y económica sin salvación, y ahora se quiere cargar todo el peso de esta catástrofe sobre el proletariado y empujar a las masas trabajadoras al paro y al hambre.

Los proletarios hemos de comprender que tenemos que apoyar a los huelguistas de la imprenta Daido, contra el peligro de la rapaz ofensiva de los empresarios. Todos hemos de compenetrarnos de la importancia de este gran empeño.

El primer Comité Central ampliado del Consejo de los sindicatos revolucionarios japoneses, invita a todos los sindicatos adheridos del Japón, a que presten auxilio a los huelguistas de la imprenta Daido con todo su empuje. En las luchas que se avecinan tenemos que alcanzar una victoria aplastante.

EL PRIMER COMITÉ CENTRAL AMPLIADO
DEL CONSEJO DE LOS SINDICATOS
REVOLUCIONARIOS JAPONESES

(Documento de la huelga S. 38.)

Este acuerdo lo había llevado el presidente Oda cuando llegó de Osaka dos días antes. La lucha había entrado en una tercera etapa y había reanimado el fuego, ya mustio, de los fatigados huelguistas.

Los locales de los distintos grupos, diseminados por el distrito de Koishikawa, habían cambiado ya muchas veces. A causa de las medidas de la Compañía y de la Policía, no podían mantener nunca más de una semana. A estos locales, siempre en variación, acudían los huelguistas todas las mañanas a las siete, a pasar lista.

El local del tercer grupo, al que Okayo pertenecía, había pasado del templo Emme-in de Koishikawa a un cabaret de Janagimathi y luego al templo Gume-iji, y, por último, el grupo se había refugiado en el salón Shimme, del distrito de Honko.

Cada grupo era dirigido por uno o dos jefes, y todos los asuntos se resolvían en el Comité colectivo. Los grupos tenían una jurisdicción autónoma propia. Además, había células colectivas de huelga que pertenecían a la sección S y se coordinaban con la Dirección superior. Estas células tenían que esclarecer todas las discrepancias entre los grupos, y además, ejecutar las distintas intervenciones.

Cada grupo abarcaba aproximadamente de 300 a 400 miembros y representaba un organismo social, cuyos componentes se prestaban un auxilio mutuo en sus apuros. Hasta los conflictos de carácter conyugal eran allanados por un tribunal colectivo. Allí se podía ser o completamente radical o completamente conservador, pero siempre se manifestaba la facultad de la crítica más transparente.

En torno de los Comités colectivos estaban las opiniones en constante movimiento. La opiniones dominaban

toda la atmósfera de los grupos, desafiando todos los peligros. Las órdenes de la Dirección superior de la huelga tenían que empezar muchas veces por adaptarse a la opinión pública de los grupos. Pero esta opinión pública era influida a veces por rumores, que difundía la Compañía y la contrapropaganda de los soplones. Los camaradas perdían entonces la confianza en la victoria y todo el grupo se desorientaba. Sin embargo, estos casos eran raros. En el calor de la lucha se excitaba la opinión pública de tal modo que a cada instante podía producirse la explosión..., como en las locomotoras que han devorado carbón hasta el cuello.

Los agentes de la Compañía demostraban a veces tal maña y descaro que lograban escapar a los penetrantes y agudos ojos de la Dirección de las células colectivas. Se entrometían en funciones importantes de los grupos, falseaban las órdenes de la Dirección superior y procuraban, en distintas formas, imponer planes peligrosos para aniquilar así de golpe a un grupo entero.

Al grupo pertenecían también las familias de los huelguistas. Las familias limpiaban por la mañana el local del grupo, ponían en orden la ropería y entregaban en custodia a un camarada determinado todos los objetos de valor. Los obreros, que de momento estaban sin misión especial, se cuidaban de las diversiones y hacían «su teatro». Todos eran buenos comediantes y excelentes críticos. A mediodía llegaba la sección de asistencia con raciones de arroz y distribuía el té. El miserable podio era tribuna de discusión y solemne estrado judicial, pero también escenario para las comedias.

Ocurría a veces que se descendía a tratar de la historia amorosa de dos huelguistas..., pero de día en día se acumulaban los informes sobre la miserable situación de ellos

y todos los concurrentes se mostraban preocupados. Los espías se entrometían cada vez con más frecuencia en los puntos más importantes. La Policía de uniforme amenazaba cada vez más claramente a las mujeres y a los niños y procuraba expulsarlos de los locales. Circulaban rumores cada vez con más insistencia, que angustiaban a todos. Para mantener más firmemente unidos a los grupos, las células colectivas ponían en tensión todas sus fuerzas.

Un mensajero, saltando de su bicicleta delante de la entrada del local, se acercó atropelladamente al Comité colectivo.

—¡Hola! ¿Habéis dado vosotros esta mañana a las diez el recado de qué necesitáis diez hombres como defensa?

La cara del mensajero, con gorra y casaca, estaba encendida por la rapidez del viaje. Los del Comité contestaron instantáneamente, sin repasar siquiera las actas:

—No, nosotros, no; nosotros no necesitamos eso en absoluto.

El mensajero volvió a preguntar rápidamente:

—Pero, camarada Wakabajashi, debajo estaba tu nombre y el sello.

El de la gorra preguntaba con premura y se frotaba las manos entumecidas. Los camaradas dijeron a una:

—¡Pues no! ¿Quién ha ido a llevaros ese recado?

Estaban claros los hechos. Los cuatro hombres, que habían llevado el recado al grupo quinto, figuraban desde ayer con falta en la lista de asistencia, y en el informe de los grupos de visita a domicilio, que habían hecho averiguaciones sobre ellos, se decía de los cuatro: «Ayer noche no volvió a casa. Declaración de los parientes.»

La célula colectiva informó telefónicamente a la sección S y al Comité colectivo del quinto grupo, y enseguida el mensajero marchó con la bicicleta a la central de la huelga.

Aquella misma tarde un hombre extraño llamó a Okayo delante del local. Era un hombre grueso de unos treinta años. Debajo de un *havelock* llevaba un kimono japonés, que dejaba al descubierto su pecho carnoso. Ella le tomó al principio por uno de los huelguistas, y a pesar de que le resultó extraordinariamente antipático, se acercó a él muy despreocupadamente. No era raro que un hombre de otro grupo acudiese a ellas con una demanda o un deseo.

—¿Eres tú Kayo-chan?

Ella dio un paso atrás con miedo hacia aquel hombre extraño y antipático.

—Miatji me ha dado un encargo...

Éste es un espía. No se dejó engañar, giró sobre un tacon y volvió la espalda.

—Espera.

Aquel hombre tenía una voz penetrante. Ella se detuvo sorprendida. Él la miró fijamente y se acercó más. Luego, cambiando de tono, dijo sonriendo:

—Tengo que hacerte una pregunta.

Pero el sitio no era favorable para su propósito. Se hallaban muy cerca de la entrada del local. Al volver la cabeza, vio el individuo que se acercaban del apeadero del tren eléctrico Oja, Takaë, Ma-chan y Fusa-chan, las cuales pertenecían al grupo de confidentes circulantes y se dirigían ahora al local.

—¿Qué pasa?

Takaë había observado ya de lejos a ambos y se acercó corriendo.

—Vete ahora mismo a la sala; no tienes nada que hacer por aquí.

Cogió a su hermana del brazo y la apartó del importuno.

—Mira, ese es un espía. ¿Qué es lo que te ha dicho?

Okayo sonreía.

—No sé qué me ha dicho de Miatji, pero yo no le he dicho nada a él.

Seguía experimentando una sensación de miedo. Takaë estaba indignada y se volvió otra vez hacia aquel individuo, que seguía fijamente con los ojos a las dos hermanas.

—No debes tener miedo. Si hubiera una de temer a esos individuos, no se podría dar un paso por la calle... Pero ¡qué manera más aviesa tiene de sonreír!

Takaë estuvo a punto de hacerle una mueca, pero desistió y pasó con su hermana al salón, que se hallaba en el primer piso.

—Tienes que tener siempre mucha cautela, Kayo-chan.

En la sala estaba perorando Oja, con la barbilla muy levantada de entusiasmo. Nobuko, Oja y Takaë eran las mejores oradoras de la sección de mujeres.

Desde el pequeño aposento contiguo, donde Okayo estaba con su hermana, se podían ver todas las caras del salón como con una lupa. Las caras de los camaradas, que habían resistido dos largos meses de pesada lucha, resultaban desde allí todavía más familiares que otras veces. La pasión de la oradora salía por sus ojos en forma de llamas que prendían en todos los concurrentes. Por toda la sala se desbordaban olas de gritos y palmas. Takaë miraba aquellas caras, mientras repasaba por encima el manuscrito de su discurso. De pronto, la voz aguda del comisario de Policía exclamó:

—¡Alto!...

En aquel momento pasó un terremoto por toda la sala. Se oyeron gritos. Los sables de los policías entorcharon con ruido de hojalata. Pero la tranquila voz de la directora del grupo calmó inmediatamente la excitación.

—Ahora tiene la palabra la camarada Takaë Haruki, de la sección femenina.

Otra vez volvieron todas a aplaudir. En medio de señales de aprobación se acercó Takaë a la tribuna.

—Desde el principio de la huelga hasta hoy han transcurrido sesenta y tres días, han pasado dos meses completos. No quiero hablar ahora de triunfo ni de derrota, pero podemos estar orgullosos, no sólo ante el proletariado japonés, sino ante las masas trabajadoras de todo el mundo, de haber luchado firmemente unidos y con inquebrantable espíritu de combate contra la formidable ofensiva del capital. Esta lucha ha de ser para siempre un ejemplo brillante y un documento inmarcesible en la historia del movimiento obrero.

Cada cláusula era interrumpida por muestras de aprobación, mientras ella sacudía su pelo anudado. Apoyada con una mano sobre la mesa, movía su busto de un lado para otro, gesto muy peculiar suyo. Cuando llegaba a un punto culminante de su entusiasmo parecía que su pequeño cuerpo iba a saltar sobre la concurrencia. Era una agitadora admirable. Sabía conmover más fácilmente los corazones de los obreros que el corazón de un pretendiente.

Mencionó distintos episodios tristes y dijo que no había que desanimarse por aquellas conmovedoras pequeñeces, sino que había que tener conciencia de la responsabilidad para con las víctimas.

En aquel momento resonaron los sables y se oyó la voz del comisario:

—¡Precaución!

Ella se detuvo un instante, infló sus carrillos, y sus ojos se inflamaron vivamente:

—Pero no podemos consentir que esas víctimas se queden en víctimas, y no sólo no debemos consentirlo, sino que debemos luchar con nuestros puños, con nuestros cuerpos, para que esas víctimas de la muerte no hayan perecido en balde.

—¡Alto!

Al mismo tiempo oyó la oradora la segunda orden:

—¡Arrestada!

Un policía se acercó de un salto, la agarró por el hombro y se la llevó a rastras. Algunos camaradas quisieron interponerse, pero ya era demasiado tarde. Todos los presentes saltaron a la tribuna. Acudieron también la directora Oja y Okayo. Se produjo un gran barullo...

Brazos y piernas, manos y pies..., todo giraba con vertiginoso movimiento. Pero apenas habían pasado cinco minutos, cuando ya la Policía, muy bien armada y adiestrada, había sofocado la excitación.

Takaë, Oja, Okayo y algunas otras desaparecieron escalera abajo, acompañadas por innumerables soplones de la Policía. Cuando llegaron a la calle, observó Takaë que también Okayo estaba detenida.

Sintió un arrebato de locura. El hombre sospechoso de antes sostenía a Okayo por un brazo.

—¿Pero qué ha hecho esa muchacha? ¿Por qué se la detiene?

Takaë se esforzaba por soltar sus manos atadas y quería acercarse a su hermana.

—¡Déjenla! ¡Déjenla!

Y sacudía sus cabellos desgreñados y golpeaba el suelo con los pies desnudos.

II

el reparto de comida

Por la puerta occidental de la fábrica, vigilada por Policía de uniforme y funcionarios de la Empresa, pasó imperterrito el camión con las rotulaciones de la Cooperativa de Kanto. Vacilaba el vehículo como un coche beodo de Correos. El almacén de la Cooperativa de los huelguistas, Koishikawa Kyōdōsha, se encontraba en un edificio dentro del terreno de la fábrica, a cincuenta metros de la oficina de la Compañía, junto al almacén de la fábrica. Allí flotaban las banderas con las tres cintas rojas y la P., y las banderas rojas con la estrella C. O.; allí luchaban los Sindicatos hacía ya más de sesenta días.

—¡Maldita sea! Otra vez traen más arroz.

Así murmuraba entre dientes, siguiendo al camión con la mirada, un hombre alto, con traje negro, de corte europeo, que salía en aquel momento del departamento de Policía de la fábrica. Antiguamente había sido teniente de Policía, y ahora había ascendido a jefe del personal de la Compañía por conocer tan a fondo a la gente del Sindicato de imprentas.

—Así no vamos a ninguna parte.

Sacudió la cabeza y se dirigió a largos pasos a la oficina de la fábrica.

—La legalidad da muchas alas a esa gente... ¿Qué es eso de cooperativa reconocida por la Oficina provincial de Tokio?

Él sabía muy bien cómo puede explotarse la legalidad.

Se abrió la puerta de la cooperativa. Acudieron diez obreros y rodearon el camión en actitud de defensa. Todos sujetaban debajo del brazo barras de hierro. Y con su acostumbrada presteza, empezaron a pasar los sacos de un hombre a otro. ¡Venga... va! ¡Venga... va!

Pero el edificio estaba por dentro como si hubieran entrado ladrones durante la noche. Los depósitos de arroz y de carbón de leña aparecían completamente vacíos. Se podían ver los agujeros de las ratas, por donde entraba soplando el viento frío. Las provisiones reunidas durante los sesenta días de lucha a costa de la sangre de los huelguistas estaban agotadas hasta el último grano de arroz, hasta la última brizna de carbón de leña. Resultaba particularmente amargo observar que las casas de venta al por mayor, que, por otra parte, seguían haciendo expediciones fuera de la cooperativa, habían suspendido sus suministros desde que la huelga se encontró. Naturalmente, había intervenido la Compañía cerca de estas casas. Ya se había pensado de antemano en cosas por el estilo, pero esta medida era demasiado descarada.

—Por eso —dijo el barbudo Hirooka, empleado de la cooperativa, cuando ya se habían descargado todos los sacos de arroz y mientras se descalzaba los dedos de sus guantes militares—; por eso tenemos que ampliar por encima de todo nuestra cooperativa. Eso es lo más necesario. Yo aseguro que una cooperativa proletaria sólo debe

comprar directamente al productor. Eso es clarísimo, y bien lo está demostrando esta huelga.

Aquel hombre de cincuenta años, duro como una roca y paciente como un buey, estaba ligado a vida o muerte desde 1919 con el movimiento cooperativista y había ya intervenido en varias huelgas. Cuando era expulsado por la Policía, se dedicaba con su anciana madre a cultivar en su patria los campos de arroz, pero tan pronto como se reanimaba el ardor de la huelga prohibida, volvía a comparecer, acudía a Tokio, y transportaba sacos de arroz pacientemente

—Tenemos que hacernos bastante fuertes; tenemos que darnos la mano con los camaradas de los Sindicatos campesinos; tenemos que adquirir medios de transporte, locomotoras y vapores. En la ciudad debemos tener una fuerte organización de suministro y producir, por nuestra cuenta, todos los medios de vida.

—Comprendido, comprendido.

Ito, el otro empleado de la cooperativa, levantó la mano y le aplacó.

—Cuando tú empiezas a hablar, se pone siempre el sol.

Se acercaron los demás reventando de risa. Realmente la tenacidad de Hirooka superaba incluso la de los pequeños vendedores callejeros del Hospicio.¹²

—Si hubiéramos de estar escuchando hasta el fin tu charla, los huelguistas se consumirían de hambre.

Aquel hombre estaba tan reñido con la tristeza como con una distribución ordenada del día. En todas las situaciones peligrosas conservaba más serenidad que nadie.

¹² Los huérfanos japoneses tienen que ganarse la manutención vendiendo por las calles.

—¡Hola, camaradas Ito e Hirooka! —se oyó que decía Hagimura desde la cámara contigua.

Había llegado por la noche de una junta de dirigentes de grupo y había dormido en la cámara.

A pesar de los víveres llegados hoy, merced a la aportación fraternalmente copiosa de las cooperativas de todo Japón, y a pesar del duro trabajo de las brigadas de asistencia, no era posible repartir comida a todos, si bien eso era lo que ocurría siempre. En este aprieto, la junta de dirigentes de grupo resolvió entregar víveres únicamente a las familias que estuviesen en mayor apuro, según el informe de la Comisión investigadora.

Hagimura, como presidente del Comité de dirigentes de grupo, recogió todas las papeletas de la Comisión investigadora y las cotejó con el número de sacos de arroz.

Pero la actitud de Hagimura como sindicalista podía fácilmente chocar con la actitud de las cooperativas independientes. Era necesario despojarse de la antigua y falsa idea, que consideraba a la cooperativa únicamente como sección de aprovisionamiento de los Sindicatos.

—Por eso la Koishikawa Kyōdōsha, como unión de cooperativas, no puede olvidar —discutía Hagimura con Hirooka y con Ito, cuando acudieron a su cámara— la reconstrucción de la cooperativa; continuamente, y en cada caso particular debemos tenerlo presente, lo mismo si sucumbimos que si triunfamos en esta huelga. Desde este punto de vista...

Hagimura pidió a ambos su opinión, después de haberles comunicado la resolución de la junta de directores de grupo Hirooka falló:

—A mi juicio se debieran suspender en parte totalmente los suministros; eso no está de ningún modo en contradicción con la idea de la cooperativa.

—¡Camarada Ito! —gritaban los afiliados desde el patio. Todos acudían con tarjetas para recoger víveres.

—¡Esto sí que está bueno! Todos atraviesan una mala situación. ¿A quién habremos de elegir? —dijo Ito.

No podía concebir que tuviese que mandar a su casa con las manos vacías a todas aquellas caras conocidas

—Pero tenemos que resistir hasta donde podamos. Hagimura decía esto con dureza y decisión.

—Es penoso, pero tenemos que hacérselo comprender a la gente.

—Tienes razón; yo hablaré con ellos.

Salió Hirooka y le siguieron Ito y Hagimura. Delante de la casa estaban reunidas de treinta a cuarenta personas, todas de familias de huelguistas. Ostentaban las tarjetas de aprovisionamiento como insignias de Hambre y se empujaban y peleaban.

—¡Vamos, ya estamos cansados de oíros que no nos vais a dar ni dos sacos de arroz! A ver si nos dais por lo menos un saco de arroz y de miso —gritaba una vieja agarrándose convulsivamente a la ventanilla.

Estrujado por los asaltantes, un niño de pecho, que se acurrucaba a la espalda de una mujer, empezó a llorar como si estuviese clavado en el asador.

—Ito-chan —decían insinuantes las mujeres, que le conocían bien—, yo lo tengo todo bien anotado; no tienes más que poner el sello.

—Esto va mal—dijo el secretario con aspereza.

Y se ponía más incomodado y se reprochaba de tener que despachar a los camaradas.

—Tú ya recibiste tu parte hace cinco días; haz el favor de marchar.

—¿Qué te has creído? —se adelantó diciendo la mujer de Kiko, amigo de Ito—. ¡Estaría bueno que dejásemos de

venir, porque ya nos llevamos arroz hace cuatro días! No somos palomas; no comemos grano a grano, pedazo de calabaza.

En este momento salió Hirooka y se subió sobre una silla que traía en la mano.

—Camaradas, escuchad lo que os voy a decir. Todos sabéis qué no han llegado más que cien sacos de arroz, dos barricas de miso y otras dos de *shoju*.

La gente se quedó callada con curiosidad, esperando a ver lo que decía el popular barbudo. Hagimura recomendó a los camaradas que observasen si había soplonos entre ellos. No le parecía conveniente que los espías escuchasen aquellas explicaciones, aun cuando apenas podía evitarse.

—Pero eso no es bastante, para hartaros a todos como otras veces, ¿habéis entendido? Y tampoco podemos traer enseguida otros dos o tres camiones llenos, porque nuestro Sindicato ha quedado muy pobre.

Al oír la descarnada descripción que Hirooka hacía de la situación. Hagimura sintió que le pasaba un estremecimiento frío por la espalda, y se quedó como absorto mirando las caras de los reunidos.

—Por eso hemos resuelto distribuir víveres, ante todo, a los que padecen más necesidad. Los dirigentes de grupo —todos sabéis quiénes son— han comprobado quiénes son los más necesitados. Acudid, por lo tanto, a los dirigentes de grupo, y aquellos que no tengan ya nada que llevar a la casa de préstamos, serán los preferidos.

Hagimura y los demás sintieron en todos sus miembros que una ola oscura pasaba en este momento por todas las caras, como una nube por delante del sol.

—Bueno, maestro, entonces ¿no se nos reparte hoy arroz?

Con este arranque espontáneo y un poco ridículo de un viejo allí presente, todas las mujeres y niños empezaron a hablar interrumpiéndose unos a otros.

—¡Qué se reparta hoy, por lo menos!

—Desde la próxima vez haremos eso.

—Que nos den un poco de comida, pues con el vientre vacío no se puede ir a la guerra.

La gente acosaba a Hirooka, que permanecía rígido como si quisiera abrazarlos a todos; pero aquella estatua de bronce del acarreador no se derribaba tan fácilmente. Sin mover las cejas, con cara de máscara, dijo tan pronto como la gente se tranquilizó algo:

—Ha dicho uno ahora mismo que con el vientre vacío no se puede ir a la guerra. Amigos, nuestra guerra no es una guerra que se pueda hacer con el vientre lleno. Es una guerra que hay que hacer con el estómago vacío y con piedras en el vientre...

Las mujeres miraban hacia aquel hombre duro, como si mirasen hacia una roca.

—Pero tenedlo entendido... Aunque yo diga eso, vuestra Sociedad de Kanto no os dejará perecer de hambre. Por eso no debéis venir a pordiosear ni a insultarnos. Todos tenemos que resistir mientras podamos. Para prestarnos auxilio, todos los miembros de las veinte cooperativas de la Unión Cooperativista Japonesa han implantado «días sin arroz». ¿Sabéis lo que significa eso de «días sin arroz»? Pues significa que comen avena solamente, en lugar de arroz.

Hagimura e Ito tenían seca la garganta. Las mujeres dejaron caer sus manos y su hombros. Las que se hallaban en la primera fila se retiraron a la zaga de la multitud. El niño, que echaba de menos la leche, daba vagidos en la espalda de la madre.

—A pesar de todo, los obreros de la ciudad lo pasamos mejor que los colonos de las aldeas, pues ellos no comen en todo el año más que avena y castañas. Pero también los colonos luchan con bravura. Hay que comprender las cosas. Por eso también vosotros debéis tomar parte en ese «día sin arroz». Haced la sopa de miso más clara...; comed como hortalizas las prensaduras de las habas, hasta que hayamos vencido en esta huelga.

Las mujeres se quedaron mirando hacia el suelo. Hirooka levantó sobre ellas la mano.

—¿Habéis comprendido, camaradas? Cuando no haya más, se acude a los dirigentes de grupo... Mientras tengamos vida, hemos de procuraros arroz fijamente... ¡Paciencia, ánimo y paciencia! Sin eso no podéis triunfar.

Las cabezas se inclinaron profundamente... Primero se marchó una de las viejas, luego se marcharon dos... con las cabezas caídas... No podían estar viendo que por aquel rostro barbudo y duro rodaran lágrimas como nueces.

III

el gas asfixiante

Ahuyentadas del almacén de la cooperativa, las mujeres se volvieron a sus barracas discutiendo violentamente. En sus huesudas mejillas asomaba un enojo, que no tenía ya verdadero objeto. Eran como gallinas, a las que se les hubiesen quitado los huevos.

—¡Habíamos de mugir delante del portero de la Compañía como vacas que sólo han comido avena seca! —gritaba la mujer de Kiko, a la entrada de su casa.

Cinco o seis mujeres, desde la esquina de la calle, replicaron:

—Mugir es muy poco, tonta...

Realmente parecía que iban no sólo a mugir, sino a morder. Ya no tenían nada que llevar a la casa de préstamos. En el momento en que la mujer de Kiko, a quien el trabajo de diez años en la fábrica había hecho incapaz de parir hijos, acababa de lanzar de su ancho pecho una palabra fuerte, llegó una vieja, la abuela de Matsudaro, con su nieto a la espalda, anadeando como una gallina perseguida por un perro, se acercó a la fuente pública y empezó a lamentarse así:

—De poco nos va a servir todo, si al cabo perdemos la huelga, después de haber vivido tan miserablemente con papilla de habas y castañas.

Así se quejaba la vieja, como se estaba quejando todo el año. Era «el gas asfixiante» de la séptima barraca.

Todas tenían de qué lamentarse propiamente, pero las había contenido algo el discurso del barbudo Hirooka. La mujer de Kiko tiró dentro de su casa la tarjeta de la cooperativa y fue a juntarse con las otras mujeres, empujó a un lado a la vieja y dijo, imitando a Hirooka, con las dos manos vacías extendidas:

—Hay que tener paciencia, ¿entendéis? Hemos de aguantar hasta que la huelga termine con una victoria...

Se proponía bromear, pero mientras estaba hablando, su cara se puso muy seria. Y tampoco se rieron las demás mujeres.

—Bueno, no hay que tener miedo; ya pasará todo —dijo la mujer de Gentjan, que también llevaba al brazo a un niño de pecho.

—Dicen que el arroz anda siempre con el sol; por eso puede ser que las cosas mejoren.

La vieja abuela Matjan alzó su cabeza y dijo:

—Pero el sol no asoma nunca la cara por estas barracas. Mirad para allá... Siempre alumbra por otra parte.

A mediodía se había sosegado el viento y el sol lanzaba ahora mortecinos rayos sobre el tranquilo bosque de Haksuan. Pero allí abajo, junto a las barracas, había como nubes grises, que eran como los ojos apagados de las brujas muertas, y en la cañería del agua se alineaban innumerables pañales de niño, de los que colgaban carámbanos de hielo.

—¡Qué frío! —dijo la mujer de Gentjan, dando palmaditas mecánicamente sobre la espalda del niño, que ni siquiera lloraba ya, pero sin querer irse a su casa.

—¿Vamos a hacer lumbre?... ¡Lumbre! ¡Lumbre!

La mujer de Kiko arrastró viejas astillas del puente y aros de tonel, hizo con todo ello un montón y le puso fuego. Luego se colocó de espalda hacia la hoguera, se levantó el vestido para sentir más pronto el calor, y dejó ver sus enaguas rojas.

—No importa que el sol alumbre por otro lado; nosotras haremos fuego desde abajo y nos asaremos como si estuviéramos al sol.

—¡Claro, claro! Y si se pudiera comer el sol asado, no se pasaría ya más hambre en toda la vida.

Esta vez todas se echaron a reír. La escarcha se desleía y liquidaba sobre la tierra. Las chipas de los aros de bambú caían sobre el agua negra del foso y se apagaban siseando.

—¡Recuerdo!

Las mujeres observaron algo gracioso.

—¿Y quiénes son ésas? —murmuró la abuela de Matsu-daro a la mujer de Kiko, que estaba sentada junto a ella.

Dos damas extrañas aparecieron de pronto por la esquina de la calle de las barracas; dos damas con vestido japonés y una tercera con traje europeo y abrigo de pieles, qué era la más vieja. Las mujeres sentadas junto a la cañería de agua se quedaron con los ojos muy abiertos.

—Seguramente son vendedoras de medicinas, pues todas traen maletín —dijo por lo bajo la abuela a la mujer de Kiko, mientras ésta sacudía la cabeza.

—No; esas no son vendedoras de medicinas, ni tampoco comadronas... Tres comadronas de un golpe es imposible, y, además, las comadronas no llevan vestidos tan buenos.

—Sí, los vestidos son superiores —opinó la mujer de Kiko.

—Pues ésa no es una gente que venga muchas veces por aquí.

Las damas iban llamando atentamente por todas las casas, y cuando no contestaba nadie, abrían la puerta mal encajada y se asomaban.

—¡Atiza! ¡Se asoma a mi casa! —exclamó desconcertada la abuela de Matsudaro.

—Pues en mi casa no hay nadie.

—No tengas tanto miedo, qué tú no tienes nada que te roben —le replicó una mujer.

Las damas se acercaron, se quedaron paradas, cuando casi habían llegado al grupo de las mujeres sentadas junto al fuego, y se pusieron a cuchichear entre sí.

Las mujeres de la hoguera miraban a las damas con ojos medrosos y con la boca muy abierta. Por fin se acercaron las tres, y al frente, la que vestía a la europea. La mujer de Kiko se bajó apresuradamente la falda y tapó su enagua roja.

—Sí no me engaño, son ustedes las esposas de los huelguistas —dijo la europea zalameramente, cambiando su maletín de una mano a otra.

Marcó en su gruesa barbilla profundos pliegues y sonrió. Las mujeres estaban todas desconcertadas, como chiquillos que se encuentran en la calle con su maestro. Por detrás de la espalda de la europea saludaban ahora también las dos hermosas damas, que venían vestidas como comediantes. La abuela de Matsudaro, después de mirar a las demás mujeres, se resolvió a hacer una señal afirmativa con la cabeza.

—Y... nosotras somos...

Mientras decía esto, entregaba a la abuela su tarjeta de visita con un gesto natural.

—Hemos venido para aconsejar a las familias de los huelguistas, especialmente a las mujeres.

La mujer de Kiko había quitado la tarjeta a la abuela, que no sabía leer, y susurró a la mujer que estaba a su lado:

—Estas señoras son miembros de la Asociación Femenina Budista de Tokio. La de vestido europeo es la presidenta.

Aunque la mujer de Gentjan lo había oído, no podía comprenderlo. ¿Los budistas no son carcas? Pero estas mujeres resultan demasiado guapas para ser mujeres de carcas.

—Sentimos mucha compasión hacia ustedes, que deben de estar padeciendo mucho con esta gran huelga, y hemos querido hablar hoy con ustedes personalmente y aconsejarlas...; para eso hemos venido aquí.

Las mujeres estaban asombradas... ¿Tan conocida era en el mundo su huelga que hubiesen de preocuparse de ella en secreto personas tan principales? La señora europea, con su nariz respingona y su piel tan blanca como una extranjera, se acercó a la abuela y le dijo:

Como dijo Buda, los hombres todos somos iguales. Los sufrimientos de ustedes son nuestros sufrimientos. Yo quisiera saber la respetable opinión de ustedes, y nosotras procuraremos que esta huelga tenga una solución pacífica.

Las mujeres estaban cada vez más perplejas. Era una sensación cosquilleante, como si se le acariciase a uno el trasero con una pluma. Una de las damas, de bello peinado, sacó de su bolsillo un poco de chocolate y se acercó a la mujer de Gentjan:

—¡Oh, qué niño tan formalito!...

Y ofreció al niño un trozo de chocolate. Sin embargo, el canijo bebé no hizo más que abrir mucho los ojos, pero sin atreverse a extender la mano. Estaba desnutrido y por eso era tan formal.

La mujer de Kiko miró fijamente a la bella dama, y pensó: «¡Si nos querrán engatusar estas zorras!».

La otra de peinado japonés ofreció chocolate a la niña, que la abuela llevaba a la espalda, y dijo zalamera:

—¡Oh, pobre niña! ¡Qué bien, si tu padre no estuviese ya en huelga! Mira, pequeña, cuando vuelva tu padre, le dices: «Deja ya la huelga, padre, y vente conmigo al Parque Zoológico». ¿Has entendido?... ¡Oh, sí, tú eres una niña muy lista!

La mujer de Kiko había ya olido lo que se tramaba, le tiró a la mujer de Gentjan de la manga y le dijo por lo bajo:

—¡Cuidadito, que éstas son unas zorras!

Las dos damas empezaron a mezclarse entre las mujeres y a repartir regalitos y chocolate. Entretanto, la presidenta seguía hablando con voz melosa:

—Ya hemos estado hablando con todas las mujeres de las demás casas. En todo litigio tienen la culpa las dos partes. La Compañía es tan terca como los maridos de ustedes. Eso es inevitable, naturalmente, tratándose de hombres, que tienen su voluntad propia... Pero, al fin y al cabo, ambas partes tienen que avenirse.

—Ahora viene aquello —dijo la mujer de Kiko volviendo a tirar a la otra de la manga.

—Ahora hablamos aquí de mujer a mujer. Por eso les ruego a ustedes que comuniquen nuestra opinión a sus dignos maridos, y nuestra opinión es que se avengan otra vez con la Compañía en atención a ustedes y a sus queridos hijos. Si ustedes proceden así por su parte, seguramente que la Compañía se mostrará complaciente.

En aquel momento gritó la mujer de Kiko, qué estaba como sobre brasas, dando un golpe en el suelo con el pie:

—¡Cállate, zorra!

Se puso muy colorada. Y como las mujeres de los obreros, cuando sé excitan, tienen la lengua muy suelta, no hacía más que gritar, acercando la cara a la afilada nariz de la dama atónita:

—¿Qué es eso de queridos hijos? ¿Qué es eso de igualdad de los hombres? Si quieres saber lo que es desigualdad, compara tus vestidos con los nuestros, y si todas somos iguales, cambia los tuyos por nuestros harapos.

—¡Como los salvajes! —dijo la dama de peinado japonés, volviendo la cabeza, y sin poder sostenerse casi al borde del foso, pues estaba separada de las otras.

—¿Quién es salvaje, vosotras o nosotras? ¡Vaya con las insolentes! Habéis venido aquí para desunirnos y os escondéis detrás de la máscara de Buda; pero no os ha de valer, zorras, soplonas de la Compañía.

También las demás mujeres, a las que ya se les había pasado el cosquilleo, volvieron a recobrar ánimos.

—¿Qué es eso, soplonas? —empezó a gritar la mujer de Gentjan.

—Eh, venid todas, que hay aquí unas espías de la fábrica que nos quieren meter en un puño.

Las tres damas acabaron de perder el valor. El griterío de las mujeres atrajo de todas las barracas a mujeres, niños y ancianos.

—¿Qué soplonas de la fábrica son ésas?

—¡Echadlas a la acequia!

Las damas habían huido llenas de miedo por el puente de madera y se habían roto los vestidos. La mujer de Kiko llevaba en alto un aro de bambú todavía encendido y gritaba detrás de ellas:

—¡Como volváis otra vez!... ¡Fuera de aquí! ¡El gas asfixiante!

Pero aquellas piadosas damas budistas volvieron a presentarse pertinazmente al otro día por la mañana en la calle sin sol. Esta vez se detuvieron delante de la puerta de la sección femenina del Sindicato.

—Quisiera hablar con la dirigente de las mujeres. ¿Está aquí? —preguntó la de traje europeo, muy finamente.

Ogin-chan, que estaba sentada casualmente en la mesa de información, leyó la tarjeta,ladeó la cabeza y contestó:

—No, no está en casa; pero aunque estuviera en casa, no hablaría con ustedes.

Esta contestación, tan poco amable, era bastante clara. Las damas se miraron, y una de ellas volvió a decir:

—Ya sé, naturalmente, qué está muy ocupada, pero no son más que cinco minutos...

Se obstinaban en no querer apartarse de la puerta. Entonces Ogin-chan sopló el polvo que había sobre la mesa, y dijo a las damas, gritando:

—Ni la dirigente ni las hermanas están aquí. Si las quieren ver con tanta urgencia, váyanse a la Dirección de Seguridad, que allí están todas encarceladas hace dos días, aguantando tormentos.

IV

el puesto avanzado

El padre, viejo y enfermo, no podía dormir. Al romper el alba, oyó que el granizo repicaba contra la puerta de madera, sobre el tejado de chapa y sobre los témpanos flotantes del canal de Senkawa. La barraca estaba ahora solitaria y silenciosa. Ni siquiera se oían ya los llantos de los niños. Los dolores de las articulaciones le molestaban todavía más con el frío, y se agarraba convulsivamente a las almohadas para calmarlos. Por las mejillas le rodaban gruesas lágrimas.

— ¡Maldita bruja!

El viejo seguía pensando que Takaë tenía toda la culpa, incluso de la detención de la linda y tímida Okayo. Desde que se había establecido el Sindicato en la fábrica, la hija mayor se oponía cada vez más violentamente a la opinión de su padre...; ella, que hasta entonces había sido tan infantil, se hacía cada vez más independiente y rebelde.

— Tiene el diablo en el cuerpo esa loca.

Si él estuviera sano y pudiera mover aún su mano derecha, había de zurrarla hasta que volviese a entrar en razón.

El enfermo se quedó mirando al viejo estante que había junto a la ventana, cerca de la mesa... Se veían allí aproximadamente diez libros, delgados folletos con cubierta roja y gruesos volúmenes con rótulo dorado, que propiamente sólo habían de leer los sabios. El viejo se acordó de que Takaë andaba leyendo siempre aquellos libros. Cuando regresaba del trabajo de la noche, se sentaba en la cama y leía.

—Esos libros tienen la culpa... Esos malditos libros son los que han trastornado a Takaë.

El enfermo se levantó, apoyó su cuerpo contra la pared y se deslizó hasta el estante, acumulando todas las fuerzas en sus vacilantes pies. El viento entraba por la ventana abierta y torturaba los huesos del anciano. Levantó el cierre de la ventana, y con la mano izquierda, que todavía no estaba completamente paralítica, agarró los libros.

—¡No quiero veros más, demonios!

Los libros volaron sin ruido al agua negra del canal y se sumergieron. En el ambiente frío, que poco a poco iba clareando, vio cómo se hundían lentamente las blancas hojas.

—No seas tan impaciente, abuelo —voceó la vecina, al ver los furiosos ojos y la respiración silbante del viejo, a quién infundía nueva rabia cada libro que tiraba.

—No, no; he de ahogar a todos estos demonios.

Y rechazó la mano que se le tendía.

Unos cuantos libros habían caído al fondo; otros seguían flotando y eran arrastrados por el agua, que brotaba a través de las hendiduras del hielo. Sobre la fría superficie del canal se condensaba una niebla tenue.

Tanto como el cieno y los harapos en el canal de Senkawa, habían disminuido las mercancías en las tiendas de comestibles y en las tabernas, en las cacharrerías y verdulerías. Ahora que ya las redes no sacaban restos de

hortalizas y trapos, tampoco quedaban géneros en las tiendas de los comerciantes. Desde que la sirena de la fábrica no bramaba ya en el distrito de Koishikawa, se había cortado la arteria de la calle sin sol. Y los grandes pabellones de la fábrica parecían en el ambiente frío como enormes cadáveres de hipopótamos.

Los pequeños comerciantes estaban en gran apuro. Eligieron sus delegados y formaron un Comité, en el que había mucho trabajo y muchas discusiones ridículas. A todo el que tenía alguna influencia, le rogaban que mediase en aquella huelga.

Sus discusiones eran tanto más cómicas, cuanto que se mostraban neutrales de la manera más triste. Se dirigían a los grandes señores del distrito y se lamentaban de su penuria ante los consejeros municipales honoríficos. No hacían más que deplorar que se viesen obligados a morir juntamente con los huelguistas.

Pero aquellos dignísimos señores, a quien los pequeños comerciantes se dirigían, no eran en último término sino empleados indirectos de la Compañía. Y mientras los buenos tenderos esperaban permanecer neutrales en aquella huelga, se despertaba la conciencia de clase en los severos críticos, en los grandes señores de la demarcación y en los dignatarios del Consejo municipal, y no sabían a ciencia cierta lo que tenían que hacer.

Cada vez había más tiendas vacías en la calle principal, cada vez lucían menos lámparas eléctricas, y la oscuridad invadía las callejuelas. Crecía de día en día el número de muchachas, que por la noche entraban en cafés y garitos sospechosos, para volver a la mañana siguiente con la cara pálida...

—No seas tan terco, abuelo; que mañana o pasado volverán sin falta; no son precisamente ladronas o incendiarias —decía la vecina en su dialecto del Norte del Japón, por consolarle, mientras llevaba al enfermo a la cama.

Aquella mujer había dado a luz un hijo cada dos años. El último se cobijaba desnutrido, con los ojos brillantes, contra su pecho desnudo, y no podía ya ni llorar.

—Realmente, abuelo, si la huelga dura más, es horrible. Ya es hora de que ceda la fábrica.

El enfermo apretó los dientes trémulos y se hundió en las almohadas.

La vecina salía por la noche con sus dos niños a vender comestibles. Su cuerpo era tan recio y sano como su lenguaje.

—Pero la Compañía no cederá; lo que hace es tomar nuevos obreros.

El viejo no sabía refrenar la lengua.

—¿Cómo?

La mujer se quedó mirando sorprendida al enfermo, que se puso muy azorado.

—No... yo no sé... si es o no cierto. Yo sólo se lo he oído al señor Yoshira... Pero después de todo, no está mal.

El enfermo miró de refilón temerosamente al blanco rostro de la mujer, que había nacido en el país de la nieve.¹³

—¿Y de qué conoces tú a Yoshira?

La mujer dejó sobre el suelo la paleta en que había traído brasas para la pequeña estufa del enfermo.

—Fue mi maestro.

¹³ En Sapporo, isla septentrional del Japón.

La vecina, que también había leído aquellos libros, se quedó muda de sorpresa.

—Pero, abuelo, nadie ha visto que vayan obreros a la fábrica.

La mujer buscaba la explicación del enigma.

—No, es que llevan a los hombres a la fábrica debajo de toldos, como los sacos en los carromatos.

El temporal había cedido. Sólo de vez en cuando tamborileaban monótonamente contra la puerta de la casa los ramalazos de granizo lanzados por el viento.

—¡Ah! ¿De modo que lo hacen así?

Ahora comprendió la mujer muchas cosas... El marido de Oka-chan, que vivía a la otra banda, no había comparecido desde hacía dos días, y Harbo, otro vecino, tampoco había vuelto a casa ayer por la noche. Echó el vestido sobre el niño que llevaba a la espalda, y colocó en la estufa de porcelana los carbones que había llevado.

—Ahora no tengas miedo, abuelo, y no te pongas impaciente... Ya le traeré luego la comida, cuando la tenga terminada.

Al volver la vecina a casa, repicaron sordamente las tablas sobre el foso.

En la calle principal, a la esquina de la tercera fila de barracas, había un carro de mano. Con paso cauteloso descendía un traperero por el camino que conduce a las barracas. Llevaba tapada la cara con una bufanda negra. Detrás de él iba un hombre con blusa de trabajo. Los dos se acercaron a la primera puerta de la barraca, donde también vivía la familia de Takaë. Apenas transcurridos dos minutos, salieron cargados con un gran envoltorio —parecía como si hubiese dentro una persona—, y lo cargaron en el carro.

Después llevó el trapero su carro a la puerta trasera de la fábrica, volvió solo y entró por la calleja que hay entre la tercera y la cuarta fila de barracas.

A mitad de la estrecha calleja, aproximadamente de un metro de ancha, se quedó parado con asombro. Delante de él había dos muchachos, tan asombrados como él mismo, los cuales le habían reconocido enseguida por los ojos, pues la negra bufanda sólo le dejaba los ojos al descubierto.

Sé quedaron mirando mutuamente sin decir palabra. Uno de los muchachos era pequeño y tenía una cabeza ridículamente grande; el otro era talludo, con carrillos extrañamente gruesos. Ambos se hallaban en el puesto avanzado y habían de seguir la pista precisamente de aquel trapero. Pero aquel hombre resultaba ahora superior a ellos. Aquel trapero era su maestro, y, cuando se hallaban con él a solas, se sentían miedosos y cobardes.

—¡Sanko! —dijo el trapero dirigiéndose al de la cabeza gorda.

No comprendía lo que estaban haciendo allí aquellos muchachos, y trató de descubrir su intención en los movimientos de sus ojos.

Los tres se quedaron callados y contenían el aliento, pero pronto recobró el trapero su ascendiente sobre los muchachos, que no eran más que subordinados y aprendices suyos.

—Sois unos chiquillos; no hagáis tonterías. ¿O es que os habéis olvidado de la gratitud?

—¿Gratitud?...

Los dos se quedaron mirando con los ojos muy abiertos. Sanko ladeó la cabeza entre su cuello sucio y miró al hombre con furia.

—¡Quita de ahí, borrico! —le increparon ambos a una voz.

Y, girando sobre los talones, desaparecieron rápidamente por las callejas.

Al trapero le recorrió de pies a cabeza el miedo de algo desconocido. Escondió la cabeza, desanduvo rápidamente el camino y marchó a toda prisa por la calle principal.

* * *

Dos horas después de aquella escena cómica se hallaba el trapero arriba, en la pendiente del Jardín Botánico, a solas con su carro de mano. El hombre de la blusa no estaba ya con él.

Con el viento de la tarde temblaban inquietas las peladas copas de los árboles. Allá, como fondo sombrío, surgía el muro de ladrillo de la Escuela de Ciegos y Sordomudos, y, a pesar de que allí había una encrucijada, sólo pasaban muy pocas personas. El trapero andaba de un lado para otro a menudos pasos junto al muro de ladrillo.

Un joven de abrigo negro, con bufanda marrón, se acercó por la pendiente desde el tranvía. El trapero apenas se fijó en él, porque detrás venía más gente. El joven llevaba metida la mano en el bolsillo y se acercaba presuroso con la cabeza hundida. Poco antes de llegar el trapero, sacó un pañuelo y se sonó cuidadosamente. Luego volvió a tomar su anterior actitud y se mezcló con los transeúntes. Pasó una bicicleta, subieron por la pendiente un coche de caballos, una mujer, un niño, un estudiante, un hombre con traje europeo.

El joven abandonó de un modo chocante el camino y pasó rozando con el trapero. En el mismo instante sacó del bolsillo la mano derecha.

—¡Perro!

Y le asestó un golpe. Y antes de que se hubiese apagado el eco del insulto, el trapero se derrumbó sin abrir la boca.

Los árboles del Jardín Botánico temblaban ligeramente, y el viento arrastraba el ruido de la trepidación del tranvía... El estudiante, el niño, la mujer, el perro, el ciclista y el hombre de traje europeo habían pasado...

Con una mano apretada contra el vientre, gemía roncamente el trapero:

—¡Estoy herido!

Pero cuando por fin se reunieron alrededor del trapero nuevos transeúntes, hacía ya mucho que el joven había desaparecido.

el cielo y el infierno

Tanto tiempo llevaba ya Takaë en el fondo del cuadrado ataúd de cemento armado que había perdido la conciencia de las horas.

En aquel ataúd no había diferencia entre el día y la noche. En la perpetua penumbra y tinieblas de aquella caja de roca se movían cinco o seis siluetas de personas.

La amarilla luz crepuscular, que apenas permitía reconocer las caras, caía gota a gota de una altura inaccesible dentro de la celda, como de un ojo turbio.

Todos habían sido separados unos de otros. Takaë no pudo saber adónde fueron llevadas Okayo y Oja. Aguzaba sus oídos al más ligero rumor, pero los rumores para llegar a ella, tenían que atravesar penosamente el grueso muro de cemento.

¡Y su hermana, en estado de preñez, metida allí en aquel agujero!

En el calabozo se alborotaba sin cesar. Unas cuantas rameras viejas, con las trenzas colgando, blancas del polvo, se gritaban unas a otras sin descanso.

Cuando ya se habían tranquilizado algo, se acercó a Takaë una de ojos inquietos, para charlar con ella.

En la celda había, además, una mujer de cincuenta años, de cara adormilada y grasienta, un viejo vagabundo que parecía un varal envuelto en trapos, y un chiquillo que era un pelotón de andrajos en movimiento.

El viejo parecía no querer moverse más; se pasaba el tiempo gimoteando y no podía vivir ya mucho.

La ramera, delincuente habitual, decía que ella tenía que pasar allí veintinueve días cada dos o tres meses.

—Si es que no hay quien pueda conmigo; ésta es mi profesión.

Parecía creer en ello firmemente.

—Bueno, la Policía tampoco puede nada contra «esto», aunque ponga unas caras tan graves...

Y sonrió con plebeyez, haciendo un gesto indecente, del que, por lo visto, se envanecía, tanto que Takaë tuvo que apartar la mirada de aquel despojo de su sexo.

Tal vez ahora fuese de noche allá fuera. Los pasos de los carceleros resonaban sobre el suelo de cemento en los helados corredores. Los presos no tenían más que delgadas y sucias mantas contra el frío. La ramera preguntó con alguna vaguedad, enseñando sus dientes amarillos y podridos:

—¿Dónde haces «la calle»?

Se figuraba, naturalmente, que Takaë había de ejercer la misma profesión que ella. Como Takaë negase con la cabeza, ella no quería creerlo.

—Pues tú puedes trabajar todavía; eres aún muy joven.

La vieja ramera se puso sentimental.

—Lo que yo no quisiera es morir como esa vieja de ahí, pero...

La vieja, a que la ramera se refería, había estirado el vestido sobre las rodillas y tenía la cara entre las manos para protegerse contra él frío. Aquella vieja era la «peor

pecadora» entre ellas. Había prendido fuego a la casa de un médico. Quería vengarse del médico por la muerte de su nieto, a quien él había dejado morir, por no tener ella dinero para pagarle las medicinas.

La vieja se levantó y empezó a dar paseos de un lado para otro, vacilando por el agotamiento, la desesperación y los dolores. De pronto, empezó a gemir y a mesarse los cabellos canosos con las manos. La ramera la miraba con la boca abierta.

La vieja creía aún en el cuadro «Cielo e Infierno», que se le había grabado en la imaginación desde la niñez. No hacía más que confesar en voz alta sus pecados. El cuadro «Cielo e Infierno», grabado en su corazón, le demostraba que el médico había tenido razón en dejar morir a su nieto, única luz para ella en este mundo, por no haberle podido pagar las medicinas. Aquel cuadro la condenaba también a ella por haberse vengado y haber prendido fuego a la casa del médico. Como, además, ahora se hablaba también de ella, un nuevo dolor desgarraba su cuerpo.

—No gruñas así; siempre estás con lo mismo —gritó el jovenzuelo.

Y tocando a Takaë en la rodilla, se levantó.

Aquel muchacho de catorce años no había visto el cuadro «Cielo e Infierno»; aquel ovido de andrajos sólo conocía la vida que duerme por la noche en los tubos, cuando se tiende el alcantarillado por las calles, en los solares vacíos o en los calabozos de la Policía, y que vaga durante el día por dondequiera que se huele algo de comer.

—¡Uf! Yo así no puedo dormir.

El jovenzuelo volvió a dormirse, gruñendo. En aquel sitio, acostumbrado ya para él, no encontraba ninguna razón para estar triste.

De repente, se oyeron arriba pasos de zapatos duros. Takaë se acercó a la reja y apretó su cara contra los barrotes de metal. Una voz familiar de mujer, gritaba:

—Yo no sé, yo no sé nada de eso.

Sin duda era Okayo la que gritaba arriba. El cuerpo de Takaë se contraía convulsivamente de ira, desesperada y de dolor.

Por el ventanillo del corredor pasó la sombra negra de un funcionario. Ahora se oyó como si se preguntase algo con insistencia. Pero la voz de Okayo repetía pertinazmente que ella no sabía nada.

—¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío! —gritaba Okayo con agudo dolor.

Al parecer, el funcionario le había estirado los brazos. Aterrada, Takaë golpeaba con los puños contra la verja y gritaba:

—¡Bandidos! ¡Cerdos! ¡Bestias!

Pero por toda respuesta, sólo pateaban contra la verja las duras suelas de los zapatos. Después no volvió a oír la voz de Okayo. También se alejaron las duras pisadas del esbirro.

Takaë no podía encontrar descanso.

El frío de la alborada se le metía por las uñas de los pies, penetraba hasta las articulaciones de sus rodillas y le cosquilleaba en los muslos.

A la mañana siguiente, un carcelero abrió las puertas de las celdas y llevó a los presos, uno por uno, al retrete.

Okayo había cambiado completamente en aquella sola noche. Su cara pálida é hinchada, sus ojos inyectados de sangre, su vestido desordenado, todo revelaba los malos tratos de las horas transcurridas.

Con los dientes apretados salió al pasillo y empezó a tambalearse como mareada, apoyándose con una mano en

la fría pared. El sable del guarda la empujaba hacia delante. Al pasar por el segundo pasillo, profundo como un túnel, vio inesperadamente a varias personas.

—¡Oh!

Okayo se quedó con los ojos desencajados. Allí estaba Miatji, con las manos cargadas de cadenas. Parecía diez años más viejo. La joven ni siquiera pudo abrir la boca. Miatji movió los labios, pero no le salió ni una palabra. Sobre sus pómulos hinchados había manchas azulencas como costras.

—¿Qué haces ahí?

El guarda, que estaba detrás de Miatji, le dio un empujón en la espalda. Miatji perdió el equilibrio, cayó contra la pared y avanzó tambaleándose unos pasos. Todo aquello duró solamente tres o cuatro segundos. Okayo no le pudo seguir más tiempo con la vista. Su corazón quedó paralizado por aquella emoción tan violenta.

Ella sabía dónde estaba su hermana, pero ya no lloró más. Permaneció sentada en el rincón de la celda, y de vez en cuando lanzaba un profundo suspiro. Le fue introducido el desayuno por la reja, como a un pájaro el cebo, pero la comida en aquella marmita cuadrada no le excitaba el apetito. Okayo sé quedó mirando a la marmita, y la volvió a empujar a través de la reja.

—¡Ay! Yo creo que me voy a morir aquí.

Día y noche... no bebió más, ni siquiera agua.

A la mañana siguiente fueron puestas en libertad Oja y Takaë. Apenas se les había tomado declaración. La Policía no encontraba motivo para mantenerlas sometidas a interrogatorio. Cuando salieron al aire libre, ofuscó sus ojos el resplandor del sol. En la puerta trasera de la Comisaría vio Takaë al agente que había detenido a Okayo.

—¡Buenas! Perdone usted; quisiera saber si ha sido puesta ya en libertad Okayo Haruki —preguntó Takaë cortésmente, disimulando su odio.

—No lo sé —dijo el funcionario con indiferencia—; eso no es de mi jurisdicción.

Takaë estaba desesperada. Vaciló un instante si debía informarle del embarazo de su hermana..., pero no pudo formular el ruego. Además, tenía que buscar antes ocasión de esclarecer aquel asunto con Miatji. El funcionario dijo, para eludir nuevas preguntas:

—Tal vez esté ya en casa. Eso no se puede saber. A lo mejor se ha marchado antes que usted. Váyase a casa a toda prisa.

Ella sabía, naturalmente, que aquellas palabras sólo tenían por objeto quitarla de encima, y no encontró pretexto para seguir preguntando. Pero se agarró a esta única y pequeña esperanza, y siguió a Oja.

Afuera las recibieron Fusa-chan y Ogin-chan, y algunas otras camaradas. Takaë se despidió pronto y marchó presurosa hacia su casa. Okayo no estaba allí.

No tenía ánimos para emprender nada. Empezó a dar vueltas por la casa, que estaba sin arreglar hacía mucho tiempo, y se quedó mirando distraída al vacío.

—¿Qué hace Okayo? —fue lo primero que preguntó el viejo enfermo.

Sin contestarle y sin descansar siquiera, volvió Takaë a marcharse de casa.

Comprendió que era inútil volver a preguntar a la Comisaría, ni tampoco intentar nada por medio del representante de la Dirección de la huelga. En aquella ocasión, cuando había detenidos siempre de veinte a treinta camaradas, esta gestión había de durar demasiado. Todos estaban allí más ocupados de la cuenta.

Takaë pasó por el puente de Senkawa, recorrió algunas calles y llegó al pie de la cuesta de Haksuan. Sabía que en aquella cuesta, en una casa de dos pisos, vivía Hagimura en una pequeña habitación. Por la derecha de la puerta subía una empinada escalera. En lo alto había una puerta de papel.

—¡Camarada Hagimura! —dijo a voces.

Al cabo de un rato contestó una voz profunda y ronca. Abrió la puerta y entró. Hagimura se levantó de la cama y exclamó asombrado, desencajando los ojos hinchados por el sueño:

—¡Ah! ¿Pero ya estás aquí otra vez?

Había oído hablar de su detención.

—¿Y qué hace Kayo-chan?

Takaë se arrodilló junto a su cama y le informó brevemente de lo ocurrido.

—No sería todo tan lamentable, si mi hermana no estuviese en ese estado... Pero ya lo sabes, ¿no? Y por eso vengo a pedirte consejo.

Hagimura se revolvió debajo de las mantas. Se había echado a dormir, aún no hacía dos horas. Había vuelto a casa de madrugada, después de una sesión de la Junta superior de la huelga. Él conocía a un joven abogado, que trabajaba activamente como secretario en el partido obrero y campesino, y propuso ir a verle enseguida.

—Pero, aguarda un momento —murmuró, mientras miraba a Takaë pestañeando.

Ella no comprendió lo que le quería decir.

—Que te vuelvas del otro lado...; me voy a levantar.

Takaë sé puso más azorada que Hagimura... ¡Qué tonta era! Se acercó rápidamente hacia la puerta, bajó la cabeza y percibió el olor del hombre que se estaba levantando a su

espalda. Una vez qué se vistió rápidamente el traje y el abrigo, ella se volvió hacia él y le dijo:

—Ya ves qué tonta soy.

Subieron por la cuesta de Haksuan y llegaron a la calle de Nisnikata. Allí arriba estaban las grandes villas, con la espalda vuelta hacia el tranvía.

—Taka-chan, ¿ves esa calle abajo? Aquella gran casa de la esquina es también de Okawa —le explicó Hagimura, señalando con la barba la dirección.

Allí aparecía ceñudamente la puerta negra, como en un castillo de la época feudal. Para no llamar la atención de los espías, que seguramente andarían rondando por delante de la puerta del director, doblaron por delante de la casa hacia la calle del tranvía.

Mientras pasaban a lo largo de los altos muros de piedra artificial, Takaë tuvo que agarrar los extremos de su chal, para poder seguir a paso ligero al camarada que iba delante.

—¡Oiga!

De pronto se detuvo Takaë. Una pelota roja había caído por el aire, había chocado contra su pierna y había rodado a la zanja, por debajo del muro.

—¡Oiga, deme mi balón! —rogaba desde la puerta una preciosa niña, que había lanzado la pelota.

La pequeña tenía unos seis años y llevaba sobre su acicalada cabecita un peinado *pony*. Otra vez repitió:

—Señorita, deme usted mi balón.

Aquella linda y pequeña boca ordenaba. Sin duda, aquella puerta trasera correspondía a la casa de Okawa... En ese caso aquella niña era seguramente hija o nieta suya. Takaë se acercó más y se quedó mirando fijamente a la orgullosa niña, que señalaba imperiosamente el balón con el brazo levantado. Pero al encontrarse con la fría mirada de

Takaë, retiró rápidamente la mano, como si hubiera recibido una descarga eléctrica, y su rostro se ruborizó.

Entonces llegó una niñera. Takaë hizo un esfuerzo por sonreír, cogió la pelota, se acercó a la pequeña y dijo:

—¡Hola, guapa, aquí tienes tu pelotón!

Saludó cortésmente y se sonrió con la niña. La niñera estaba detrás de la pequeña, que al fin volvió a ponerse de buen humor y bajaba la cabeza.

—¿Cómo te llamas?... ¿Etsuko?... ¡Qué bien sabes decir tu nombre!

Takaë decía todo esto con tanta fluidez, que ella misma se admiraba. Acarició a la niña y marchó presurosa detrás de Hagimura, que se había adelantado y la estaba esperando.

—¿Pero qué ha pasado ahí?

De tanto correr iba sin aliento.

—Una niña, que es nieta de Okawa —explicó, señalando hacia la puerta de atrás, donde todavía estaba la pequeña mirándolos a los dos.

—Entonces ése es el tesoro máspreciado de Okawa...

VI

el terror blanco

El aspecto aldeano del abogado Tarui estaba propiamente muy poco de acuerdo con un intelectual. Sus negras gafas de celuloide dejaban manchas oscuras sobre su gruesa y roma nariz.

—Bueno, ya lo he comprendido todo; pasaré de camino por la Comisarla.

El joven abogado estaba dispuesto a dar todos los pasos necesarios. Junto al único mueble del pequeño despacho, es decir, junto a una mesita baja, fumaba el abogado sin interrupción sus «Gordon Bat's».¹⁴

—He oído que el ala derecha, la Unión Sindical de los obreros del Estado, formará fracciones en nuestro partido obrero y campesino —insinuó Hagimura, una vez despachado él asunto de Okayo, a su correligionario político.

Estaba poco informado del movimiento propiamente político, porque el trabajo de la huelga le absorbía totalmente.

Tarui despidió el humo de su cigarrillo contra el techo, pero su cara se quedó inexpresiva.

¹⁴ Marca de cigarrillos muy baratos.

—Sí, parece que no pueden esperar a la próxima asamblea del partido; yo creo que pronto vendrá la explosión.

Ante la tranquila y vigorosa actitud de aquel hombre, a quien veía hoy por primera vez, Takaë cobraba gran confianza. Al poco rato, una joven de unos veintidós años sirvió el té. Por su aspecto sencillo podía suponerse que era la criada. Pero saludó a los dos huéspedes cortésmente, y Tarui se la presentó como camarada. Era su mujer.

—¿Son los jefes de la fracción Tatsuoka y Nichimoto, como se dice?

El abogado hizo con la cabeza una señal de aprobación y empezó a hablar de los horizontes y del porvenir del partido. A su juicio, la división del partido pendía de un cabello. Aquellos que tuviesen conciencia de su misión de vanguardia, tenían que proteger ahora la existencia de este partido del frente único proletario, multiplicando su actividad en un ciento por ciento.

—Hoy por la tarde se celebrará una sesión de Comité Central. ¿Quién va de vosotros?

Hagimura contestó que irían Yamamoto y Nakai, que él mismo era también miembro del Comité Central, pero que no tendría tiempo de ir. El abogado volvió a encender otro «Bat».

—Tal vez no aparezcan siquiera los miembros pertenecientes a la Unión Sindical de los obreros del Estado.

Hagimura puso una cara interrogante.

—Esa tendencia se muestra cada vez más clara. De seguro que no irán. Estos trade-unionistas están llenos de miedo, porque su ala izquierda es oprimida por la Policía, y no encuentran ya descanso en el partido obrero y campesino.

En aquella habitación, en aquel barrio distinguido, no se dejaban sentir menos las corrientes del movimiento que

en la demarcación de la huelga. La convicción de Takaë, que tenía que alimentarse continuamente con nuevo combustible de tenacidad como una locomotora, se afirmaba cada vez más.

—Esos son todos delincuentes habituales y viles chivatos.

Hagimura se acordaba de la conducta de aquella gente, antes de la unión con el partido.

—Sí, probablemente dentro de unos días se advertirá más claramente el proceso de la división.

Ya hoy está bastante avanzada; se leía en la cara del abogado.

Hubieran seguido discutiendo todavía sin fin, pero no podían. La ofensiva del capital había dispersado mucho a los combatientes de vanguardia..., y, sin embargo, no había hecho sino acercarlos más siempre.

—Conque te ruego que despaches este asunto.

Takaë y Hagimura se despidieron de Tarui y se marcharon. Takaë se había puesto ya más tranquila.

En aquel barrio distinguido brillaba ahora a mediodía el sol, a través de las nubes, lanzando mustios rayos.

—Yo estaba perpleja. Me pareció qué la mujer era la criada. Es muy simpática.

—Bueno, yo quisiera comer algo —dijo Hagimura.

Y se detuvo delante de un cafetucho, en los altos de Haksuan.

Desde ayer tarde no había comido nada. Takaë se asomó al pequeño café y se acordó de que tampoco ella había comido todavía. Al dejar a los presos en libertad, la Policía no da de comer por la mañana.

—Entonces, yo comeré también.

Entraron en el sucio local por la puerta de cristales, y aparecieron obsequiosas las pequeñas camareras, que se

quedaron examinando descaradamente a la pareja. La pared del local estaba barnizada de blanco, y ellos eran los únicos huéspedes. Esto les agradó.

Cuando se vieron sentados uno frente a otro, les invadió a ambos cierta cortedad y tuvieron que hacer un esfuerzo para entrar en conversación. Hagimura empezó a hablar del acuerdo tomado en la sesión de ayer por la Junta suprema de la huelga.

—Sí, Takaë, la huelga se complica cada vez más.

Ella no sabía lo que había pasado entretanto, y mientras dejaba vagar por el local la mirada vacía, escuchaba el desarrollo de los acontecimientos de que Hagimura le hablaba.

La fábrica de papel Oji y la imprenta «Cliché», lo mismo que la fábrica de lámparas Nippon, habían despedido anteayer, simultáneamente, a todos los obreros que estaban organizados en las Asociaciones enlazadas con el Consejo de los Sindicatos revolucionarios del Japón. Los obreros habían protestado contra esta medida y se habían declarado en huelga.

—¿Y qué pasará ahora? —dijo de pronto Takaë, después de un largo silencio.

En teoría conocía ella muy bien cómo se habían de exacerbar por fuerza las relaciones. Hablaba con furia, como si tuviera delante a enemigos invisibles.

—¿Que qué pasará?... No puede pasar más que una cosa: emprender con todas las fuerzas una vez más el último combate... ¡La victoria completa o la derrota!

—¿Y eso es todo?

Takaë se quedó mirando al pelo desgreñado de Hagimura, y dio a entender claramente que no le satisfacía su respuesta.

La camarera trajo del interior dos raciones de arroz *curry*, y las colocó delante de los huéspedes con poca amabilidad. Las cucharas estaban herrumbrosas por algunos sitios. Los tibios rayos solares, que penetraban por las ventanas de cristales deslustrados, se reflejaban en las blancas paredes barnizadas.

—No, eso no es todo; hay todavía algo más —advirtió Hagimura después de haber tomado un poco de arroz.

—¡El ataque general contra todo el frente capitalista! —dijo, riendo chillonamente y ocultando su excitación entre las pestañas.

—La fase principal de la huelga empezará mañana... Movilización general de todas las fuerzas huelguistas... ¡Todo el mundo a cubierta!... Pero eso tiene que permanecer secreto todavía.

Takaë sólo contestaba con los ojos, y parecía ofrecerse a ocupar un puesto con una sonrisa que le retozaba en la boca. ¡Todo el mundo a cubierta!

—¡Será maravilloso! —dijo mirando complacida a los robustos hombros de su camarada.

Aunque ambos habían trabajado muchas veces juntos anteriormente, nunca había mirado a Hagimura sino como un modelo y un buen consejero. Aquel hombre de barba recia y de anchos hombros era un japonés típico del Oeste. Su cara estaba formada a grandes y vigorosos trazos.

Hagimura interrumpió de pronto la comida y levantó la cabeza. Ella se sintió un poco avergonzada de haberle estado mirando tanto tiempo.

—¡Ay, qué tonto! No tengo bastante dinero. No había pensado en eso. Estaba desconcertado.

—No te apures; yo tengo todavía un yen.

Hagimura se golpeó la cintura con la mano.

—Entonces voy a pedir más de comer. Estamos salvados.

—No está mal —dijo ella riendo.

En aquel momento se asomaron unas sombras por la puerta de cristales y desaparecieron enseguida otra vez. Takaë había mirado casualmente, pero no había encontrado en ello nada chocante.

—Entonces hay huelga general —dijo ella reanudando la conversación interrumpida, mientras Hagimura temaba el té.

—Si llegamos a eso, hay que procurar a toda costa que la lucha tenga alcance político. En casa de Tarui no he dicho nada de eso, porque también debe permanecer secreto todavía. En la próxima junta del Comité Central del partido obrero y campesino se ha de tomar una resolución ejecutiva sobre esta huelga.

Cuando Hagimura había tomado el segundo plato. Takaë miró casualmente hacia la puerta de cristales.

—Pero, ¿qué pasa ahí?

Una gran sombra se inclinó de pronto sobre sus cabezas, y ambos vieron qué por la parte de fuera se pegaban a la puerta acristalada las caras de unos diez hombres.

—¿Qué será eso?

La puerta de cristales se abrió de par en par y entraron atropelladamente en el local unos diez hombres.

Ahora lo comprendió todo Hagimura.

—¡Maldita sea! ¡Estamos perdidos! —le gritó apresuradamente a Takaë—. Estos son *pinkertons* y fascistas de la fábrica. Lárgate a toda prisa y da parte a la Dirección.

En el estrecho local se agolparon los hombres alrededor de Hagimura. Éste se retiró en silencio y se quitó la chaqueta. Era imposible huir. Un hombre alto, que capitaneaba a los demás, se acercó a él.

—Tú eres Hagimura...

En esto voló por el aire el primer plato, que fue a dar contra la pared y se hizo añicos. En la parte de atrás empezaron a hacer ruido los inquilinos. Takaë vaciló un instante, pero al fin se decidió, corrió hacia atrás y desapareció.

—¡Bribones! ¡Canallas!

El hombre que acababa de dirigirse a Hagimura cayó por tierra. Hagimura había destrozado una silla sobre él.

La salsa inglesa lo salpicó todo; los saleros se rompieron. Hagimura luchaba y se defendía con todas sus fuerzas; pero aquellos matones estaban acostumbrados a este «trabajo» y eran muy superiores en número. Aguardaron hasta que ya no les quedó nada que tirar, y entonces saltaron sobre él por todas partes.

Sobre el suelo había una masa humana magullada. Hagimura sintió que todos los nervios le escocían. La sangre le goteaba pegajosa sobre las caras de los que estaban debajo de él, y al mismo tiempo notaba dolor en la nuca. Era como si le hubiesen cepillado a contrapelo, y violentamente.

Después, se quedó sin sentido.

EL ASALTO

I

la víspera

Como todas las ciudades importantes del mundo, Tokio tiene los suburbios ceñidos por un cerco de barrios fabriles. Al Sur de Shinakawa se extiende una ancha faja desde Tokio a Yokohama. En la parte oriental constituye Oshima el centro.

Toda la región de Skishima se ha ido robando al agua. Al Norte de Tokio están Senjiu septentrional y Senjiu meridional, y al Sureste se hallan Oji y Jujo. Cada vez se extienden más estos barrios fabriles, barómetros de la centralización capitalista. El poderío del capital, cada vez más en aumento, allana todas las montañas, deseca los pantanos, canaliza los ríos y abre calles. Aquellos barrios se hacen cada vez más grandes y anchos, se extienden hacia los cuatro puntos cardinales, hacia el Suroeste, hacia el Sureste y hacia el Nordeste, como el mar que va socavando la tierra.

Se empieza por la compra del suelo. El campesino pierde sus derechos, y la vida peculiar tradicional de la provincia se cambia fundamentalmente. Luego empieza el barullo de la concentración económica, política y estratégica de los partidos burgueses, de las acciones y corrupciones. Pero estos aspectos sombríos se disfrazan con la «estructuración de la economía» o el «progreso cultural». Y ya el gran capital domina en aquel nuevo reino orgullosa, solemne y brutalmente, como Don Quijote en su isla lejana.¹⁵

La enorme fábrica se yergue en medio de la ciudad como un castillo, como un alcázar sobre el monte.

Se edifica un centro de Policía, y sobre los antiguos arrozales, por debajo del dique del campo inundado, se construyen barracas con viejos vagones destartados de mercancías, para ofrecer asilo a la materia prima más deleznable de la fábrica, a las personas. El estruendo atronador de las sirenas despierta a la gente y la saca de sus guaridas, con excepción de las noctámbulas, que permanecen en el lecho fantasmalmente repintadas. El negro humo de la potente chimenea oscurece al mismo sol, y las cadenas de las grúas hacen estremecerse a las superficies oleaginosas de agua. Las calderas incandescentes se retuercen como enfermos atormentados por la fiebre, haciendo temblar la fábrica.

La mayor autoridad de una ciudad fabril semejante corresponde al jefe de Policía, que gobierna con absolutismo, y a los políticos sociales: delegados del Municipio y misioneros, mansos como novias; el sacerdote budista, tonto

¹⁵ Así en el original. La famosa novela de Cervantes es el libro europeo que más se lee en el Japón.

como una piedra, y el médico con su sandia afabilidad. Para promover el fin común de todas las fuerzas que aquí colaboran, hay arroz barato, vino y rebaños de mujeres a poco precio.

Tales son los barrios fabriles, los pulmones de la gran ciudad.

Altos edificios de siete pisos lanzan gigantescas sombras sobre el pavimento. En las villas de los ricos, en los grandes bazares de donde surge la moda, bajo la cúpula del Parlamento, en los salones de baile de los grandes hoteles, en los teatros y *music-halls*, en los palacios de los grandes Bancos de estilo Renacimiento europeo, circula la sangre que los arrabales alimentan. En carteras de cuero amarillo marrón se pone a buen recaudo esta sangre, como el tesoro más precioso de la central, y se lleva... a los Bancos, a las casas de cambio, a las Bolsas, a los bazares, a los teatros, a los restaurantes elegantes, a los salones de baile, y así sucesivamente.

Un político burgués, muy avisgado, propuso en el Parlamento que se trasladasen de la ciudad todas las fábricas.

«Una vivienda cómoda tiene que estar siempre en orden. Las cocinas, las viviendas de los criados y los retretes se disponen siempre de tal modo que no perturben el tono general de la casa. Esto debe hacerse, no sólo por utilidad y por pulcritud externa, sino también para librarse del ruido y del mal olor. Desde el punto de vista higiénico, es un requisito indispensable.»

El Parlamento aprobó por unanimidad esta moción. La «calle sin sol», en el distrito de Koishikawa, tendría que alejarse, según esto, dos millas más allá.

Ahora que Tokio es visitado por los progresivos capitalistas de Europa y de América, no debe permanecer en medio de la ciudad una calle tan sucia. Además, el «pintoresco

valle del bosque», que el príncipe heredero había descubierto en la visita de la Escuela Normal, constituía una curiosidad digna de verse. En el hermoso Tokio una mancha de suciedad como aquella era una excepción. Por eso la «calle sin sol» tendría que emigrar en un porvenir próximo, con sus filas de barracas hacia fuera, para no perturbar la «decencia» de la urbe.

Tampoco contribuye realmente a la «armonía general» el que los camiones marchen sobre el hermoso asfaltado, el que se vean blusas azules de obreros en las antesalas de los grandes bancos, el que bailen las obreras sobre el entarimado de los salones de recreo, el que se expongan en los grandes escaparates de los bazares marmitas de aluminio, pantalones azules de obrero y bragas de punto de lana.

Sólo cuando avanzan sobre el pulcro asfalto los nuevos tipos de Citroën, Buick y Nash, cuando las bien cuidadas manos, asomando por las bocamangas de pieles, hojean el talonario de cheques; cuando las damas con brillantes y preciosos trajes hacen ondular sus esbeltas curvas, cuando las preciosas y delicadas telas se adornan con piedras todavía más preciosas..., sólo entonces brilla la ciudad a la luz que le corresponde.

Sí, sólo para eso existe toda la cultura capitalista y su sistema; sólo para eso han creado sus diputados las leyes.

* * *

¡Vuelan las chispas!

Partiendo de la ciudad se extiende por todas partes el incendio de la maleza, que arde como atizada por el viento. Mientras el crepúsculo vespertino se mezcla con la sombra de las montañas, crepita el fuego sobre los campos, junto al terraplén de la vía, en el arrabal de Oji.

Muchachos de encendidos carrillos sacudían con varas la hierba seca sobre el terraplén, hasta que los tallos y las cañas salían por el aire, temblorosos y vacilantes, fustigados por el fuego.

—Mira, ya viene otro coche lleno —gritaban los niños haciendo señas con las manos.

Era curioso ver a qué distancias tan cortas pasaban hoy los coches llenos de gente.

El tranvía pasaba a través de las llamas embistiendo contra el viento. Los coches iban abarrotados. Caras iracundas..., caras tristes..., blusas de obreros..., abrigos quitados..., obreras con las caras medio tapadas por chales negros.

Los coches eléctricos se detenían junto a la montaña; sus cuerpos temblaban.

Cada vez que pasaba un tranvía se alzaban gritos de «¡Bansai!».¹⁶

Otra vez otro coche... y otro y otro. Todos iban atestados y vomitaban gente en la estación terminal, junto al monte de Askaijama.

Los niños formaban bocina con sus manos y gritaban: «Hola, ¿adónde vais?»; pero las masas pasaban silenciosas, como si estuviesen de mal humor, bajaban por la pendiente del monte y se agolpaban en el arrabal de Oji. Hombres, mujeres y niños avanzaban como si no tuvieran nada que ver unos con otros, aparentemente sin prisa, e inundaban las calles de la ciudad, que ya estaba envuelta en el crepúsculo de la tarde. Nadie sabía dónde se dirigía aquella gente. Sólo los perros, con su agudo olfato, venteaban que aquellas masas tenían un olor igual.

—Pero ¿qué ha ocurrido?

¹⁶ Propiamente diez mil años; es decir, «¡viva!».

Los pequeños burgueses del arrabal tendían miradas interrogadoras sobre las masas de obreros desconocidos. El policía de la calle de entrada telefoneó urgentísimamente a la central de Policía.

Pero las masas no descubrían aún sus propósitos. Al crecer la oscuridad, parecía aumentar enormemente el número de obreros. Iban con los ojos bajos; otros, con la cabeza muy levantada; siempre de dos en dos o de tres en tres. Blusas de obreros..., chalecos de punto..., abrigos..., obreras cuyos negros chales ondulaban al viento.

En la calle principal, en las callejas retiradas, alrededor de la fábrica, a la sombra del muro, sobre los carriles de las camionetas, bajo las montañas, delante de las tiendas, en la gran plaza de la ciudad..., lo inundaban todo como un torrente de sombras, desde la montaña de Askaijama hasta las orillas del Ojikawa..., y cada vez más, cada vez más...

Los pequeños comerciantes de la ciudad salían a la calle y decían asombrados:

—Esta gente va de un modo distinto que cuando se trata de una manifestación.

Entonces precisamente se estaba celebrando la manifestación de protesta de los obreros despedidos de la fábrica de papel Oji en un ángulo al Este del arrabal. Pero aquellas masas venían de la estación terminal del tranvía arrabalero.

La confusión aumentaba cada vez más. Los habitantes de la ciudad se ponían inquietos.

—Yo no lo comprendo.

—Mira qué aspecto tan sombrío y furioso tienen todos —dijo el dueño de un despacho de bebidas a su vecino, un pastelero.

—¿No se dirigirá su odio contra la fábrica de papel de aquí?

Sobre el horizonte descendían las tinieblas. Cada vez eran más numerosas las lámparas encendidas en las casas. Delante de la montaña se erguía la fábrica de papel Oji. De ella arrancaban ocho calles, como en un tablero de ajedrez. En aquellas calles había cines, escuelas, cafés, cabarets y muchas tiendas de comestibles, que desempeñaban un papel exactamente igual que en la «calle sin sol». Constituían el comedor miserable y barato de la fila de barracas, que se tendía alrededor de aquel arrabal. Ante la puerta de la fábrica estaba la única plaza del arrabal con sus cafés, bares, librerías y tiendas de ropa. Era el centro cultural de aquella ciudad.

Los árboles de las montañas iban desapareciendo en la oscuridad. Todavía seguían bajando nuevas masas, que salían de la sombra de los árboles, de los barrancos, de las praderas. Pronto quedó también sepultado el monte bajo las negras masas.

De pronto llegó de una de las calles el tableteo de una motocicleta. Los vecinos se agrupaban excitados, susurrando a las puertas de los comercios. ¡Se acabó la manifestación! ¡Ahora viene el teniente de Policía! El vigoroso tableteo se acercó más. El teniente de Policía, con brillante uniforme, con el sable entre las piernas, iba sentado en el sidecar con el pecho adelantado.

—Ahora viene la gente de la manifestación.

Cuatro o cinco banderas sindicalistas, con bruñidas y brillantes moharras, se acercaban entre la apretada multitud.

Las masas gritaban furiosamente... No cantaban, pero no se entendían las palabras porque eran demasiados, y con sus voces chillonas desentonaban como si silbasen en la fábrica mil correas veloces de transmisión.

En aquel momento se apagó de un golpe la luz eléctrica en todo aquel sector de la ciudad.

—¡Una avería!

Sólo las estrellas brillaban en el frío y oscuro cielo.

Por las sombrías calles gritaban desconcertados y excitados los vecinos ¿Qué significaría aquello? Pero las banderas marchaban adelante sin vacilar. Cerca de la puerta de la fábrica las masas aceleraban el paso y pronto empezaron a correr. Cada vez eran más densas y más numerosas. Por las esquinas de las calles, bajo los aleros de las casas, surgían negras sombras que se agolpaban en la oscuridad hacia la plaza y se apelotonaban delante de la fábrica. Sobre las primeras filas flotaban oscuras banderas rojas. Toda la plaza quedó inundada y lo invadieron todo con estrépito.

En el monte, por detrás de la fábrica, centelleaban en el seno de las negras sombras muchos ojos que acechaban hacia abajo. Allí al pie estaba la fábrica, armada como un acorazado, y estiraba su vientre de cemento y de hierro en el fondo de las tinieblas. Hasta allí, desde donde casi podía cogerse la fábrica con las manos, se alargaban como demonios las grandes chimeneas, que todavía resultaban más hurañas, porque no despedían humo. El muro, alto y grueso, como de un presidio, empezaba al pie del monte y se extendía por la calle hasta la orilla del Ojikawa, donde las ondas brillaban en las tinieblas. El muro se levantaba y se hundía hasta el río como la «muralla china».

—¿Dónde está la puerta de atrás?

Por debajo del monte resaltaba el perfil de sierra de los tejados de la fábrica, cuyas puertas de hierro estaban sólidamente cerradas. Descollaba en el centro el agudo tejado cónico de la gran instalación de filtros. Desde allí irradiaban en forma de estrella los distintos pabellones.

Las sombras negras contemplaban en silencio aquella bestia enorme y contenían la respiración.

Cinco minutos..., diez minutos... De pronto saltó una sombra hacia el muro, junto a la puerta principal, agitando una bandera. El oscuro paño ondeó en las tinieblas como un enorme murciélago.

Se oyó un grito... Un ruido formidable, como de una montaña que se despeñase, envolvió tumultuosamente la fábrica, rebotó contra la montaña, refluyó de nuevo sobre el río Ojikawa e invadió todo el arrabal. Bajo el cielo de la noche se oía un gran estrépito. Descuajando árboles, pisoteando la hierba, rodaban monte abajo las masas humanas como un alud... Cientos..., miles..., decenas de miles se agolparon contra el muro, escalaron las rejjas, las puertas, treparon como hormigas por la pared. El muro estaba bañado en toda su longitud por las sombras negras. Los ojos centelleaban. Como poseídos por el diablo se abalanzaban los de abajo sobre el muro que descendía por el monte. El estruendo se convirtió en tempestad, que rompió el silencio de la noche, brilló en torno de la fábrica con la rapidez de la chispa eléctrica y siguió aullando con intermitencias como un tifón. Las tinieblas se estremecieron y desgarraron. En lo alto del muro de cemento tremolaban las banderas.

Era un volcán que, de pronto, lanzaba por el aire masas de agua hirviente.

II

la lucha en la fábrica

Las sombras negras saltaron al fondo desde lo alto del muro. El gigantesco barco de guerra, pesadamente armado, se hundía bajo aquellas sombras. También en el interior de la fábrica estaba todo en la oscuridad. Se notaba un olor a hierro oxidado y a productos químicos como de cadáveres en putrefacción.

Los asaltantes se adelantaron en grupos de tres y cinco hombres. Las banderas eran su brújula y les indicaban el camino. Izadas en alto, avanzaron vacilantes hasta la plaza de armas de la fábrica, como boyas sobre olas borrascosas.

—¡Atención!

—¡No discutáis unos con otros!

Las sombras negras se arrastraban sobre el suelo o corrían muy pegadas al muro de cemento. En el centro, las mujeres y los niños. Iban prevenidos, aguardando que el enemigo surgiese a cada instante...

La plaza estaba en tinieblas. El enemigo no se dejaba ver; se escondía en la oscuridad y no se delataba con ningún ruido. En la plaza de armas se alzó griterío. Tremolaron frenéticamente las banderas y desgarraron las tinieblas.

Las sombras negras se agruparon en una corriente tumultuosa que hervía y despedía burbujas.

Luego, se abalanzaron en grupos, voceando, por las oficinas de la fábrica. En una ventana del tercer piso vacilaba indecisa la luz de una vela solitaria, y por alguna parte sonó un teléfono, como si estuviera descompuesto.

—¡Que salga el director! —gritó un obrero, que iba delante, frente a la puerta encristalada.

Unas quince caras de empleados se agazapaban en montón, con palidez cadavérica, detrás de una mesa de escribir, y se tambaleaban perplejas sobre sus cuellos.

—¿Quién nos ha despedido?

Por la escalera se oían amenazadores los pasos de las masas que gritaban:

—¡Abran la puerta!

La puerta de cristales saltó en pedazos, y sobre los restos se abalanzaron las caras lívidas y furiosas en medio del salón.

—No hagáis tonterías, que el señor director no está aquí.

Así dijo, temblando de miedo, uno de los empleados que se adelantó hasta la caja de caudales. Pero al punto le gritaron los obreros:

—¿Quién nos ha despedido?

El barbudo empleado que acababa de dirigirles la palabra contestó:

—El jefe de la sección de personal; pero no está aquí... No..., no está aquí.

Rodaron de la mesa unas cuantas velas, y la cera salpicó la alfombra. Uno de los empleados acercó medrosamente su mano al pestillo de la puerta que había a su derecha. El de la barba trataba de aplacar a los asaltantes y engañarlos con evasivas.

—No mientas. El jefe del personal eres tú mismo.

Un hombre destocado le señalaba con el dedo desde la banda de la turba. La cara del barbudo se descompuso llena de pánico. El hombre que le apuntaba era un obrero despedido por él.

Fue volcada la mesa. Cayeron rodando todas las luces. La mampara se hizo añicos. Todo eran voces y patadas.

En aquel momento, se abrió la puerta de atrás y brillaron en la oscuridad bruñidos sables. Cinco hombres corpulentos, fascistas de la fábrica, penetraron con ímpetu. Por las iracundas caras pasó una vibración. Todos retrocedieron. Paso a paso, fueron cediendo ante los bruñidos sables y se metieron a empujones en el corredor por la puerta destrozada.

La oscuridad sorbía las voces. Los nervios estaban tensos de estupefacción. Una vela caída prendió fuego a la alfombra, y el resplandor de la llama iluminó el perfil triunfalmente gesticulante del fascista que iba a la cabeza.

—¡Perros!

Desde las turbas del corredor salió lanzada una moharra bruñida de bandera. Un individuo del otro bando lanzó un grito, resolló, se tambaleó y cayó desmayadamente al suelo. De nuevo brillaron las moharras de las banderas enrolladas, que penetraron por la puerta hasta el centro del salón. Las espadas centelleantes y las coruscantes moharras de las banderas chocaron entre sí, como atraídas magnéticamente. Por fin las espadas quedaron acorraladas contra la pared.

Aprovechando la ocasión, lanzó ahora un hombre a los ojos de los fascistas un puñado de pólvora. Era Tomi-chan, el mensajero del primer piso del grotesco restaurante «Canario».

Los empleados y espadachines empezaron a toser y a frotarse los ojos lagrimeantes. Aparecían pegados a la pared sin ofrecer resistencia.

En aquel instante, oyó Tomi-chan un ruido. Volvió la cabeza y se estremeció. En los corredores eran repelidas las masas de los obreros. Sus nervios sobreexcitados percibían el sonsonete de infinitos sables.

¡No había medio de escapar!

Tenían que concentrar todas sus fuerzas.

—¡No huir!

Se confundieron en una masa sólida y se empujaron por los corredores, hasta que en las escaleras tropezaron con un adversario más fuerte.

—¡No huir!

—¡No desbandarse! ¡Todos pegados!

Los grupos de uniformes, que habían escalado ya hasta el octavo peldaño, querían avanzar hasta arriba de una alentada. Con la mano en el puño del sable, seguían empujando.

—¿Es qué vais a pegar?

Y al mismo tiempo cayó un puñado de pólvora sobre las caras de los policías.

—¡Empujar! ¡Un peldaño más! ¡No huir! ¡Empujar!

Defendían con todo su cuerpo cada peldaño y no querían retroceder. Todas las entradas estaban sólidamente bloqueadas con puertas de hierro. Pero como casi todos los obreros que ahora asaltaban la fábrica habían trabajado allí, conocían todos los secretos del edificio, donde habían arrastrado su vida. Por las ventanas, por los respiraderos y las buhardillas, se introducían como el viento y se colaban hasta los locales de las calderas, hasta la instalación de filtros, hasta las naves donde se hallaban las prensas de papel, hasta las cámaras de secado.

La fábrica tenía un aspecto extraño y ceñudo, como de mujer divorciada por desavenencia, y parecía como si apartase de ellos la vista. Junto a las calderas dormidas pasaban los anchos y aplastados tubos de hierro de la instalación de filtros hasta por encima del piso segundo.

—¡Ven por aquí! —dijo en voz baja un hombre desde la oscuridad, agarrando la mano de su camarada.

Aquella voz apagada resonó en el espacio vacío, y los robustos hombres siguieron avanzando con precaución. El más bajo de ambos era, por lo visto, el que dirigía.

—Vamos a subir por aquí —dijo el pequeño.

Su pie se afianzaba ya en la escalera de hierro. Subían palpando, y el hierro crujía bajo sus pies. Llegaron al primer piso. Allí había grandes cilindros de hierro, en torno de los cuales sé envolvían como venas los serpentines. El olor a productos químicos, a pasta de papel y a trapos les picaba en las narices.

—Hasta el segundo piso no es; tenemos que subir todavía un trecho.

Escalaron furtivamente los últimos peldaños.

—¡Eh, aguarda!

El pequeño se detuvo. Su cabeza había pegado contra la tapa de hierro del techo.

—¿Qué pasa? —preguntó la sombra siguiente, que estaba muy pegada a él por debajo.

—¡Arriba hay centinelas!

Se quedaron callados con angustia. En la oscuridad acechaba el enemigo la ocasión de caer sobre ellos.

—¡Empuja de una vez, no tengas miedo! —dijo el hombre alto y robusto pegando al pequeño en las suelas.

—No cede; está fija la tapa.

La abertura estaba cerrada con una tapa de charnela. El pequeño escuchó que alguien se acercaba sobre ellos en el segundo piso.

—Baja aprisa, que viene alguien.

Los pasos se habían detenido ya sobre su cabeza. Era peligroso ahora moverse en el centro de la escalera, aunque fuese con precaución. El pequeño se colgó del reverso de la escalera.

Al mismo tiempo, alumbró desde arriba por la trampa la blanca luz de una linterna de bolsillo, cada vez más intensamente, a medida que se iba introduciendo.

—¿Quién está ahí? —preguntó miedosamente por el agujero una cara claramente iluminada.

La luz cavó sobre la gorra del obrero robusto.

—Baja de ahí o te doy un empujón.

El centinela traía una barra de hierro en la mano, y acercó la linterna de bolsillo a la cara del de la gorra.

En el mismo instante, se adelantó el brazo del pequeño, agarró la mano que sostenía la linterna y tiró de ella hacia abajo con toda la fuerza.

La linterna cayó sobre el pavimento de hierro del primer piso. Quedó todo a oscuras. El centinela, al perder tan repentinamente el suelo bajo los pies, chocó pesadamente contra el hombre de la gorra. Ambos formaron un ovillo, rodaron por la escalera y siguieron peleándose abajo. El pequeño saltó hacia arriba y subió al segundo piso, donde le constaba que no había nadie más. Rápidamente, agarró una barra de hierro y se lanzó a su objeto. Aunque estaba oscuro, sabía perfectamente, y con más exactitud que el número de vestidos de fiesta de su mujer, adónde se dirigía. Las piezas más importantes de la instalación de filtros, cuyo sumidero se abría en el tercer piso, se encontraban delante de uno de los cilindros: manómetros, contadores

de velocidad y magnetos eléctricos. Todo aquello se podía destruir fácilmente de un golpe.

Con toda su fuerza, descargó la barra de hierro sobre las piezas de maquinaria. Los pequeños aparatos de medida, cuyas esferas brillaban en la oscuridad, saltaron con estrépito...

Oyó pasos a su espalda que corrían sobre el piso de hierro. ¿Era un amigo o un enemigo?

Pero, sin volver la cabeza, golpeó por segunda, por tercera vez. El retumbar de los metales que se hacían trizas y el rechinar de los vidrios que saltaban en pedazos repercutía en las paredes del gran local de doscientos metros cuadrados.

—¿Has acabado con todo, has acabado completamente? —le preguntó uno de los camaradas, cuyo nombre ni siquiera conocía.

El pequeño saltó desde la galería de lubricantes sin soltar la barra. Ahora fue cuando ambos advirtieron que afuera se había vuelto a encender la luz. Debajo de la ventana, donde ellos se encontraban, estaba el patio de la fábrica. En las oficinas y en los edificios de alrededor de la plaza lucían otra vez las bombillas eléctricas iluminando la lucha. Empujadas por los pelotones de uniformes, retrocedían las masas de obreros por la plaza, pegadas a la pared. No se veían ya banderas. Pero a la misma altura de ellos, detrás de las ventanas de las oficinas, estaban luchando las masas, hombro contra hombro; se veían uniformes y banderas.

—¿Qué? ¿La retirada ya?

Kuroiva, que tan valientemente se había portado en la liberación de los aprendices, apartó su rostro de la ventana. Era un joven de dieciocho o diecinueve años. No

llevaba sombrero, sino tan sólo un pantalón y un chaleco sucios.

Bajaron al primer piso por la trampa abierta. Pero apenas había puesto el primero el pie sobre la escalera, cuando ambos vieron enzarzados en dura lucha con un montón de policías a los que se habían caído antes.

—Cuidadito, esto es peligroso.

El joven saltó elásticamente hacia atrás, atravesó el piso y abrió un ventanal, desde donde un doble cable bajaba hasta la entrada del almacén de enfrente. De ambos cables colgaban volquetes de hierro, que no se habían tocado desde el principio del *lock-out*.

—Aquí no hay peligro; monta en el volquete.

El joven montó, tiró de un cable y resbaló hacia abajo. Kuroiva le siguió.

Al descender, vio cómo los policías arrollaban triunfalmente a los obreros.

III

en el garlito

Los comercios de la ciudad tenían cerradas sus puertas. Al llegar la media noche, se levantó el viento, que propagó el rumor por la ciudad y llamó a todas las puertas, desde la calle principal hasta la más retirada y escondida. Por la sombría carretera del monte Askajama se precipitaban camiones cargados de agentes. A cada instante llegaban nuevos refuerzos. En el patio de la fábrica habían dominado completamente a las masas. Los pies hollaban banderas rasgadas, sables rotos, gorras. Cuando las masas vieron que los policías desenvainaban los sables empezaron a gritar con indignación. Tomi-chan arrebató la bandera a un camarada detenido y echó a correr escalera arriba hacia la terraza del tercer piso. Aquella terraza estaba dispuesta como sitio de recreo y rodeada por una verja de hierro. A pesar de que en cada ángulo pendía una lámpara eléctrica, encontró un sitio donde pudo esconderse de los ojos de los guardias, que le iban siguiendo. Rasgó un pañuelo y se arrolló los retazos alrededor del brazo herido. Entretanto, reflexionó rápidamente cómo podría escapar de allí. El viento soplaba con brío sobre sus cabellos. De vez en cuando, aumentaba el griterío, trepaba por el muro de cemento armado y se propagaba transportado por el viento.

Quitó la tela al asta de la bandera, se la arrolló al cuerpo por debajo de la chaqueta y buscó una salida.

—¡Alto! ¡No te escaparás, perro!

Muy cerca de él, oyó el sonsonete de un sable. Al volver la cabeza sorprendido, una sombra se abalanzó por la puerta. Era un camarada perseguido. Quiso correr en su ayuda rápidamente, pero ya era tarde. Dos hombres se precipitaron sobre el camarada derribado.

—¡Ahí hay otro!

Una figura oscura se acercó a él. Tomi-chan huyó por el espacio estrecho a lo largo de la verja, y se dispuso a luchar con el policía.

Cuando éste se abalanzó a él, le dio con todas sus fuerzas con el asta de la bandera..., y el agente uniformado se derrumbó gimiendo.

Tomi-chan retrocedió paso a paso buscando una salida. Sabía que en la pared exterior de aquellos edificios había una escalera para caso de incendio.

Empezó a sonar el trémulo silbato del policía, con intermitencias, como un niño que se retorciere con ataques, sollozando. Tomi-chan tropezó instintivamente con el pie en el arranque de la escalera de incendios. Empezó a deslizarse hacia abajo. Las suelas le resbalaban. Allá abajo veía centenares de sombras humanas que corrían confusamente.

—¡Está en la escalera! —gritó el policía a un compañero suyo, que había acudido a la señal del silbato.

Empezaron a perseguir con los ojos a Tomi-chan por la pared exterior. La escalera de incendio se tendió por la pared longitudinalmente y Tomi-chan dio dos vueltas a todo el edificio con la rapidez de un lagarto. En el segundo piso no se veía ya a ninguno de los camaradas. Al descolgarse

vio, y sus pies quedaron paralizados de espanto, que los policías, que se habían adelantado a él, le esperaban abajo.

Hacia rato que había tirado el asta de la bandera, porque le estorbaba en aquella escalera estrecha. Pretender volver a subir hacia arriba, era insensato. Por todas partes estaba cercado; por todas partes arremetían contra él.

—Bueno, ahora todo es igual.

Miró hacia tierra. Había unos nueve metros. Subió dos peldaños más arriba y dio un salto hacia el patio oscuro.

* * *

Takaë corrió sin mirar atrás a lo largo del muelle de Oji. Ya otros camaradas habían huido por allí, pero pronto se habían separado. También se había quedado atrás Oja, que había corrido un trecho a su lado. Allá, de lo hondo, desde la superficie de las aguas que brillaban por debajo de ella, subía un vapor sofocante. En su talón desnudo sentía un fuerte escozor. Cuanto más se alejaba de la zona de peligro, tanto más arreciaban los dolores. Le empezaron a torturar tan furiosamente todos sus nervios que ya no tenía fuerzas para moverse y se iba arrastrando por la sombra del muelle.

Se había clavado en el talón cascos de cristal. Al sacarse las esquiras, un nuevo dolor estremeció todo su cuerpo.

—¡Hola! —gritó una sombra que venía corriendo por el muelle algo detrás de ella. El susto la hizo olvidar, por un momento, su dolor. Se agazapó en la maleza y se quedó mirando a la oscuridad. Cuando la sombra pasó a su lado, gritó con alegría:

—He-chan, ¿eres tú?

El interpelado se detuvo y se acercó a ella.

—¡Taka-chan!

Aquella sombra era Heso Hisachita, el aprendiz.

—Yo pensaba que estabas también detenido.

El joven bajó del muelle y agarró su mano. Jadeaba de tanto correr.

—Pues hace poco que os detuvieron a ti, a la camarada Oja y a Kijose.

Por el cielo pasaban las estrellas como centelleos de una película gastada. El viento traía hasta ellos desde medio kilómetro el estruendo de la fábrica distante.

Takaë se vendó el talón con su pañuelo y se apoyó en el hombro de Hisachita.

—¿Y qué hago yo con esto? —dijo presentando al joven una cosa negra muy magullada, que tenía en la mano.

—¿Qué tienes tú ahí?

En la oscuridad distinguió una escarapela. Era una gorra de policía.

Por debajo de ellos, espumeaba el río contra la orilla en olas blancas.

—Bueno, tú por lo menos vas a morir ahogado.

Y el andrajo volteó en el aire, como un murciélago, chapoteando contra el agua.

* * *

—¡No dejéis que os arrebaten la bandera!

Dos figuras protegían la bandera mientras corrían a toda marcha. Eran Morohachi, jefe de grupo, y Kamëi, que se habían apartado del camino. En medio de su carrera observaron de pronto que se dirigían precisamente adonde había más enemigos.

—¡Cuidado! —susurró Kamëi.

A su derecha se deslizaba un río impetuoso, de unos cuatro metros de anchura.

—Este debe de ser un afluente del Ojikawa.

Morohachi se dirigió corriendo hacia el agua agitada. Echaron a correr sobre el puente. El resplandor de la ciudad parecía indicarles el verdadero camino.

—¡Eh!

Morohachi se detuvo de pronto y empujó a Kamëi con el asta de la bandera, tan bruscamente que por poco la hace caer.

—¿Qué ocurre?

Al levantar los ojos, vio Kamëi cuatro o cinco policías, que salían a su encuentro a unos veinte metros de distancia, y se daban a conocer perfectamente por el centelleo de los sables.

Ambos volvieron corriendo hacia el puente. Ya estaban a punto de esconderse en una calleja, cuando Kamëi lanzó de pronto un grito, asustado.

Un agente se abalanzó por la calleja, agarró a Kamëi y trató de retorcerle el brazo.

—¡Perros!

Sin los policías a la espalda hubieran escapado fácilmente, pero así era ya demasiado tarde. Tal vez pudiera escapar Kamëi; pero uno, por lo menos, estaba ya cogido.

—¡Eh, aquí! —gritaba el agente, que cobró nuevo ánimo cuando oyó los pasos de los policías sobre el puente.

Kamëi cogió la bandera y abandonó al camarada. El cansancio y el dolor del golpe que acababa de recibir pesaban como una montaña sobre su espalda.

Al sentir en su hombro la mano de un policía, se arrojó al agua impetuosa con la bandera bajo el brazo...

Como papeles dispersados por el viento, salían volando las turbas por las callejas, huían por la calle principal y se desparramaban por todos los rincones del suburbio de Oji. En la plaza de delante de la fábrica corrían de un lado para

otro los autos de la Policía. El teniente estimulaba a sus hombres con voz ronca.

En un café, instalado en el primer piso de una casa de la plaza, que, naturalmente, estaba cerrado como todos los demás establecimientos, dos camareras temblorosas abrieron un poco la puerta para atisbar los horribles sucesos que ocurrían abajo. Entretanto, no advirtieron que por otra puerta se introducía calladamente un parroquiano, se sentaba sin prisa en una mesa detrás de ellas, se quitaba el sombrero y se bajaba el cuello del abrigo.

—¡Eh, muchachas, quisiera comer algo!

Las jóvenes camareras lanzaron un chillido de susto.

—Me dais lo que tengáis a mano.

El huésped parecía completamente sereno; se había quedado con el sombrero puesto; sacó del bolsillo un cigarrillo y lo metió en la boca con la mano izquierda.

—Bueno, atiende un poco; dame lumbre.

La camarera se asustó, pero tranquilizada con su amable sonrisa, le alargó una cerilla encendida.

Aquel huésped parecía estar enterado de la índole de los negocios que las muchachas hacían en aquella casa. Sonrió a la mayor y le guiñó el ojo. La camarera frunció la frente, de brillo grasiento, y miró al parroquiano con incertidumbre.

—¡Pero eso es una intranquilidad hoy!

Antes de que pudiera terminar la frase, le cogió a él la mano y la apartó a un lado.

—Entonces, tráeme vino.

La desdeñada camarera se marchó de mal humor a buscar lo que le pedían.

El huésped empezó a charlar superficialmente y a beber el vino, que no le supo muy bien. Entretanto, observaba

muy atentamente por una rendija de las cortinas los sucesos que se desarrollaban abajo, en la plaza.

Aprovechando un momento en que la camarera pasó al tocador, sacó el huésped del bolsillo los guantes y se los calzó en las manos. En su dedo pulgar y en la muñeca había sangre coagulada. El huésped era Nakai.

—Dime, ¿tenéis teléfono? —preguntó como incidentalmente, cuando la camarera volvió.

La mujer le indicó el sitio del teléfono, en el ángulo de la sala. Se dirigió al aparato, y habló con Watamasa, que estaba aguardando su llamada en el primer piso del restaurante «Canario». Después de haber estado hablando cinco minutos, colgó el auricular, y dijo a la camarera, como si estuviese completamente borracho:

—Ya he despachado; vámonos a dormir.

La mujer se quedó atónita de la crudeza del huésped, y replicó:

—¡Esto no es una fonda!

Nakai no soportaba mucho vino; se le subía enseguida a la cabeza; pero tampoco estaba borracho. Watamasa, no bien habían cambiado unas palabras por teléfono, le había advertido que tuviese cautela. Ahora no necesitaba ya mujeres ni café; además, había comido.

—Pues entonces, no.

Tiró a la mujer su portamonedas y echó escaleras abajo. Tranquilamente, como después de una tormenta, se dirigió Nakai al tranvía con un palillo entre los dientes y tambaleándose un poco.

HERIDAS

I

escisión

A la mañana siguiente, con la nieve sucia, las calles, el muelle, la plaza, la vertiente del monte, la entrada de la Comisaría, se asemejaban a las caras de las rameras, cuando despiertan por la tarde.

Cuando quedaron desalojadas las últimas hormigas que pululaban por el arrabal de Oji, era ya la una. Poco después empezó a nevar. Durante todo el tiempo, hasta que, por fin, el mustio sol invernizo tiñó de amarillo la nieve hollada, se observó en la entrada de la Comisaría de Oji un inquieto ir y venir de uniformes y agentes secretos.

Banderas sindicalistas rotas, moharras manchadas por uña costra negra y pegajosa, multitud de sombreros y gorras, paraguas destrozados, garrotes, pañuelos manchados de sangre, bufandas, blusas..., todo esto aparecía como material de convicción sobre la mesa de la Policía política, en el primer piso, a bastante distancia del barullo de los pasillos de abajo. El jefe de la Policía política, el encargado de las cuestiones obreras y el jefe de la sección criminal, deliberaban con el jefe del distrito, que llevaba una venda alrededor de la cabeza.

—¡Hum, aquí hay de todo! —refunfuñaba el jefe—. ¿Pero han detenido ustedes a los cabecillas?

El jefe político se acordaba del incendio de las garitas de la Policía.¹⁷

—Ahora estamos precisamente con el interrogatorio...; pero hay ya varios cientos de detenidos.

El jefe del distrito plegaba por debajo de la venda los ojos ribeteados de sangre. Lo que a él le importaba, sobre todo, era echar el guante al individuo que le había tirado la piedra

—Bueno, todo esto no tiene objeto; porque los cabecillas se han puesto a salvo.

El jefe político estaba firmemente convencido de ello y lanzaba a través de la barba el humo de su cigarrillo.

Para poner de manifiesto lo más posible su importancia y su insustituible papel, tenía que trazar un plan extraordinario de combate. Ante todo tenía que aprovechar aquella ocasión para demostrar al nuevo Gobierno sus cualidades especiales de buen batallador. Después de haber examinado algunos de los elementos de convicción, encontró una cosa que le cortó el aliento. Lanzando violentamente el humo del cigarrillo, dijo:

—¡Oh! ¡Hum!

Todos se le quedaron mirando. El punto negro era una brillante pistola de ocho pulgadas de larga.

—Tienen ustedes que examinar más minuciosamente el sitio donde tuvo lugar la zalagarda —dijo el jefe al encargado de la guardia.

¹⁷ En 1907, con motivo de una elevación arbitraria de las tarifas de tranvías, hubo en Tokio revueltas callejeras, en las que fueron quemadas todas las garitas de la Policía.

Y echando una mirada a su reloj de pulsera, salió del aposento.

Por la puerta trasera de la Comisaria salieron dos sanitarios con una camilla, abrieron a empujones el muro de los curiosos allí presentes y se dirigieron al hospital. La gente de la calle tenía que apartar la vista; tan horroroso era lo que se veía en la camilla.

* * *

El auto del jefe político se detenía media hora más tarde delante del domicilio de la Sociedad para el acercamiento de clases, en Onarimon, distrito de Schibo. La calle estaba completamente interceptada delante de la casa y ocupada por policías de uniforme. Cuando el jefe se apeó del coche, los policías le saludaron militarmente. En realidad, no se celebraba allí ningún Congreso de Policía; sino una asamblea extraordinaria del *Rōdōnōmintō* (partido obrero y campesino), como indicaban los seis largos lienzos colocados sobre la puerta.

El jefe se dirigió a la sala destinada a los interventores policíacos de la asamblea. Sus ojos buscaron a los detectives, y los reconoció uno por uno. Las redes estaban tendidas.

En la sala estaba el aire tan cargado que producía mareos.

No sólo en los puestos de los delegados, abajo en el salón, sino también arriba en la gradería, entre los espectadores, había ojos inflamados, como los de las masas de la noche anterior..., hasta muy arriba, junto al techo.

A pesar de todo, la sala estaba en silencio. El repiqueteo de un lápiz, que cayó al suelo en el sitio del secretario, repercutió hasta en el ángulo más apartado de la galería.

Con el aliento contenido, miraban miles de personas hacia el sitio del presidente de la asamblea, que, por lo pronto, estaba aún desocupado.

Delegados de todo el Japón, de los Sindicatos campesinos, de la Unión de empleados, de las Asociaciones «Suiheisha»¹⁸; en total, varios miles de delegados, representaban los múltiples deseos de sus organizaciones y se esforzaban por dar realce a estas aspiraciones en aquella asamblea extraordinaria del partido. También se veían entre los delegados del *Hyōgikai* los rostros de Takagi Nakai y Yamamoto, los cuales se daban cuenta de la enorme importancia de su misión en aquella asamblea.

—La Policía se dispone ya a disolver esto —se susurraba en los ángulos de la gradería.

Parecían partidarios del ala izquierda.

«Modificación legal del párrafo 3 del Reglamento del partido» era la proposición de la derecha, por la que se había convocado esta asamblea extraordinaria. Los elementos de la derecha querían provocar con esta «propuesta» la escisión «por vía legal».

Este párrafo —el 3º del Reglamento—, jurado medio año antes en el Congreso fundacional, era para las derechas «leña encendida sobre el lomo de la vulpeja en el monte Katji-Katji»¹⁹; es decir, las derechas no querían sostener sobre su traidora espalda la carga abrasadora de la

¹⁸ Las «Suiheisha» son las asociaciones de los parias japoneses (Eta), entre los que se cuentan las profesiones «impuras» (matarifes, etc.). Estos conceptos de casta se han conservado desde los tiempos más antiguos.

¹⁹ Alusión a la fábula japonesa de la liebre, que por odio a la vulpeja le da una carga de leña para que la lleve y la enciende sobre su lomo. Katji-Katji significa el ruido de la explosión de la llama.

persecución y la opresión por la Policía. Pero desde el punto de vista de las izquierdas, esto no significaba más que una cobarde retirada, un falseamiento de los emblemas, una repulsa de las exigencias efectivas de la totalidad de las masas proletarias. Aunque esta discrepancia había de conducir inevitablemente a la escisión, no podían permitir semejante modificación arbitraria, que se apartaba del núcleo de la idea del partido y eludía la ofensiva momentánea del capital.

—Mirad las masas, que han sido lanzadas de las explotaciones y de sus pueblos. A pesar de sus heridas, defienden su causa y permanecerán fieles a ella hasta la muerte. ¿Es posible contemplar inactivamente cómo esas masas se arruinan ante nuestros ojos?

Esto era lo que se leía en las miradas de las izquierdas.

Pero las derechas pensaban: la posición del proletariado japonés, por la que se combatió en los tiempos de la coyuntura favorable, antes y después de la guerra mundial, es imposible que se mantenga en las actuales circunstancias económicas. Las derechas creían en la política parlamentaria y en la repetición periódica de las coyunturas financieras. «Un paso atrás y dos pasos adelante», era su teoría.

Pero:

«Un paso atrás significa siempre dos pasos atrás; significa incluso la derrota y el aniquilamiento.»

Las derechas proclamarían a voces su respuesta...; pero Nakai y sus camaradas dirían la última palabra:

—En esta huelga de la Daido lo hemos experimentado prácticamente. Las masas no consentirán que se repita otra vez este juego.

Todas éstas eran discrepancias teóricas fundamentales entre los dos bandos, que no acabarán de entenderse

nunca, como no se entienden el agua y el fuego. A esto se añadía el irreparable error de las derechas, que se habían dejado arrastrar a determinadas medidas por la política de Gabinete del general «Siberia».

Resultaba, pues, que la ofensiva del capital había hecho explotar en medio del campo del proletariado la potente bomba de la represión por medio de las manos de las derechas.

La conferencia preliminar, que se estaba celebrando hacía tres horas en el salón de sesiones, alrededor de la mesa de la presidencia de la asamblea, conferencia que no llegaba a ningún acuerdo por las violentas discusiones, despertó extraordinariamente la atención de los agentes de Policía en el improvisado cuarto de guardia. Los peces de brillantes escamas²⁰ nadaban en el torrente, se reunían en ciertos puntos y husmeaban por todas partes.

Por fin, se dio por terminada la conferencia preliminar. A pesar de que las derechas cedieron al fin, sólo se habían acentuado las diferencias.

El pretencioso teniente de Policía susurró al oído del jefe.

—Creo que las derechas no dejarán que se discuta ninguna otra propuesta, si se rechaza o aplaza su propia moción.

El jefe político asintió, sonriendo. Los dos representantes de la autoridad oficial se fijaron, en los puestos de las izquierdas, donde vieron la cara equina de Nakai y la redonda espalda de Takagi.

²⁰ Es decir, los policías de uniforme.

—Allí estaban sentados esos perros, como si no hubiera ocurrido nada.

No pudo menos de pensar en el «alzamiento» del día anterior. Y con la rutina de su cargo, terminó así su razonamiento:

—Bueno, unas horas más y sobrevendrá la división.

Dio instrucciones a sus subalternos y abandonó la guardia. La atmósfera de la sala había reanimado su humor, y regresó en coche a la presidencia de la Policía.

... Pero si hubiera permanecido en la sala tan sólo media hora más, su rostro hubiera tomado un aspecto más displicente aún que por la mañana, cuando abandonó la Comisaría de Oji.

A tenor de la moción extraordinaria de las izquierdas, la asamblea del partido adoptó, antes de entrar en el orden del día, el siguiente

ACUERDO

Es evidente, que las Huelgas, que se suceden rápidamente unas a otras en la última época, son únicamente la consecuencia de la descarada opresión del movimiento sindicalista por el capital. Esto no significa tan sólo el empeoramiento de las condiciones de trabajo, sino, indiscutiblemente, también la completa aniquilación de los Sindicatos. Lógico es que, en lo sucesivo, los empresarios traten de suprimir por completo la libertad de coalición de la clase trabajadora.

Nosotros, el Rōdōnōmintō, protestamos de las medidas políticas del Gobierno contra los huelguistas de la imprenta Daido y de la fábrica de papel Oji, que se defienden valerosamente contra la desmedida explotación y opresión de los empresarios. Exigimos que el Gobierno salga responsable. El desarrollo de los acontecimientos de ayer

noche es una advertencia. La culpa de tal desenlace de los sucesos recae exclusivamente sobre el Gobierno. Formulamos la más enérgica protesta contra él, que sólo es instrumento de los empresarios y capitalistas.

Rōdōnōmintō

Este acuerdo fue leído por el presidente de la asamblea y adoptado por unanimidad.

De nuevo estallaron los entusiastas aplausos de las izquierdas cuando fue saludado el representante de la Unión Sindicalista Pan-China de Shanghái. Un coreano desenrolló el mensaje de salutación, un papel cuadrado, rojo, y lo leyó con acento de Corea:

—¡Abajo el imperialismo!

—¡Abajo el militarismo!

—¡Alto!

La mano de un policía agarró de súbito al coreano por un hombro. Sobre las cabezas de los delegados, que saltaron de los asientos con indignación, revoloteó el mensaje cordial, el papel rojo, que fue a caer entre las masas.

* * *

También afuera arreciaba la tormenta.

Hagimura estaba tendido en su aposento. Tenía en la nuca una herida peligrosa. Día y noche estaba como traspuesto.

*Bandera roja, bandera del pueblo,
cubre los cadáveres de los combatientes...*

La suave canción de Takaë arrancó, de pronto, del sueño febril su conciencia. Por su frente corría un sudor craso... Pero sólo pudo reconocer durante un breve instante de lucidez a la joven, que le estaba cambiando las compresas de hielo. Se quedó escuchando el susurro de los árboles del exterior..., y luego, todo volvió a desvanecerse, los objetos perdieron toda consistencia.

En el aposento oscurecía ya ligeramente. Sin embargo, a los últimos débiles rayos del sol, que penetraban por la ventana opalina, la cara de Hagimura parecía una máscara mortuoria entre las blancas sábanas.

La cabeza de Takaë estaba tan vacía como los frascos de medicinas. En su casa tenía que cuidar de su padre, enfermo, y aquí, de Hagimura..., sin el auxilio de Okayo. Además, le seguía escociendo la herida de su talón.

—¿Se morirá?

Sus ojos, apagados, se abrieron mecánicamente, como si fuesen de un robot; pero no la reconoció.

Mientras la medicina pasaba por su garganta, en un ruidoso trago, la joven contaba, como un médico experto, las pulsaciones de su muñeca, apoyándose sobre la sucia manta del lecho.

—A lo mejor, mañana su cuerpo estará frío... Sólo ha permanecido un día en la clínica, y enseguida le echaron de allí. Cuando hayan pasado tres o cuatro años después de su muerte, diré a la camarada que se halle junto a mí en la fábrica: «A mi amigo le mataron...» Y ella me contestará: «Son unos bárbaros... ¡Pobre muchacho!» Y luego, entonaremos ambas la «Canción del presidio». Y a los cinco minutos volveré a estar alegre, como si nada hubiera pasado.

¡Morir...!

Por su vacía cabeza pasaban las imágenes como humo. En la garganta se le formaba un nudo que le ahogaba.

—¿Qué? ¿Tienes dolor ahora?...

Hagimura torció el gesto y movió la boca. Sin embargo, sus ojos volvieron a cerrarse, y otra vez se hundió en la inmovilidad. Sólo sus labios temblaban todavía suavemente.

Ella le colocó la mano sobre la frente, le cambió la compresa de hielo, y se quedó mirando a los robustos brazos de aquel hombre, que asomaban por la manta.

No, volverá a estar sano, se curará de fijo...

Cogió su mano y dijo, consolándose a sí misma:

—Así no se puede morir..., así no se puede morir...

Hagimura era para ella la fuente de toda la sabiduría. Él le había enseñado cómo hay que mirar el mundo; él le había indicado dónde están los granujas y cuáles son. Aquel estante de libros, que no se adaptaba mucho al aposento, era toda su escuela. Sobre la pequeña mesa de escribir, que al mismo tiempo servía para comer, estaba abierto un folleto de Lenin, *Problemas de organización*, donde él había estado leyendo hasta que cayó herido.

Takaë cogió el folleto y lo hojeó; pero estaba demasiado fatigada y volvió a dejarlo sobre la mesa. Luego, se acurrucó en el suelo, junto a los pies de la cama del enfermo, y se adormeció.

—¡Señorita Takaë, la leche! —dijo desde abajo la voz de la patrona.

Ella recogió la leche y la calentó.

La fiebre parecía remitir. Desapareció de su cara la congestión, y se hizo más tranquila la respiración jadeante.

Ella notaba cómo la vida volvía a circular por el cuerpo del enfermo y desbordarse por todas sus venas.

Estaba muy contenta.

Vertió leche caliente en una taza, se la acercó a la boca y le apoyó por la espalda.

—¡Hagimura!

Tuvo que llamarle unas cuantas veces, antes de que abriese los ojos y la mirase.

—Toma leche... ¿No quieres?...

Él bebió un poco, a tragos penosos y apresurados.

—Tienes que ponerte sano muy pronto...

El enfermo bebió sin ganas un cuarto de litro, aproximadamente, y luego respiró hondo.

—Pronto se habrá pasado todo.

La joven le limpió la boca, y cuando estaba estirando la manta, las manos todavía vigorosas del enfermo la agarraron por el brazo.

—¡Ah, oh!... —exclamó ella asombrada.

Los ojos del enfermo estaban cerrados. Sus labios se movían sin vigor. Sólo era la iniciación de un movimiento. Pero en el calor de su mano sintió ella lo que quería decirle.

—No tengas miedo, duerme tranquilamente: no me moveré de tu lado.

La joven había puesto su cara muy cerca de la del enfermo y no pudo expresar sino a medias lo que sentía. Al hacerlo, se puso encendida.

Llena de rubor, se quedó mirando a los ojos cerrados de Hagimura. Después..., le besó muy despacio en la frente.

II

esquiroles

Las noches tormentosas alternaban con los días helados y lluviosos. Se acercaba el fin del año.

Okayo volvió.

Pero volvió pálida, con los ojos turbios, de los que parecía haber huido toda vida. Su rostro abotagado y sus extremidades hinchadas la habían cambiado tanto, que su padre, arrastrándose fuera de la cama, empezó a llorar cuando la vio cruzar el umbral de la casa, sostenida por Takäë.

Colocaron dos esteras, una junto a otra, para que se acostase. Okayo no podía ya tenerse en pie. Sus labios estaban negros y tiritaban incesantemente como de frío. Había contraído en la cárcel una enfermedad: el «beri-beri».²¹

²¹ El «beri-beri», en japonés «kak-ke», es una enfermedad muy extendida en todo el Oriente, que se produce por una alimentación pobre en vitaminas. Por la completa ruina de todos los órganos del cuerpo sobreviene en casi todos los casos la muerte.

A pesar de todo, sus sentidos seguían despiertos. Mientras contaba cosas, que hacían llorar a Takaë, su pálido rostro resaltaba junto a la manta del lecho.

—Me moriré, y mi hijo tampoco quedará con vida.

Sonreía, triste y dolorosamente, bajo su peinado, que Takaë acababa de arreglar.

—¡Ay! A él le ha pasado lo mismo. También le han castigado mucho, y todavía más... Aunque yo me curase..., no volvería a verle nunca.

Barruntaba que no volvería a ver más a su amigo. La imagen de Miatji, a quien no había vuelto a ver desde que lo encontró en el pasillo de la cárcel, estaba grabada en ella a fuego.

La comida le repugnaba. La sopa de arroz, que su hermana le hizo tomar casi a la fuerza, la había vuelto a vomitar enseguida.

El canal de Senkawa estaba completamente cubierto de hielo.

Takaë no podía asistir ya al local de la huelga. Tenía que cuidar de sus dos enfermos. Por las camaradas de la sección femenina, que la visitaban de vez en cuando, sabía que el temple del grupo estaba completamente decaído y quebrantado.

Pasaba las horas con abatimiento, junto a la cabecera de Okayo. La llenaba de sombras y de pesadumbre la noticia de que la fábrica había suspendido el *lock-out*, había reunido con grandes gastos y esfuerzos unos trescientos esquiroleros, y había puesto en marcha con ellos otra vez la producción.

«Buscamos cajistas, impresores y marcadores»: tal era el sencillo texto de un gran anuncio que se había lanzado desde los periódicos a la muchedumbre de los desocupados.

Y fue un duro golpe contra los huelguistas, que sintieron, de pronto, como si el frío de fin de año se redoblaste.

La Compañía, después de la asamblea general de accionistas, había renovado todos los cargos de directores y empleados, y empezó a confeccionar de nuevo sus revistas. Artículos de salutación, publicados en todos los periódicos, con grandes titulares, pusieron a los clientes en conocimiento de la reanudación del trabajo. La destitución de 2.700 huelguistas dio a conocer al mismo tiempo la voluntad inflexible de Okawa. Fueron rechazadas en redondo las proposiciones de avenencia de los vecinos del distrito de Koishikawa, como también lo fue el intento de mediación del jefe de la Comisaría del distrito. Por la misma razón, había visitado a Okawa un sacerdote budista. El dignísimo sacerdote endilgó una plática al duro y rico patrono, le declaró que podía estar orgulloso de sus éxitos y de su riqueza, y quiso salvar a las masas. El sacerdote creía haber recibido del mismo cielo este encargo. Había ejemplos antiguos, que le robustecían su manera de obrar. Pero el hombre mundano no le había considerado digno de respuesta. Cuando el sacerdote llevaba unos diez minutos hablando y acabó por levantarse de su butaca, Okawa se limitó a decir:

—Le agradezco mucho el interés.

El abatimiento no nacía únicamente de todas estas razones. Las numerosas víctimas habían dejado grandes lagunas en los grupos de los combatientes, y en los puestos vacíos se introducían ahora los confidentes de la Compañía. Con el frío viento de fin de año ondulaban tristemente las banderas de la feria anual.

Hagimura se levantó temprano, metió los pies en las sandalias de paja y salió de casa por vez primera.

Únicamente porque el golpe recibido no le había dañado el hueso, pudo curar con relativa rapidez la dolorosa herida.

Quiso informarse del sitio donde se hallaba la oficina de la huelga, y luego, dar gracias a Takaë y visitar a Okayo.

Si tropezaba en alguna piedra, sentía dolor en la herida de la cabeza.

—¡Caramba! ¿Ya sales a la calle? ¿No te hará daño? — exclamó Takaë con asombro, cuando se presentó en la puerta.

—¡Bah! Ya estoy bien otra vez. La cosa no es para tanto. Saludó al viejo, dio las gracias a Takaë, y se quedó mirando a la pálida cara de Okayo, que estaba tendida sobre las esteras.

—He oído que te encontraste con Miatji.

—Sí —confirmó Okayo, y continuó diciendo—: es terrible... su cara...

Se le ahogó la terminación de la frase en la garganta.

Desde que había vuelto a casa, estaba tendida sobre sus almohadas, apáticamente.

—No te apures; antes de un año estará aquí, sano y salvo, otra vez; ¡no fue más que un intento de atentado!

Takaë quería consolar a la hermana. Pero Hagimura guardaba silencio.

—¿Ha vuelto la Compañía a abrir la fábrica?

Takaë afirmó con la cabeza, y preguntó después:

—¿También a ti te han comunicado la destitución?

Cogió del estante vacío dos tarjetas postales y se las enseñó. El padre, enfermo, suspiró profundamente.

—¡Ah!... Despedida de la fábrica por motivos de orden... No, yo no he recibido nada de esto.

Examinó el otro lado de la postal, y dijo:

—Esos perros se figuran que a mí no necesitan avisarme siquiera.

Se echó a reír con fuerza; pero al reírse sintió de nuevo en la cabeza un fuerte dolor.

—Ahora voy a dar una vuelta por la oficina de la huelga.

Constantemente le había preocupado la suerte de la dirección, que, después del asalto a la fábrica de papel Oji, era más reducida cada vez, pues casi todos los camaradas estaban continuamente arrestados.

—Mejor es que no vayas, porque si te encuentras en el camino con los bandidos, acabarán contigo esta vez.

Marchó a paso lento, arrastrando las sandalias de paja. En la puerta se volvió, y dijo riendo:

—Bueno, ya estoy medio muerto; quizá sea mejor que me acaben de matar.

Hasta la oficina de la dirección de la huelga, por debajo de la cuesta de Haksuan, había solamente unos cien metros. Toda aquella comarca se hallaba bajo la influencia de los huelguistas y por eso resultaba más segura para él.

«La Compañía ha vuelto a reclutar obreros por medio de anuncios en los periódicos...»

Se acordó, mientras andaba, de estas palabras de Takaë, al ver dirigirse a la oficina, en compañía de huelguistas, a unos obreros desconocidos, que parecían impresores.

—¡Hola, Hagimura! ¿Ya estás sano otra vez?...

Algunos camaradas, que andaban por allí se reunieron a su alrededor.

—Ya veo que no te has muerto —gritó Ando, asomando la cabeza por una ventana del primer piso.

Ando trabajaba como representante de Hagimura.

—¿Pero qué tontería estoy diciendo? Mala hierba nunca muere.

Ante el rudo y franco acento de Ando, tuvo que echarse a reír, como no se había reído desde hacía mucho tiempo.

—Pero es una lástima, porque si te hubieras muerto, te hubiéramos hecho unos honores como a Liebknecht —dijo Ando, mientras ordenaba los informes y los libros.

Los presentes se rieron efusivamente de aquel cariñoso desplante.

—¿Pero es que ya puedes realmente andar por ahí?

—Naturalmente.

Hagimura pasó lista y leyó los informes de la sección de defensa y de las células colectivas. Todas las hojas e informes indicaban un gran cambio. Durante aquellos últimos diez días, en que él guardó cama, había empeorado notablemente la situación de los huelguistas.

En la oficina no estaba ninguno de los miembros de la dirección superior. Sólo cuatro o cinco muchachos trabajaban en aquel crítico momento.

—Ando, ¿qué gente es ésa que yo no conozco?

—Me tienen muy preocupado. Son esquiroles, que han ido a la fábrica atraídos por el anuncio. Nosotros los hemos pescado y hemos tratado de disuadirles; puro ni siquiera nos entienden —explicó Ando con los informes en la mano.

—Mira, tú que sabes hablar con mucha habilidad, procura entenderte con ellos. Ahí están también Matsumoto y Kuroiva. Ahora se habrán reunido ya más esquiroles. Y los traen locos a los dos con su manera de hablar.

Realmente, los huelguistas tenían que perder toda esperanza si seguían acudiendo a la fábrica más voluntarios.

Abajo se oía claramente la recia voz de Kuroiva. Ante todo, quiso Hagimura explorar la situación, y luego bajó la escalera. En la planta baja había dos habitaciones llenas de esquiroles. Junto a una mesita de un ángulo estaban Kuroiva y el pálido Matsumoto discutiendo con aquellos hombres y tratando de explicarles la situación.

—Esta huelga sigue todavía; ahora es cuando empieza, realmente. La Compañía declara que nos ha despedido, pero nosotros no hemos aceptado la destitución, no podemos estar conformes con esa despedida antirreglamentaria —gritaba Kuroiva, apoyándose en la mesa.

Pero sus palabras no producían ningún efecto.

—Hemos oído en las oficinas que se ha enviado por giro postal a los obreros el salario de despedida —dijo un obrero, que estaba apoyado junto a la columna.

Se quedó mirando a sus colegas, y prosiguió:

—Es inútil; nosotros no hemos venido para presentarnos en las oficinas de la huelga; nosotros queremos presentarnos a la Compañía y trabajar.

Treinta, cuarenta cabezas hacían señales de aprobación.

—Bueno, esto es ridículo; vámonos ya de aquí.

Todos ellos eran obreros indisciplinados y desorganizados. Además, sus propios intereses estaban en directa contradicción con los de los huelguistas.

—¡No os dejéis engañar! Ahora os colocará la Compañía, y cuando la huelga esté resuelta, os despedirá otra vez.

Kuroiva se acaloraba, pero ellos seguían completamente impasibles y fríos.

—¡Bah! Nosotros nos contentamos con tener trabajo hasta que nos echen otra vez; somos muy modestos.

No tenían la menor noción de la conciencia de clase y sólo pensaban en su propio interés. Cada vez se ponían más testarudos. El obrero, que acababa de hablar, gritó nuevamente:

—Hemos venido muy temprano para trabajar; si seguimos charlando aquí mucho tiempo, perderemos la colocación.

Aquellos descamisados se mostraban satisfechos, con tal de obtener trabajo.

Cuanto más esquirolas eran conducidos ante la dirección de la huelga, tanto más contumaces se ponían, insistiendo en marcharse otra vez y en no dejarse quitar más tiempo el trabajo.

Entonces, llegaron algunos, acompañados por un emisario huelguista.

—Aquí viene más gente; explica la situación a estos hermanos, para que abran los ojos.

Y volvió a marcharse.

En los periódicos de la mañana se había publicado el primer anuncio, y ahora, a mediodía, la masa de los voluntarios era ya innumerable. Los emisarios huelguistas trabajaban con todas sus fuerzas contra la cadena protectora de la Compañía y de la Policía, desplegando toda su astucia para apoderarse de los esquirolas.

—Camaradas, tened en cuenta cuán esforzadamente hemos luchado nosotros hasta ahora..., pensad en lo que será de nosotros si vosotros aceptáis el trabajo...

Kuroiva se quedó mirando con los ojos enrojecidos al hombre de la columna, que era el que se oponía más tenazmente.

—Pero, camarada —dijo un hombre famélico de unos cincuenta años, que estaba sentado junto a Kuroiva, levantando la mano—, para poder trasladarme en el tranvía desde Fukagawa hasta aquí, he tenido que dar muchas vueltas a mi bolsa; no lo digo en broma. Hace ya medio año que estoy sin trabajo. Mi mujer y mis hijos están ya completamente extenuados. Si no consigo trabajo ahora, no pasará de fin de año. Así no se puede continuar.

Y apretó contra el cuerpo la pelerina.

—Yo hace ya un año que estoy sin trabajo —gritó una voz desde las filas de atrás.

—Dejémonos de conversación y vámonos tranquilamente al trabajo.

—No creáis que lo hacemos por gusto; es que estamos ya en el límite entre la vida y la muerte por hambre.

—A mí ya todo me es igual. Lo mismo me da que amencéis como que no. Dejadnos en paz de una vez.

El estado de ánimo era cada vez más desesperado. Los esquiroles empezaron a alborotar y se sentían cada vez más seguros. Entonces, intervino Kuroiva y bramó:

—Entonces, queréis traicionarnos. Sois unos esquiroles...

Hagimura quiso abrirse paso hasta él, pero la gente se apretaba alrededor como una muralla

—¿Qué es eso de traicionar?

En medio de la multitud, se adelantó de pronto un joven, que parecía un aprendiz de taller, y se acercó a Kuroiva.

—¿Por qué hemos de ser traidores nosotros? ¿Qué tengo que ver yo con vosotros? Si yo trabajo en la fábrica, es por mi libre voluntad, es porque tengo un derecho que protege el Código civil... ¿A qué nos venís con tonterías?

El pequeño aprendiz de taller se figuraba que había dejado apabullados a los huelguistas con sus palabras.

—¡Muy bien! Quien quiera holgar, que huelgue. Nosotros hacemos lo que nos da la gana.

Los desocupados se pusieron en pie. Entonces, se adelantó Kuroiva, se abrió paso entre ellos y gritó:

—¡Toma, necio!

Y descargó el puño sobre la cara del aprendiz, y le derribó por el suelo... Se produjo un tumulto enorme.

Alarmados por el estruendo, bajaron los camaradas que estaban arriba y acudieron de fuera los emisarios.

—¡Atención! —gritaba Hagimura, abriéndose paso hacia Kuroiva y Matsumoto.

—Camaradas, podéis marcharos, si queréis; pero tened antes un poco de calma. Quisiera deciros una cosa.

—¡Bueno, dila!

—Pero ésta no es una cuestión como para empezar a dar golpes enseguida...

Como querían marcharse ya, se tranquilizaron pronto.

—Podéis marcharos naturalmente; pero a mí me parece que no habéis comprendido lo que se os estaba diciendo. Por eso, escuchad un instante lo que voy a deciros, y luego, por mi parte, podéis marcharos, si queréis.

Hagimura se puso detrás de la mesa.

—Bueno, ya estamos oyendo; pero luego nos dejáis ir en paz.

La gente se calmó con rapidez y volvió a sentarse.

—Yo conozco personalmente a muchos de vosotros, y no está bien, hay que procurar evitar las reyertas entre compañeros. Porque todos nosotros tenemos la misma profesión...

—¡Naturalmente!

—¡Evidentemente!

Así le interrumpían algunos que todavía estaban excitados.

—Eso digo yo: evidentemente —dijo Hagimura, recogiendo las interrupciones y mirando a los que gritaban—. Lo mismo que vosotros estáis sufriendo por el largo tiempo de paro, hemos sufrido también nosotros con esta huelga de setenta días. Y no está bien qué nosotros, que tenemos que sufrir las mismas cosas, empecemos a pelearnos y nos tiremos de los cabellos.

Esta frase ingeniosa puso a los hombres de un temple más accesible.

—Todos somos hermanos y, naturalmente, tenemos que lograr que a todos nos vaya bien. Pero si vosotros aceptáis el trabajo, nosotros perderemos nuestra huelga. ¿Y qué haremos, entonces?

Hagimura vio que el aprendiz de taller quería abandonar la habitación. No hacía más que limpiarse la sangre de la nariz.

—¡Eh, aguarda un instante! Dime tú lo que piensas sobre esto.

El aprendiz volvió a esconderse detrás de su propia espalda, porqué todas las miradas se dirigían hacia él.

—Nosotros, los huelguistas, no tenemos envidia de que vosotros consigáis trabajo, ni queremos privaros de él en absoluto. Pero tenéis que comprender, como el camarada Kuroiva os ha explicado ya, que esta huelga estalló porque fueron despedidos de la fundición treinta y ocho obreros. Si vamos a pensar todos: «Tú eres tú, y yo soy yo», como ese hombre de la capa negra decía, para eso, no necesitábamos estar ahora con el vientre vacío a la intemperie...

Hagimura seguía hablando y se olvidaba por completo de que le dolía la cabeza.

—Pero vosotros, como obreros que sois, tenéis que comprender también qué significa esto de que tres mil hombres luchan a vida o muerte por esos treinta y ocho. ¿No adivináis que es un valor inaudito? ¿No comprendéis lo que significa esta fuerza?...

Hagimura levantaba la voz, y los desocupados escuchaban en silencio, con la cabeza baja. Entonces, bajó Matsumoto la vieja bandera del Sindicato.

—Compañeros, levantad la cabeza y mirad a esa bandera. Esa bandera es el símbolo de los tres mil

huelguistas..., es el espíritu de las víctimas que gimen en las cárceles. Los tormentos de los camaradas fallecidos, los gritos de las mujeres enloquecidas, todo eso está entretejido, impregnado en el paño rojo.

La bandera dejaba caer sus pliegues pesadamente. Sobre el paño aparecían muchas manchas. Cada mancha tenía una profunda significación. Aquellos hombres seguían con la cabeza baja.

—Compañeros, hermanos; yo quisiera saber a ciencia cierta si me habéis entendido. Aquí está nuestra bandera, nuestra bandera roja... Los que no me hayáis entendido, pasad sobre esa bandera, pisadla, y marchad, marchad enseguida, marchad a la fábrica o adonde os parezca...

Los hombres sentían que se les anudaba la garganta. Algunos empezaron a toser, pero ninguno se atrevió a moverse.

BAJO EL YUGO

I

el arbitraje a la fuerza

«...los huelguistas de la imprenta Daido, después de violentos choques con la guardia de la Comisaría de Kobinata, en los que fueron detenidos más de doscientos, organizaron una manifestación en el Parque Zoológico de Ujeno, donde penetraron para burlar la severa vigilancia de la Policía y eludir la disolución fundada en la prohibición de reuniones al aire libre. A un toque de alarma acudieron presurosos al parque algunos policías, pero tuvieron que permanecer inactivos y estarse mirando, sin poder hacer nada contra los huelguistas...»

Según el detallado informe del periódico *Tokio Nichi Nichi*, la existencia de los huelguistas de la imprenta Daido era, en realidad, tan peligrosa como la del tigre que de pronto sale de su jaula. Para el informador resultaba especialmente ingenioso que los huelguistas hubiesen organizado la manifestación en el Parque Zoológico. Los tigres encerrados arremeten con las garras contra las rejas de hierro y braman cuando, al acordarse de los extensos campos libres, se reanima en su acobardado corazón la antigua sangre de fiera. También en los huelguistas, después de una opresión de siglos, despertaba la nostalgia por la libertad y la igualdad y se inflamaba la sangre de sus corazones.

Pero todavía no se habían escapado de su jaula.

El *Seiyūkai*, el partido de los militares y terratenientes, organizó el Gabinete después de que el general «Siberia» recibió el encargo de Su Majestad.

El *Seiyūkai* ostentaba en el Parlamento la minoría en relación con el *Minseitō* [Partido Democrático Constitucional]. Al Gabinete se le planteaban una serie de graves problemas: la política en China, la moratoria, las muchas huelgas de grandes proporciones, la huelga de los colonos, etc. El pueblo sospechaba que aquel Gabinete *Seiyūkai* tendría una vida muy corta. Los periódicos de los partidos de la oposición señalaban ya su composición heterogénea.

Pero aquel general «Siberia», jefe del partido militar japonés, gozaba de gran confianza en la Cámara alta y en el Consejo secreto de Estado. Un día, poco antes de la apertura del Parlamento, en torno al cual se acumulaban nubes amenazadoras, fue invitado por uno de aquellos señores de la Cámara alta. Su amigo de negocios, un viejo y meritísimo estadista, que constituía el eje del imperialismo japonés, dio un encargo al valiente y decidido general. Le pidió que pusiese en jaque con más habilidad y acierto que hasta entonces las «ideas peligrosas», a las que sus clientes tenían más miedo que a la política china y a la moratoria, porque eran las más funestas para sus devaneos imperialistas. Esto significaba el aniquilamiento del odiado comunismo.

También al general «Siberia», como estadista «concienzudo», le parecía que la dominación de los «manejos contrarios al Estado» y la «aniquilación del comunismo», constituían la mejor plataforma para su política de partido. No se podía plantear de otro modo esta cuestión importantísima e ineludible.

Por un parte, se podía recurrir muy bien a este cartel para ganar la confianza de la Cámara Alta y del Consejo secreto de Estado; por otra parte, era la mejor mordaza para los partidos de la oposición en la Cámara baja. Los dos partidos burgueses que ahora dominaban en el Japón, el *Seiyūkai* y el *Minseitō*, podían lanzar esta consigna como un triunfo en la futura lucha política.

Sí; si él sabía aprovechar eficazmente esta arma, lograría dividir a los adversarios del *Minseitō*, y tal vez podría imponer a su lado un tercer partido más pequeño como rebaño electoral. El viejo diputado Osaki, presidente de este tercer partido, que disfrutaba de gran confianza entre la burguesía como estadista honrado y liberal radical, propuso una declaración sobre la «crisis de la nación», a causa de los «manejos contrarios al Estado», y procuró además, en su acendrado entusiasmo por su causa, cargar sobre el presupuesto del Estado, a propuesta del Gobierno, los gastos para combatir los manejos contrarios al Estado (diez millones de yenes). En un fogoso discurso, abogó por esta orientación. Con mucha solemnidad y con una inconsciencia cómica, bailaba movido por los hilos de los que tiraba el general «Siberia».

A pesar de todo, sobrevino la bancarrota de los empresarios pequeños y medianos. Los desocupados inundaron las ciudades y los pueblos como las aguas de los ríos en la primavera. Todas las anteriores huelgas habían fracasado miserablemente, en comparación con la actual. Y estos *records* lamentables eran batidos todos los días.

Los periódicos del partido de la oposición *Minseitō* aprovecharon esta oportunidad como medio de ataque contra el Gobierno, pero sin tocar nunca el verdadero núcleo del problema.

...Si el Gobierno y su partido, con su incapacidad e inhabilidad, permiten que se desarrollen hasta tal punto los problemas obreros —la huelga de colonos, las huelgas de obreros, la cuestión del paro—, resultará más claro que el sol que acabarán por llevarnos a un porvenir espantoso. Si nosotros aplicásemos en nuestras relaciones con la autoridad oficial la misma medida que se aplica en los países europeos, sería inevitable la explosión de la huelga general. Además, hemos de pensar que la revolución nacional de China, nuestro vecino, ha de ser de gran influencia en nuestra clase trabajadora...

Pero este ataque del partido de la oposición sólo constituyó para el general un nuevo acicate. Resolvió que se encargasen de ejecutar este su «plan importantísimo» el Comité investigador de Manchuria y de Kokuria y las organizaciones secretas de la gendarmería. Estaba seguro de que, si llegaba a ejecutar este plan, precisamente en la época en que más arreciaba el fuego de la oposición, sacaría mayor provecho de los triunfos que tenía en la mano.

A consecuencia de sus «maduras» reflexiones, fueron trasladados varios funcionarios y jefes de Policía de la provincia. Especialmente, los puestos directivos de la Dirección de Seguridad, donde su voluntad tenía que reflejarse con más nitidez y vigor, fueron ocupados por los hombres «más idóneos».

Precisamente, poco antes de este cambio, fue cuando se rogó a Takagi y Nakai, de la dirección de la huelga, y a Oda, presidente del *Hyōgikai*, que acudiesen a la Comisaría. Se les condujo a la sala de visitas del primer piso. Llenos de asombro, conocieron, bajo un nuevo aspecto, aquel edificio, del que sólo guardaban amargos recuerdos: blandas

alfombras con amarillos dibujos de flores sobre fondo verde acariciaban las suelas de sus zapatos rotos.

—Enseguida vendrá el señor jefe de la policía política —dijo el funcionario qué los había conducido hasta allí.

Takagi se acordaba de haber visto la cara de aquel policía en alguna parte. Tal vez hubiera sido él mismo quien le arrastró ya otra vez desde el auto policíaco y le trasladó a otro rincón menos agradable de aquel edificio.

Un ordenanza sirvió el té.

—Esto es lo que se llama alta política —sonrió burlonamente Oda, acomodándose en una butaca.

—¡Ah! ¡Estupendo!

Con una cara sonriente, que ponía más desconfiados aún a los obreros, entró el jefe de la policía política, con el encargado de la sección obrera.

—Hagan el favor de sentarse. Pero hace mucho frío. ¿Quieren que nos sentemos junto a la estufa?

El jefe dirigió una sonrisa a Takagi y a Nakai, que todavía estaban en pie. Se apartaron de la mesa. Oda se sentó en el centro. Delante de ellos se sentaron el jefe, con su hermosa y digna barba, y el encargado de la sección obrera, un hombre pequeño de ojos astutos y nariz aguda. Los obreros estaban pensando con qué clase de argumentos responderían aquellos dos a los acuerdos qué se habían tomado en la oficina del Sindicato juntamente con Wata-masa y Hagimura.

—¿Tienen ustedes el propósito de avenirse de algún modo con la Compañía? —empezó a decir el encargado de la sección obrera.

Aquella deliberación oficiosa empezaba exactamente como ellos se la habían figurado.

—Naturalmente..., desde luego..., siempre que la Compañía demuestre buena voluntad —contestó Oda con franqueza.

—Para evitar malas inteligencias, debo manifestarles que esta gestión la realizo completamente al margen de mi función oficial; aquí, soy simplemente un particular.

Aunque la estufa de la sala estaba incandescente, se notaba una atmósfera fría entre aquellos hombres.

—Pero, señor Oda, usted ha llegado realmente a ser un hombre importante... ¡Caramba!

El jefe, que hasta entonces había permanecido callado, acompañó estas palabras con una carcajada no del todo en su punto. Deseaba hacer más cordial la atmósfera que reinaba entre ellos.

—Pues también usted ha hecho una carrera estupenda.

Oda se reía despreocupadamente con su boca enorme... ¡Qué encuentro tan gracioso! Precisamente, de aquel hombre tenía Oda los peores recuerdos. A la sazón, era todavía teniente de Policía en Osaka. Ambos habían oído hablar muchas veces uno de otro desde los distintos bandos del frente; pero así, cara a cara, no se habían vuelto a ver hacía ya ocho años.

—Por cierto que bien me atormentó usted entonces...

El jefe procuró reír conciliadoramente:

—Bueno, es que pensé: «Estos perros...»

En esta conversación, Oda dio también muestras de su magnanimidad, a la que debía su enorme popularidad entre los obreros en el distrito de Osaka y la solidez de su caudillaje.

—Pero, en cambio, esta vez nos ha puesto usted en buen aprieto, señor Oda.

Una mirada punzante se clavó en la cara de Oda, que sonreía tranquilamente. Pero sus facciones, todavía

transfiguradas por las luchas de la última época, no se inmutaron lo más mínimo. En el mismo tiempo en que el jefe había hecho su carrera había llegado a ser también Oda un «hombre importante».

—Bueno, dejemos aparte las bromas; nosotros estamos obligados a defendernos, una vez que se nos ha obligado a esta lucha.

Ésta era la verdad. La flecha que el jefe de Policía había disparado dio contra una roca y rebotó sin dejar mella.

—Sí...; pero los sucesos de la fábrica de papel Oji hace unos días..., no habrán ocurrido por orden de ustedes...

Ssst... La flecha había de herir a Oda en su punto más sensible. Los ojillos del encargado de la sección obrera se esforzaron por descubrir algo tras de las toscas líneas de los pómulos de Oda, tan características de los hombres del Oeste del Japón.

—¡Vamos, qué malo es usted! ¿Es que quiere echarnos a nosotros toda la culpa?

Oda parecía complacido; pero ahora, el jefe de Policía se quedó helado y sonrió fríamente arqueando los labios.

Nuevamente se notaba un ambiente frío en la sala.

—Para acabar de una vez —dijo el jefe, cambiando de tema sin transición alguna—, si ustedes tienen el propósito de avenirse, ¿qué les parecería si nosotros nos mostrásemos dispuestos a mediar?...

Los obreros sé miraron unos a otros. Aquel era, por fin, el tema principal.

—Además de nosotros, intervendrá también un señor, secretario del Ministerio del Interior, el señor Matsukawa, naturalmente como particular también.

Y el encargado de la sección obrera añadió:

—Créanos quo por nuestra parte todo lo hacemos exclusivamente por nuestra gran compasión hacia ustedes.

Sonó como una amenaza. Los tres reflexionaban, y sus cabezas se quedaban frías. Pero el propósito estaba claro. Quedaba de manifiesto cómo aquella gente bailaba suspendida de hilos ocultos, ejecutando la voluntad de Okawa y de Shibusaka, que se recataban entre los bastidores del Gobierno y de los partidos de la oposición. Y eso que todos se esforzaban por presentarse como particulares.

—¿Ha dado ya la Compañía su aquiescencia a esa proposición? —preguntó Takagi.

—¡Hum! Sí..., oficialmente todavía no...; pero a mí me consta que se ha de animar.

El jefe de la Policía política se hinchó y adelantó su abultado vientre, pero los tres obreros seguían con la cara inmóvil.

—Yo creo que también para ustedes es muy conveniente que esta huelga se resuelva lo más pronto posible. Incluso desde el punto de vista de la tranquilidad y el orden en el país lo estamos deseando... Sus enemigos...

El jefe vaciló. «Sus enemigos son poderosos capitalistas», quiso decir.

A los tres les pasó por la cabeza que, detrás de las palabras de aquella conversación, se traslucía toda la flamante cuestión del orden social.

Después de un rato, dijo Oda:

—Si hemos de ser francos con ustedes en esta cuestión, yo creo que tienen que cumplirse las siguientes condiciones: colocación de todos los despedidos; pago de los gastos de la huelga...

Mientras decía esto, le invadía una tristeza infinita pensando que aquella gran huelga, que tantas víctimas había costado, tenía que terminar con una rendición tan absoluta.

—¡Ah, no se hagan ustedes ilusiones! ¡No vayan a pedir demasiado!... A la gente que ya está despedida no se la puede conservar...

Los tres recibieron en la cabeza como un golpe. ¿Habría salido aquella palabra del policía de su propio cerebro? Por sus espaldas pasó un escalofrío como el filo de una navaja de afeitar.

—Si han de quedar despedidos todos los huelguistas, en ese caso, combatiremos hasta perecer de hambre.

Los tres comprendieron que tendrían que apretar más la hebilla del cinturón, y lo mismo que ellos, todos los demás. De nada servían ya las palabras. Y tampoco se esforzaron por ocultar más tiempo esta actitud.

—Bueno, no se figuren ustedes que es una cosa tan sencilla; de todos modos... —empezó a decir otra vez el encargado de la sección obrera, intentando tranquilizar algo a los tres—.

—... de todos modos, podríamos arreglar el asunto con un poco de habilidad.

Los tres obreros fruncieron las cejas y se levantaron en silencio. Después de un rato, dijo uno de ellos:

—Bueno, ya lo pensaremos.

Era una repulsa más violenta que un no rotundo.

El jefe de Policía retiró su silla y mostró ahora abiertamente su actitud de enemigo.

—¡Ah! ¿Conque ya lo pensaremos, eh?... ¡Hum!... ¡Está bien!

Ésta fue la última palabra que se oyó en la sala. Los tres obreros salieron sin saludar.

Al pasar por la sala de los corresponsales de Prensa, les asaltaron los periodistas como ardillas.

—¿Qué tal? ¿Se terminará la huelga por mediación del jefe de Policía?

Oda sacudió la cabeza de mal talante. Afuera, soplaba un viento furioso, que empujó a los tres sobre las espaldas encorvadas, mientras se dirigían a la parada del tranvía.

II

rumores

El agua del canal de Senkawa estaba helada.

El hielo negro se acumulaba formando estratos y témpanos. Hasta las lluvias de primavera, que duran dos días y dos noches e inundan todas las cocinas, retretes y solados de la calle sin sol, no se derretiría el hielo.

«La calle sin sol» estaba completamente rígida de frío y de hambre. La enorme fábrica, que, con sus rojos ladrillos, parecía un presidio, mantenía cerrada aún la amplia y gruesa puerta de hierro. Sólo por las pequeñas salidas de urgencia y por las brechas del muro pasaban los huelguistas, tímidos y miedosos como ratones, acompañados por fascistas de la fábrica y confidentes particulares. Empaquetados como mercancías, eran conducidos a la fábrica en camiones. En la fábrica dormían sobre paja.

El menor movimiento del intranquilo ambiente de afuera, hacia donde acechaban a través de los gruesos muros de ladrillo, les llenaba de inquietud. Si la Compañía salía derrotada de esta huelga, esto significaba su muerte. Entre las rotativas paradas murmuraban unos con otros:

—La Compañía quiere ceder, sin condiciones —dijo un esquirol con los ojos llenos de miedo.

—Yo he oído que el Ministerio del Interior quiere intervenir por medio de la Dirección de Seguridad.

Al principio, se reunieron tres; luego, se acercaron otros cinco. En lo profundo de sus corazones, les atormentaba el reproche de haber hecho traición a sus colegas, a los que habían jurado luchar con ellos a vida o muerte, y sentían miedo al imaginarse sus caras hurañas enseñando los dientes.

Las máquinas empolvadas que otras veces eran atendidas por sus compañeros, les parecían ahora monstruos ceñudos e iracundos.

En los periódicos de la mañana se había publicado la noticia de qué los directores de la huelga habían sido invitados por el director de Seguridad a una entrevista para tratar de la situación, y habían abandonado la Dirección con la cabeza muy levantada. La incertidumbre les impedía trabajar; los remordimientos no les dejaban descanso. Así, no permanecían en sus puestos.

Los obreros no se fiaban ya de sus maestros ni tenían fe en sus intentos conciliadores.

El estruendo de una rotativa cesó; los cajistas tiraron sus componedores y se marcharon de las cajas; se acurrucaron por las esquinas y se quedaron mirando con ojos llameantes e inquietos.

Primeramente, se escapó de la fábrica un obrero en medio de la noche; luego, dos, tres...

Sobre la paja se abrazaban medrosamente las obreras y lloraban unas con otras. En los vacíos y desabrigados pabellones de la fábrica zumbaba el huracán amenazador de los rumores.

—¿Has oído?... Ayer por la noche mató el guarda de la fábrica al señor Sato.

—Al maestro Matsumoto, del cuarto pabellón, le echaron al canal, y ahora está en el hospital de la fábrica.

Las rotativas rodaban sin papel. La obrera situada junto a la fundidora Thompson se ponía sorda de tantos rumores.

—¿Has oído? Los huelguistas reanudarán ya mañana el trabajo.

Los rumores volaban del primer pabellón al segundo; de la tercera sección de rotativas a la sección de grabado; de las salas de composición a la sección de galvanoplastia, a la de fotograbado, a la de reparaciones, a los talleres de fundición, siempre de un lado para otro, con la rapidez de la corriente eléctrica, y, al pasar de un lado para otro, se abultaban cada vez más.

Cada rumor era discutido por grupos que se reunían espontáneamente. Tres, cinco, diez se escabullían de las salas, y acababan por reunirse unos trescientos en la sala de máquinas.

—¿Qué será de nosotros? Porque nosotros somos...

—¿Y qué queréis que hagamos nosotros?

Altercaban unos con otros, gritaban y chillaban. Un grupo de obreras y de muchachos estaba llorando. Los maestros y capataces se escondían para escapar del peligro inminente.

—¡Venga el responsable! ¿Quién nos ha traicionado? ¡Que venga aquí!

Su estado de ánimo los empujaba de un rumor a otro, como en la Bolsa.

—Ahora estamos ya, al fin; id a las oficinas.

Uno de los más miedosos hizo estallar la bomba:

—Sí, eso es; que se presente el director de la fábrica.

Como las basuras, que la tormenta va empujando por delante, se abalanzaron hacia el pabellón de las oficinas.

—¿Qué? ¿No está el director aquí?

—Entonces, que se presente otro que nos explique cómo van las cosas.

Se apretujaban en la puerta por entrar en las oficinas. En el alegre despacho, que parecía el local de elecciones de un candidato fracasado, empezaron a alborotar, a darse empujones y a gritar desaforadamente.

—¡Calma! ¡Hagan el favor! ¡Calma! —gritaba a la gente excitada el arrogante director, recién colocado.

—Señores, tranquilícense; no es cierto que los huelguistas vuelvan otra vez a la fábrica; estamos negociando únicamente, pero ese rumor es una mentira.

Sin embargo, los esquiroles sólo pensaban en sus miedos, en las sombrías caras de los mil colegas, que al día siguiente invadirían la fábrica en grandes oleadas...

—¡Cuidado con que no nos ocurra nada!...

—¡Júranos que nos han de dar a cada uno mil yenes, si somos despedidos!

Ya no se podía oír la voz apaciguadora del director.

—Daños a cada uno un policía como defensa.

La situación era para ellos muy grave. Gravísima. Por eso, acosaban al director como los tábanos hambrientos a un perro...

—Vosotros nos habéis obligado a cometer una traición. Si ahora nos dejáis sin protección, no os dejaremos vivir.

El director estaba indeciso. Efectivamente, el rumor no era un engaño. El acto político de protesta del *Rōdōnōmintō* había influido en las decisiones del director de Seguridad; además, el Ministerio del Interior había metido las narices en el asunto, y, aunque Okawa se defendía aún tenazmente, no se podía saber cuándo cambiaría de

actitud, para demostrar al público su dignidad como barón recién nombrado. Para el director, Okawa era el dueño absoluto, el tirano sin limitaciones; pero, en aquel momento, también lo eran aquellos andrajos que tenía delante, y se encontraba cogido entre dos fuegos.

—Bueno, bueno; ya veremos cómo se arregla todo de la manera más conveniente —contestó esforzándose por aparecer tranquilo y razonable.

—¿Qué es eso de arreglarlo todo de la manera más conveniente?... Con eso, no sacamos nada en limpio. Danos por escrito una certificación.

Le tiraban de la capa y no le dejaban en paz. El director entornó los ojos y dijo:

—Pero, señores míos, eso no tiene objeto... Si yo escribiese lo que ustedes quieren..., sería yo también despedido...

Lo mismo le ocurriría si Okawa modificaba su actitud, aun cuando sólo volviese la mitad de los huelguistas.

—Es cierto que yo soy el director; pero mis acciones y participaciones sólo están sobre el papel. Casi todas las acciones de la Compañía las tiene el señor Okawa. Yo soy también un empleado...

Ya no podía sostener en alto su autoridad y dignidad.

—¡No mientas!

Los esquiros, que habían traicionado a sus compañeros, no querían creerle a él.

—Pues así es; esa es la pura verdad.

Una desesperación y una tristeza incurables abrían bajo sus pies una sima sin fondo.

—Pero entonces..., ¿qué será de nosotros?

—¿A quién hemos de dirigirnos?

Se esforzaban a toda prisa por asir aquella única y última protección, que también ahora se desvanecía: el di rector...

Pero era inútil. La engañosa esperanza no presentaba ya la antigua forma. Agarraron por el hombro a uno de los fascistas de la fábrica, como los naufragos se agarran a una paja:

—Señor, ¿qué debemos hacer?

El hombre de la barba puntiaguda se retorció como un gusano, empezó a pasar con perplejidad su bastón de una mano a otra y dijo, mirando al vacío:

—¿Y cómo lo voy a saber yo?

Era un asalariado como ellos, que cada día estaba colocado en un sitio

* * *

Siempre han de luchar dos fuerzas, una contra otra. El huracán empuja las alas de los molinos de viento por ambos lados de la montaña. La táctica de la Compañía de introducirse en las filas de los huelguistas, el fracaso cada vez mayor de las fuentes de dinero de la huelga, el número creciente de víctimas, los rumores de provocación, los fondos para el cohecho, todo esto hacía profunda mella en los grupos huelguistas.

La Compañía había quitado a la Cooperativa los locales y la había puesto violentamente en la calle. Los restaurantes, puntos de apoyo de las secciones de alimentación, fueron acaparados por la Compañía y cerrados.

Mientras el frente de la lucha se ensanchaba cada vez más, el número de los dirigentes de la huelga era cada vez más pequeño. A través de la red de secciones S, la Compañía seguía transportando a la fábrica en camiones cada vez

más cantidad de aquellos curiosos «fardos». Pero no era esto todo. La Compañía extendía su mano hasta la Comisión de los vecinos del distrito de Koishikawa, que se había fundado para mitigar la penuria de los huelguistas y contener la ruina del distrito. En esto fue en lo que primero demostró su eficacia el dinero repartido.

«Invitamos a Okawa a que reflexione si ha de llegar su contumacia hasta dejar que se arruine todo el distrito.»

Las anunciadas manifestaciones de protesta del distrito, en las que se había de tomar esta resolución —se celebraban por lo demás todas las noches—, habían cesado ayer y hoy.

Hagimura, Yamaura y Kamëi, que constantemente habían colaborado con esta Comisión, se veían acosados esta noche de un modo especial por aquella gente.

Cuando entraron los tres en las oficinas de la Comisión, en el templo de Eme-in, fueron recibidos por siete caras malhumoradas.

Hasta ahora, Hagimura y los demás se habían esforzado por trabajar amistosamente con la Comisión, y, en ciertas cuestiones, habían encontrado siempre simpatía.

—Perdonen nuestra tardanza; pero tenemos siempre tanto que hacer... —dijo Hagimura al tomar asiento.

Pero los pequeñoburgueses se mostraron completamente despegados, mientras los tres se esforzaban por poner una cara amable.

—Yo he oído que los jefes de ustedes tienen que ser comunistas.

Aquello era inesperado. Los tres obreros se miraron, pues la cosa les pareció un poco ridícula. El anciano de larga barba, que acababa de decir esto, era propietario de una pequeña cerrajería y diputado del *Minseitō* en el distrito.

—¿Es cierto eso? —preguntó Takegawa, un pequeño propietario de casas, que estaba junto al de la barba y lucía su calva brillante.

La actitud de los miembros de la Comisión había cambiado completamente aquella noche.

—¿Y a qué viene todo esto? —preguntó Hagimura, sin dejar de esforzarse por sonreír amablemente y tratando de bucear en el fondo de aquella cuestión algo oscura.

Precisamente aquel pequeño cerrajero y lo mismo el sacerdote del templo, que estaba sentado junto a la puerta, les habían dicho en una ocasión: «Si los comunistas tienen razón, nosotros apoyamos incluso a los comunistas; pues, contra empresarios tan procaces, hasta los métodos comunistas están permitidos.» Por lo visto, no había sido más que una baladronada. Tenía que haber alguna razón concreta para que aquella gente se mostrase esta noche tan completamente cambiada y observase una actitud tan extrañamente fría, pensaban los obreros.

—¿Quién les ha contado a ustedes esas cosas? —preguntó Hagimura al diputado del distrito, que seguía callado.

En su lugar, contestó el pusilánime sacerdote.

—Lo hemos oído en la Comisaría de Kobinata.

—¡Ah! ¿Se lo ha dicho, tal vez, el jefe de Policía?

Hagimura y sus camaradas iban comprendiendo: aquella gente había tratado, por lo visto, en secreto con la Comisaría y había accedido a que interviniese como árbitro el ministro del Interior. El frío silencio, que acompañaba esta conversación, pesaba en él desmantelado y frío local del templo de Buda. El vestíbulo del templo servía como punto de reunión del segundo grupo de la huelga. La simpatía del sacerdote había protegido a los huelguistas tanto, que este grupo no había tenido que cambiar de local todavía.

—¿No se celebra esta noche ninguna reunión? —preguntó Yamaura tratando de llevar la conversación por otro den otero.

—No, no queremos tener ya más reuniones —replicó violentamente el propietario de una pequeña imprenta.

Los tres obreros se estremecieron.

—¡Hum! Están sobornados... ¡Ah! ¡Sobornados!

—¿Y por qué no? —preguntó Kamëi ofendido.

—Nosotros no podemos apoyar a los comunistas —declaró el cerrajero con breve repulsa.

Hagimura vio qué no tenía objeto seguir poniendo cara afectuosa.

—¡Vaya, vaya! ¿De modo, que ustedes simpatizan con la Compañía?

La estocada hería el punto más débil de aquellos pequeñoburgueses, y se vio inmediatamente el efecto. Se avergonzaron un poco y volvieron la cara.

—Fuimos, desde el principio, rigurosamente neutrales, y lo seguimos siendo.

El viejo cerrajero metió su cigarro entre las brasas de la estufa. Luego, volvieron a callarse todos. Hagimura pensó que aquellos serían desde mañana intransigentes y reaccionarios.

—Además, yo quisiera decirles, por lo que se refiere al local de reunión... —empezó a decir el pusilánime sacerdote, con un rostro desesperado, como si quisiera quitarse de los hombros una pesada carga—. La provocación de la Policía es demasiado fuerte..., y nuestra comunidad religiosa protesta con mucha energía...

Estaba bien claro: también de aquel local serían expulsados mañana.

Este perro se ha dejado también sobornar con trescientos o cuatrocientos yenes... La ira le oprimía la garganta a

Hagimura. Pero Yamaura le tocó en la rodilla, como indicándole que procurase sobreponerse.

—Es una lástima..., pero en ese caso no se puede hacer nada, naturalmente, y es muy comprensible desde su punto de vista. Pero, dada nuestra larga amistad, concédanos usted un plazo de un par de días.

Naturalmente, el sacerdote no podía rechazar esto. Pero sería imposible alquilar en aquel distrito una sala adecuada, si aquellos pequeñoburgueses se pasaban abiertamente a los reaccionarios.

—¿De modo que no quieren ustedes seguir ya a nuestro lado?... —preguntó Kamëi para terminar.

—¿Nos rechazan ustedes porque somos comunistas? —insinuó irónicamente Hagimura.

¿Para qué perder tiempo? Los tres se marcharon. Después de todo, era igual. Aquéllos pequeñoburgueses pertenecían a una clase, que a la larga, no había de estar con ellos.

Afuera soplaban un viento frío.

—Desde mañana, serán cómplices de la reacción —dijo Kamëi volviéndose hacia Yamaura, que iba detrás.

—Lo fueron desde el principio. Especialmente, ese diputado del distrito nos apoyó solamente para sacarle dinero a la Compañía.

—Entonces han logrado su propósito por lo menos.

Los tres se echaron a reír, pero el terrible abandono en que se hallaban ahogó aquella risa sin fundamento.

Hagimura se despidió de los otros dos y se marchó a casa, pues todavía le quedaban algunas horas hasta la junta de la directiva central.

Cuando había llegado hacia la mitad de la cuesta de Haksuan, tropezó con Takaë, que acudía presurosa desde

la puerta de la casa de él. A la luz de las bombillas eléctricas distinguió su cara.

—¿Qué ocurre, Taka-chan?

Le había estado buscando hasta ahora.

—¡Ay! Okayo se esté muriendo. Ven a nuestra casa...
¡Aprisa!...

LAS SOMBRAS SOBRE LAS BANDERAS

muerte atormentada

Takaë iba corriendo delante. Hagimura la seguía por las oscuras callejas de las barracas.

Al llegar a la puerta de la casa les dio en la nariz un fuerte olor a creosota. Un gemido incesante dominaba el ruido que hacía toda la familia.

La blanca bata de operaciones del médico resaltaba en medio de la habitación como una mariposa. Las mujeres y los niños de la vecindad se agolpaban a la puerta. El incesante gemir los tenía en ascuas. Con las cabezas ladeadas, seguían los padecimientos de la enferma.

—Hermana...

En una pausa de los dolores, Okayo buscó la mano de su hermana. La gran pérdida de sangre había ya enturbiado su vista. Takaë empujó a la gente que había a la puerta y se acercó a la cabecera. Todavía no había nacido el hijo, en quien ella tenía puesta su última esperanza.

—Aquí estoy contigo, Kayo-chan..., cógeme la mano y agárrate bien.

Takaë arqueó las cejas como delirando y procuró que las dos manos tanteantes de su hermana agarrasen fuertemente las suyas.

—Agárrate bien; no tengas miedo, nena.

Las oleadas de dolor trituraban el débil cuerpo de la enferma, que se encogía, se arqueaba y ponía todo su cuerpo en tensión como un papel que arde a la llama.

La hermana mayor se esforzaba por salvar en sus brazos la frágil vida que había de arrebatarse la corriente.

El médico y la enfermera empujaron hacia un rincón a Hagimura, que no hacía más que sentarse y levantarse, sin saber qué hacer. Creía que tenía que hacer algo, pero no sabía por dónde empezar, como si se hallase delante de una rueda dentada que girase demasiado aprisa.

Además, aquella escena, que siempre infunde respeto a un hombre, le tenía desconcertado.

Se oía la voz ronca del anciano padre:

—Se muere... ¡Por favor, sálvela usted!

El fruto, de menos de seis meses todavía, había muerto en el vientre materno por la enfermedad del «beri-beri», y la muchacha estaba demasiado débil para poder expulsar a la criatura muerta. Los dolores la atormentaban furiosamente.

—Oiga, vaya a buscar a otro médico... Si le da un ataque al corazón, se acabó todo... Cualquiera que sea, pero pronto.

El médico decía esto con rudeza. A él no le preocupaban los sentimientos de la enferma. Hagimura salió corriendo.

Los dolores se repetían a intervalos cada vez más cortos. La vecina, que ante la impotencia no hacía más que hervir agua en la cocina, volvía la cabeza hacia la enferma cada vez que arreciaban los gemidos, y decía:

—Ahora respirar fuerte... Así... Otra vez... Aprieta.... ¡Oh! ¡Ah! Sí, así ha de salir...

El niño muerto tenía ya la cabeza fuera. La enfermera estaba inclinada junto a la parturienta, y volviéndose al médico le dijo:

—Doctor, hace ya una hora y siete minutos que hizo las primeras aguas.

Cuando la ola del dolor refluyó, la conciencia de la enferma quedó completamente apagada, y Okayo se derrumbó como un fuelle. Aquel estado era todavía más peligroso que los momentos en que era torturada por los dolores. Takaë empezó a tirarle fuertemente del pelo para devolverle el sentido.

—Tienes que apretarla tú misma. Tiene que salir la criatura muerta... Si no lo haces, Okayo se morirá.

—Hermana... —susurró Okayo buscando la mano de Takaë, cuando recobró la conciencia con el dolor.

Los niños de las barracas, que estaban delante de la puerta, empezaron a llorar.

—Haga usted el favor de sacar la criatura. Aunque tenga que romperla en pedazos, mi hermana tiene que salvarse a toda costa.

Takaë miró ceñudamente al médico, que quería desentenderse de la enferma con fría cachaza, y empezó a gritar como traspuesta:

—¡Maldita sea! ¡Como se muera mi hermana, he de retorcer el cuello a esos perros de policías!

La gruesa enfermera, que sostenía los dos muslos de la enferma, miró asustada hacia aquel semblante furioso.

Hagimura volvió jadeando:

—Viene enseguida... Es un médico de enfermedades internas. ¿Está bien así?

El médico asintió con brusquedad.

—He traído su maletín para que tenga que venir a la fuerza.

Luego, se acercó pausadamente a la cabecera. Okayo estaba ya como muerta. Sólo un ligero gemido, cuando el

cuerpo tembloroso se encabritaba al presentarse los dolores, revelaba todavía que seguía viviendo.

—Kayo-chan, ¿me ves todavía?... Soy Hagimura...

Aquel hombre alto y robusto susurraba a su oído. Pero los vacíos ojos de la enferma no se movían. Sin duda no le reconocía ya. En su frente amarilla y consumida, completamente cambiada, se hundían los grandes ojos como flores barridas por el viento, en los que sólo quedaba un triste recuerdo de la antigua Okayo.

—Hazte fuerte, Okayo —gritaba Takaë convulsivamente, como loca, cada vez que cedía la presión de la mano de la enferma.

Entró silencioso el otro médico, y ambos doctores se saludaron con una cortesía que se avenía mal con el ambiente de aquella habitación. Luego, deliberaron sobre el tratamiento, sacaron varios instrumentos de níquel y se dispusieron a operar. Entonces movió Okayo los labios. Takaë acercó a toda prisa el oído a la boca temblorosa de la hermana y preguntó:

—¿Qué quieres?

Okayo estaba ahora completamente sin juicio y tenía alucinaciones. Agarró el brazo derecho de Hagimura y dijo con voz amodorrada, como una persona sana:

—Saburo (éste era el nombre propio de Miatji), me estoy muriendo... Todo se ha terminado..., todo... Y nuestro hijo también...

Okayo movía la boca con tranquilidad y añadió de un modo casi imperceptible:

—También la huelga se acabó... Todo se acabó...

De su cara desaparecieron las sombras de los dolores y tormentos. Los ojos enrojecidos de Takaë reflejaron la desesperación y el desconcierto. Las últimas palabras de su

hermana le oprimían la garganta. Sin hacer un ruido, sin llorar siquiera, colocó la cabeza sobre las almohadas.

La enferma desprendió la mano del brazo de Hagimura.

* * *

Okayo estaba muerta... Un ataque al corazón había puesto fin a su vida, y ahora yacía allí como una flor tronchada por el viento.

—No hagan ustedes ninguna tontería —dijo Takaë a los dos médicos, que se acercaban a la enferma con sus cuchillas.

Takaë no lloraba ya.

Mirando fijamente a la cara fría de la hermana muerta, estaba sentada junto a la cabecera, inmóvil como una roca.

Desde el suelo de la cocina llegaban sollozos. El padre, viejo y enfermo, miraba de hito en hito a un punto, como enajenado. Las vecinas de las barracas se reunieron, empezaron a sacar agua de la bomba, llenaron de arroz las cazuelas vacías y se pusieron a preparar la comida para la familia. El cadáver lo colocaron donde había estado antes el lecho del anciano. El viejo Hiko, que vivía en la barraca de enfrente, se puso delante del pequeño altar doméstico y tocó la campana. En la pequeña habitación y en la cocina se aglomeraban muchas personas, que rezaban los textos sagrados y velaban a la muerta.

A la mañana siguiente llegaron todos los huelguistas y colocaron la bandera roja a la cabecera de la difunta.

Hagimura deliberó con el anciano sobre el ceremonial del entierro y recogió el dinero entre los huelguistas, que daban sin vacilación de lo poco que tenían.

A la tarde siguiente fue conducido el cadáver por el puente del canal de Senkawa, subiendo por la cuesta de Haksuan, hasta el cementerio de los pobres, situado en Soshikawa. Sobre los solitarios sepulcros soplabo furiosamente el viento invernal. Al borde de la selva se enredaba la oscuridad en las copas de los árboles.

Takaë estaba en pie, sin una lágrima, junto al pequeño túmulo. En torno se erguían otras personas enlutadas, silenciosas como piedras. En nombre de los huelguistas leyó Takagi, delante de la tumba, unas palabras de despedida. La bandera roja de los huelguistas, que había llevado Mori, amigo de Miatji, se movía pesada y sombríamente sobre el pequeño túmulo.

«... Ahora nos hallamos con esta nueva víctima en el borde entre la vida y la muerte. ¿Cómo podremos agradecer a estos muertos...?»

De una sencilla taza se alzaba el incienso en medio de una densa muralla humana hacia el cielo de la tarde. Oja, Fusa-chan, Okimi-chan y Gin-chan cogieron un poco de polvo aromático, lo esparcieron con ojos llorosos sobre la taza. Todas estaban sollozando.

—Camarada muerta, tú has tenido poca suerte en la vida. Nosotras guardaremos tu recuerdo en nuestros corazones y lo grabaremos en nuestra memoria.

Okimi empezó de pronto a llorar ruidosamente. El llanto se generalizó entonces por todas partes.

Los labios de Takaë se estremecían, pero sus lágrimas estaban heladas...

«... Sobre tu sepulcro, debajo de nuestras banderas, juramos que hemos de proseguir la lucha, hasta el fin.»

Las mujeres permanecían inmóviles con las cabezas inclinadas. Algunos hombres empezaron a cantar. En un instante aumentó la canción. Cantaban, todos.

Sólo ellos podían atreverse a condensar su tristeza, su alegría, su enojo, todos sus sentimientos en aquella canción, en aquel ritmo.

«Bandera del pueblo..., bandera roja...»

La bandera ondeaba, mecida por el coro que cantaba.

Por el horizonte lejano amenazaban las tinieblas. Las voces eran arrastradas por el viento y absorbidas por el bosque.

Por fin la bandera se apartó del sepulcro y la gente se fue dispersando poco a poco.

Ya el sol se había puesto del todo y el sepulcro quedaba solitario y abandonado. Delante de la tumba estaba de rodillas Takaë. Sentía el frío de la tierra, bajo la que dormía su hermana, y su corazón petrificado se fue ablandando.

—Kayo-chan...

El viento arrastró este clamor.

—Kayo-chan, ¿no me contestas?...

De pronto, le agobió el dolor y su espalda se estremeció sacudida por un violento espasmo.

—Hijo mío, hijo querido, éste es tu padre.

Sacó del bolsillo una foto de Miatji y la colocó sobre el sepulcro.

Hagimura estaba en pie detrás de ella y no se atrevía a moverse. Estaba profundamente conmovido. La noche descendía sobre el cementerio, en el cual no había nadie ya más que ellos, y en la profundidad de las tinieblas desapareció la tumba.

—¡Okayo, Okayo!...

Takaë oprimía su cabeza contra la tierra, lloraba y gritaba, y se revolvió con desesperación. Los lejanos arbustos perdieron en la oscuridad sus contornos. El viento los sacudía y se arremolinaba en torno a la tumba, donde Okayo dormía con su niño muerto.

II

el incendio misterioso

Varios días después de la muerte de Okayo seguía Takaë viviendo con su anciano padre sin salir de casa. No hablaba una palabra y parecía completamente extenuada, como una gata enferma.

Continuamente sentía vértigos, como si se cayese de una alta roca. Kimi-chan y Fusa-chan acudían diariamente a verla, a la vuelta de la junta. También las vecinas amigas acudían frecuentemente a consolarla. Pero aunque las palabras de consuelo le recordaban a Okayo, no podía ya llorar, no podía imaginarse que pudiera sanar una herida tan dolorosa.

Una tarde, cuando estaba muy pensativa junto a la estufa apagada, se asomó Fusa-chan gritando con su típica voz chillona:

—Taka-chan, ¿no sabes? La pelirroja ha ido a trabajar a la fábrica. Tanto como se llenaba la boca, y ahora nos traiciona.

El chal negro no dejaba ver más que sus ojos, mientras comunicaba la noticia por la rendija de la puerta. La pelirroja era la que más alborotaba en el bando de Oja.

—Bien —contestó Takaë mecánicamente.

Apenas demostró interés. Fusa-chan se vio defraudada y metió completamente la cabeza por la rendija de la puerta:

—Esas damas nos traicionan, cuando más apuradas estamos las obreras. Nadie lo creería. ¡Maldita sea!

Pero Fusa-chan no recibió respuesta alguna, y acabó por cerrar la puerta y marcharse. Sus pasos retumbaron sobre las tablas de la cuneta de la calle.²² Takaë se quedó sumida en un silencio inexpresivo.

Sin moverse de casa, por el olor a gasolina que el viento llevaba hasta allí, barruntaba que la fuerza de los huelguistas era más débil cada día.

Pero ya se había hecho casi insensible para aquel olor. Cuanto más la deprimía de un día para otro la torturadora sensación de vértigo, tanto más insensible se hacía. Cuando se le hablaba de la victoria o de la derrota de la huelga, se quedaba casi indiferente. Todo aquello carecía ahora de importancia para ella, pues no podía creer que volviese a brillar la luz sobre su vida futura.

«Aplastar al enemigo o dejarse aplastar; no hay otra solución.» Ahora veía claramente quién la había derribado de la roca. No necesitaba volver la cabeza. Sentía los ojos del enemigo en la espalda, dolorosamente, vio lentamente..., unos ojos inflamados.

Aquella gata enferma ni siquiera lamía ya su herida. Sus ojos centelleaban y se afilaba las uñas. El viento sacudía la chapa del tejado, retumbaba en las cubiertas del foso y hacía repicar las ventanas del frontis. El anciano padre se pasaba todo el día encorvado entre las almohadas,

²² Las cunetas son de madera en los barrios pobres japoneses.

gimiendo. Y también las filas de barracas yacían como muertas, azotadas por el viento seco de fin de año.

Una semana después de la muerte de Okayo salió de casa Takaë por primera vez. Llevaba la cara tapada con un chal. Pero no se dirigió a ver a los huelguistas, sino que subió errante, por la pendiente, como empujada por el viento, y entró por la calle de las villas. Todavía recordaba exactamente dónde se hallaba la villa de Okawa.

Por la noche regresó de nuevo, y a la mañana siguiente, muy temprano, volvió a marchar.

Al regreso de una junta de la dirección central, Hagi-mura se despidió de Kamëi y de Teraishi en la calle de Kasuga y marchó directamente a lo largo de los carriles en la dirección de Haksuan.

Las tiendas tenían aún cerradas las puertas por ambos lados de la calle. Las fatigadas lámparas lucían mortecinas en el ambiente helado de la primera alborada.

Con el cuello del abrigo muy levantado, iba pensativo por las calles, por las que todavía no pasaba siquiera el primer tranvía. Para calentar las puntas de sus pies, que casi estaban insensibles de frío, aceleró el paso.

En la junta de la Dirección central, que había durado desde ayer por la noche hasta hoy por la mañana, se habían marcado claramente dos tendencias. Hasta entonces, por lo menos a la terminación de las sesiones, se había llegado siempre a una coincidencia, por muy violentamente que chocasen unas con otras las opiniones opuestas. La esperanza de una victoria en las cuestiones económicas era para ellos como un billete de lotería, encerrado aún en un sobre. Y el orgullo de las huelgas pasadas, de las que siempre habían salido los jefes como «generales vencedores», les hacía a éstos algo altaneros. En lo profundo de su corazón anidaba todavía «el dulce sueño antiguo», cuando

luchaban como caballos desbocados e inflamaban a las masas con furia de leones.

Pero aquella huelga, en contraste con todos los dulces sueños, hacía la miseria todavía mayor, y las inevitables y espantosas consecuencias se presentaban ante sus ojos como las señales rojas de aviso en un gasómetro.

—Hubiéramos tenido que proceder más reflexivamente en la primera negociación —empezó a lamentarse Kamëi.

—Además nos equivocamos en la segunda negociación —dijo Yamaura a Nakai en tono de reproche.

Nogata, Ando, Oshima, Matsukawa..., casi todos los de legados dirigentes de la imprenta Daido, asentían al reproche de Yamaura.

—¿Quieres tú llamar también a eso negociar razonable mente?

Nakai permanecía con la cabeza hundida y se mordía los labios.

Yamamoto y Teraishi prorrumpieron:

—¿Qué es eso de equivocarse? ¿Quién se ha equivocado?

Para mayor desgracia, empezó a descargarse ahora la tensión entre la gente de la imprenta Daido y los revolucionarios profesionales.

Takagi se quedó callado sombríamente. Nakai estaba anonadado, como si sostuviese una pesada carga.

¡Equivocarse!... Aquello había ocurrido antes del asalto a la fábrica de papel Oji. Habían cometido el error de hacer fracasar la segunda negociación, de la que podía esperarse la victoria de los huelguistas —sólo habían de quedar despedidos unos doscientos hombres en condiciones favorables—, cuando ya se habían, aceptado todas las exigencias de los huelguistas. Se había llegado hasta el punto de que el director Furuya, como representante de la Compañía, y

Oda, Takagi y Nakai habían establecido los términos de avenencia, y al cabo de seis horas había de firmarse aquel contrato ante notario.

Pero tres horas más tarde propuso el director Furuya de pronto el aplazamiento de la firma y declaró secamente que tenía que romper las negociaciones. Había sido destituido de su puesto como representante de la Compañía. Pero, desgraciadamente, los representantes de los huelguistas no habían pensado que hubiese en la fábrica más de trescientos esquiroles

Aquellos trescientos amarillos, juntamente con las demás reservas de la Compañía, prescindiendo totalmente del director Furuya, los pondrían en trance de suicidio.

El haberse equivocado de una manera tan terrible fue la causa de que los huelguistas tuviesen que desplegar toda su decisión por tercera vez.

Pero entonces resolvió también Okawa sacrificar en aquella lucha todo el beneficio de cinco años, y así la Compañía salió nuevamente fortalecida de la lucha y del desorden.

El gran capital se había quitado su careta de vampiro. Sólo después de la coalición de Okawa y de Shibusaka empezó el gran capital su ofensiva en toda la línea, simultáneamente con el cambio de Gabinete.

Así estalló por tercera vez la lucha. Se recurrió a todas las fuerzas del ala izquierda en todo el Japón, las cuales se acumularon en la «calle sin sol». De todas las regiones del Japón, de Kyushu, Shikoku, Aomori, Sapporo, se recaudaron 2.000 yenes para el fondo de la huelga y se atrajeron 5.000 cooperadores.

Pero los huelguistas estaban ya rendidos, parecían completamente agotados y anonadados por la represión que les amenazaba.

—No nos hemos equivocado, sino que no pudimos obrar de otro modo —dijo Nakai levantando la cabeza.

—¿Cómo es eso?

Yamaura y algunos otros no se daban por satisfechos.

—Todavía no estamos derrotados, y hubiera sido una casualidad que aquella segunda negociación hubiera tenido éxito.

La cara de Nakai chispeaba de indignación. Yamaura gritaba que lo que decía Nakai era una tergiversación de los hechos.

La discusión había sido muy violenta. La última declaración de la Compañía había dividido a la dirección suprema de la huelga en dos campos distintos:

La Compañía admitirá de nuevo a una tercera parte de los huelguistas a su elección. A las otras dos terceras partes les pagará la indemnización de despedida según la cuanta publicada en otro sitio. Al mismo tiempo se ha de disolver la organización de la huelga.

—¡Qué estupidez! Nosotros no nos dejamos carbonizar —exclamó Yshisuka espontáneamente—. Lucharemos; aunque sean despedidos todos los huelguistas.

Pero Yamaura y los demás no querían esto, y ante todo pensaban en la miserable situación de aquellos 3.000 huelguistas.

—Sí quedan más desocupados aún, la revolución no hará sino acelerarse —dijo Teraishi burlándose de los cobardes.

Casi todos se indignaron con esta manifestación. No se trataba ya de la última notificación de la Compañía. Ahora se ponía de manifiesto la abierta oposición de sentimientos y pareceres; lucha contra Okawa o contra toda la clase alta; lucha a favor de los despedidos y excluidos por el *lock-out*, o sea, lucha a la desesperada.

Pero tampoco Hagimura podía quietarse con esto.

—Poco importa que aceleremos la revolución o no. Lo peor de todo ahora es el hambre.

—Eso lo puedes decir tú, porque todavía no has tenido que recoger comida en marmita —añadió burlescamente Teraishi—. La despedida significa para nosotros el hambre. Eso no lo comprendéis vosotros, que sois unos bonzos.

Este insulto distanció completamente a Hagimura de Teraishi, sin que él lo pretendiera. Además, su estómago vacío le pareció un bloque de hielo.

Estaba tan furioso que se alejó de allí casi corriendo. Le causaba profunda tristeza que hubiese en él tales sentimientos cobardes de esclavo, pero aquella manera de hablar de Teraishi, que pudo despacharse sin objeciones acerca de sus padecimientos y de los padecimientos de los demás, a pesar de que él era quizá quien sufría más hambre, le volvió a irritar de nuevo.

—Naturalmente que estarán dispuestos a eso. Pero, ¿dónde se cobijarán luego esos 3.000 parados?

Poco antes de la esquina de la calle de Sasugaija pasó del callejón del garaje de Asuma, a través del pasaje, hacia la Escuela de Ciegos y Sordomudos, en la cuesta de Haksuan, desde donde no había mucha distancia hasta su casa.

Teóricamente tenía razón Nakai, había que confesarlo.

«Primero, dormir, y luego, meditar». Sacudió la cabeza y apretó el paso para disipar su mal humor. El ambiente iba clareando.

De pronto, un toque de alarma. Al principio no se fiaba de sus oídos. La campana de incendios repicaba atropelladamente.

—¡Ah, fuego! —exclamó instintivamente volviendo la cabeza.

Casi a sus pies, en medio del barrio cubierto de nieve, se levantaba del edificio de la imprenta Daido un remolino de humo negro, que el viento arrastraba. Luego se alzó una columna de fuego como un surtidor.

Se quedó parado.

La campana de incendios despertó a las demás campanas. Ahora resonaban ya campanas por todas partes rasgando la penumbra del amanecer. El humo negro envolvía en espesas nubes el bosque de la Escuela Normal, y el palacio del demonio, que dominaba la calle sin sol, se sumergía entre las llamas.

—¡Fuego, fuego!

De repente sus ojos se ofuscaron con la claridad, como cuando un tren sale de un túnel.

Echó a correr cuesta abajo, sacudiendo su hambre, su cansancio y su tristeza como un niño.

III

el segundo incendio misterioso

Teraishi, que se había separado de Hagimura en la calle de Kasuga, bajó por la cuesta de Kokroku-Si, adonde llegó unos diez minutos antes que Hagimura a la cuesta de Haksuan por el lado opuesto.

Vivía en el segundo piso de las oficinas de la segunda sección del Sindicato, en frente de la casa de Hagimura. Abajo, en el valle, entre ellos, estaba «la calle sin sol».

Tenía una figura baja y ceñida, andaba siempre con una vieja capa de estudiante y llevaba unas gafas de miope en alto grado. Por el camino era frecuente que le llamasen los policías desde las garitas. Pero hoy, al pasar algo medrosamente junto a estas casetas, no vio a ningún agente.

Bajaba a toda prisa por el camino. De pronto oyó pasos por detrás, y, al volver la cabeza asustado y receloso, salieron dos policías de uniforme del puesto de guardia y le siguieron con la vista. El siguió su camino sin mirar hacia atrás, pero prestando atención a todo lo que ocurría a su espalda. Así no advirtió que a su derecha, por encima de su cabeza, había en la reja un hombre.

—¿Qué hay?

Se llevó un susto, cuando de pronto, dos metros delante de él, saltó a la calle desde la reja un hombre de traje europeo. El hombre se levantó del suelo apresuradamente, agarró el sombrero que se le había caído y echó a correr cuesta arriba, pasando junto a él.

La conducta de aquel hombre era extraña, descarada e incierta al mismo tiempo. Teraishi pensó instintivamente que aquel hombre era un agente disfrazado.

—¿Qué significará esto?

Detrás de aquella reja, de la que había caído el hombre extraño, había un pequeño espacio vacío, donde hace poco se habían construido cinco o seis barracas nuevas. Antes, cuando la verja de hierro todavía no estaba colocada, se podía entrar por allí directamente en la fábrica. Él mismo lo había hecho algunas veces. Por allí había salido y vuelto a entrar en el descanso del mediodía.

—Pues ese individuo ha salido de la fábrica.

Le asaltó una sospecha maligna, pero tenía miedo de volver la cabeza. Sabía que si era reconocido por los policías, le detendrían inmediatamente, porque hacía varios días que se le andaba buscando.

Abajo, en la pendiente, se hallaba una puerta del antiguo templo budista Gokurako-Si. En aquel sitio doblaba el camino hacia la calle sin sol.

Entretanto había clareado de tal modo que se podían distinguir las caras. Las tiendas de ambos lados yacían aún en profundo sueño.

—¡Alto! ¡Aguarda! ¡Eh!

De pronto se oyeron pasos presurosos por detrás. Volvió la cabeza y vio a los dos policías, que habían salido del puesto de guardia, y al hombre del bigote. Venían corriendo hacia él.

—¡Largo! ¡A mí no me pescan!

Sin reflexionar, echó a correr instintivamente. Sabía que ahora todos los jefes de la huelga eran detenidos sin razón. El escarpado camino aceleraba su paso. Corría cuanto le permitían las piernas. Pero se le rompió la correa de una de las sandalias de madera y se cayó.

—¡Eh, perro, tú has prendido fuego!

Delante de Teraishi, a quien los policías le habían retorcido los dos brazos hacia atrás, se precipitaba la cara del hombre vestido a la europea, que era quien así le increpaba.

—¿Prender fuego?...

Si únicamente era detenido por aquello, le parecía hasta ridículo haber echado a correr. Esforzándose por permanecer sereno, preguntó qué significaba aquella insinuación

—¿Qué es eso de prender fuego?

—Di la verdad y no mientas, perro.

El agente le descargó el puño en la cara, haciéndole saltar las gafas. El no comprendía lo que querían de él. ¿Dónde habría fuego en realidad? No hacía más que mirar por la calle, donde nada se veía.

—No te hagas el tonto y anda ya.

Los policías le retorcían los brazos por ambos lados y le empujaron cuesta arriba, haciéndole desandar el camino. Cuando habían dado la vuelta alrededor de la puerta del templo, empezó de pronto la campana de incendios a tocar a rebato. Efectivamente, desde la verja, por donde antes había saltado el agente, se veía subir hacia el cielo un humo negro en densas nubes.

Teraishi plegó los ojos, pues había perdido sus gafas, vio el humo por encima de los hombros de los policías, y por su cara pasó una sombra de miedo.

—¡Diablo! Me habéis hecho caer en la trampa.

Ahora comprendía a qué medios tan brutales habían recurrido sus odiados y poderosos enemigos, y contempló atentamente la cara de bigote, que se volvía descaradamente hacia él.

—¡Anda, sinvergüenza!

Nuevamente fue derribado, y se mordió los labios. Sinvergüenza... ¿quién? ¿Yo, o vosotros? La sangre se le agolpaba de indignación a la cabeza; su cerebro se nublaba como con humo negro y ensortijado.

* * *

El fuego misterioso se extendía cada vez más, y sus chispas caían sobre la fábrica como lluvia.

El alboroto de las campanas de incendios y de las sirenas de los autos presurosos de los bomberos despertó a la muerta calle sin sol. ¡Fuego en la fábrica!... Ruido de puertas que se abren..., pasos apresurados..., voces que gritan..., llanto de niños en las barracas... Algunos se despertaban del sueño gritando, como si se hubieran quemado.

—¡En la fábrica!

—¡En la Compañía!

La gente de las barracas corría por el puente sobre el canal de Senkawa con camisas rotas de dormir y viejas «doteras» sucias.

—¡Lo mejor sería que la fábrica quedase reducida a pavesas!

Las llamas alumbraban siniestramente los rojos edificios de ladrillo, torcían zumbando hacia el bosque de la Escuela o iluminaban el cielo.

—Ya ves, esto es el castigo de Dios.

—Los esquiroles van a quedar pálidos como una pared.

Pero ellos mismos eran los que iban a quedarse pálidos.

Un peligro mayor que el del fuego les amenazaba por la espalda. Entre los rojos autos de los bomberos empezaron a tronar las camionetas cargadas de policías, que entraron por la calle sin sol y bloquearon sus entradas y salidas. Los hombres «sospechosos» fueron detenidos en masa y cargados en los autos.

Un huelguista, que llevaba a un niño de pecho debajo de la capa, montó en el auto.

—Estúpido, deja ese niño a la mujer —dijo un policía insultando furioso al hombre de cuarenta años, que mostraba alguna cortedad.

—Pero si mi mujer está en el trabajo; nosotros no tenemos a nadie en casa —contestó él muy sumiso, acariciando suavemente la cabeza de la criatura.

—Entonces déjasele a una vecina.

Un viejo vendedor de *natto*²³, que había preparado en casa la mercancía y se disponía a marchar para empezar la venta, fue detenido con todo su tenderete.

Pero el fuego misterioso quedó pronto extinguido y se desvaneció como una farsa.

La fábrica conservó su aspecto austero, como si nada hubiese pasado. Sólo los muros de cemento estaban un poco ennegrecidos, y el tejado del almacén aparecía chamuscado por algunas partes. Cinco o seis barracas, situadas detrás de la fábrica, de las que había salido el fuego misterioso, quedaron completamente abrasadas. De las ruinas se levantaba todavía un vapor blanco y el olor a chamusquina de la lana y del cuero.

²³ Manjar preparado con habas maceradas, que los obreros compran ya hervido.

Pero la detención de los hombres «sospechosos» proseguía. Siguiendo un plan establecido mucho antes, todos los huelguistas activos, con excepción de las mujeres, eran lanzados a las camionetas como sacos de arroz.

—¡Éste, que se vaya a la Comisaría! —gritaba un policía, que señalaba con tiza la espalda de algunos individuos.

Los supuestos culpables del incendio no eran en este caso más que una mercancía, y Hagimura constituía una mercancía relativamente importante, que fue señalada con tiza en la espalda.

* * *

El mismo día los periódicos de la mañana comunicaban que la niña Etsuko, de siete años, nieta de Okawa, había muerto de repente a las once de la noche anterior.

Aquella niña, lista y graciosa, era lo máspreciado que Okawa poseía. Era su único tesoro, la luz más hermosa de su vida privada, que, por lo demás, no era muy feliz. Su orgullo y su pertinacia de dominar todo el mundo desaparecían delante de aquel tesoro. Cuando estaba con ella, se convertía en un vulgar abuelo, bondadoso y débil.

El médico señaló como causa de la muerte un grave envenenamiento. La niñera y los criados estaban apuradísimos. El ama de llaves declaró que nadie había dado a la «princesa» semejante comida peligrosa, que pudiera dar lugar a un envenenamiento. Próximamente a las siete, después de la cena, empezó la princesa a quejarse de dolores, y a las once había muerto después de grandes torturas. El joven profesor de Medicina insistió pertinazmente en su sospecha, que fundamentó con una investigación rigurosamente científica.

Okawa, que en aquel momento perdió la joya más preciosa de su propiedad, no soportó esta pérdida, a pesar de toda su contumacia. Se encerró en su aposento y no se dejó ver de nadie.

El médico tomó declaración a todos los habitantes de la casa. En el vómito de la niña había encontrado arsénico, y se informó de si había este veneno en alguna parte de la casa. Luego preguntó e indagó si algún extraño podía haberle administrado el veneno.

Pero en aquella casa, tan severamente vigilada, esto era imposible. El médico dijo a los padres de la niña, cuyos ojos estaban hinchados de llorar:

—Si algún extraño ha envenenado a la niña con algún designio, yo no puedo dejar así este asunto en el terreno de la medicina legal. Si ustedes me permiten, yo quisiera hacer la autopsia al cadáver.

El concienzudo médico tenía una sospecha respecto de la causa de la muerte.

—¡Qué tontería! ¡Como si con la autopsia pudiese vivir otra vez! —contestó gritando Okawa a su hijo y a su nuera, que le pedían consejo.

—Se ha muerto de una enfermedad y ya es bastante —dijo con dureza volviendo la espalda.

Cuando ambos habían cerrado tras de sí la puerta de su despacho, Okawa se levantó y se dirigió al invernadero del segundo piso. En aquel invernadero, situado al mediodía, florecían cientos de flores como en primavera. Se acomodó en una butaca de mimbre y se quedó mirando al vacío.

...Había vencido y tenía que vencer. Su energía indomable no le dejaba envejecer todavía. Su brazo fuerte, con el que había remontado por la corriente del tiempo desde la época del comercio de tratantes hasta el florecimiento del moderno capitalismo, no debía flaquear aún. Él no había

dado nunca mucho que hablar de sí mismo, como los improvisados patronos de hoy, pero tenía una conciencia clara y segura de que era miembro de la clase dominante. Sobre sus hombros soportaba no solamente sus propias cargas, sino también las de toda la clase a que pertenecía.

Él nunca había menospreciado como los demás la fuerza de los obreros. Con su claro y perspicaz talento la había calculado en sus justas proporciones, pero aparte de eso, nunca se había dejado engañar por su dilatada sombra. Mantenía su cabeza rapada de frente al enemigo y luchaba con los «granujas» rojos de la izquierda de todo el Japón. Al principio había creído que ellos no perturbarían sus negocios, pero pronto advirtió que esta apreciación era falsa. Los obreros dirigían, cada vez más amenazadores, las puntas de sus dardos contra él. Querían rebasar la línea divisoria que, en cuanto obreros, les había sido trazada. No eran anguilas; eran serpientes.

Durante aquella huelga le visitó un día el señor Bunji Suzuki, presidente de la *Sōdōmei* (Asociación Sindical Pan-Japonesa), a quien él había conocido antes en una ocasión. Quería obtener su aquiescencia, para organizar a los elementos huelguistas de la derecha y lograr de este modo la reconciliación de los empresarios y de los obreros. Okawa contestó a este famoso y grueso *gentleman* con una sola frase:

—Mis obreros no son anguilas; a esos no puede usted encantarles.

Y así él luchaba con aquellas serpientes, que no eran anguilas, y no por razones de utilidad propia. A él no le importaba que una de las cuarenta Sociedades que poseía alcanzase rendimiento económico o no. Para eso no necesitaba luchar a vida o muerte. Si a pesar de todos los ataques y reproches, que se le dirigían incluso desde su mismo

campo, se empeñaba en meter su cabeza canosa y procedía en aquella lucha de un modo tan inflexible, lo hacía porque quena exterminar de cuajo a esas serpientes rojas, que se multiplicaban fabulosamente y roían las raíces de la clase dominante.

Miraba de hito en hito los montones de serpientes rojas y no quería retroceder un paso. Un paso hacia atrás significaría la derrota de toda la clase. Había acumulado todas las fuerzas de que disponía, para aplastar del todo a estas serpientes. Las serpientes destrozadas y descuartizadas perderían las ganas de luchar, se limitarían tan sólo a arrastrarse...

Y a pesar de todo —¡qué error tan grande en sus cálculos!— una serpiente femenina, que le había atacado de pronto por la espalda, acababa de arrancarle un pedazo de su carne. La herida le dolía... Le había sido arrebatado todo su amor. Etsuko.

Sin la indagación de aquel profesor necio y honrado, nunca se hubiera sabido la causa de la muerte.

—¿Es que va a vivir otra vez con la autopsia?

—¡Qué tontería!

Otra vez volvió a gritar abriendo mucho la boca. Pero, ¿de qué serviría dar a conocer ya la causa de la muerte?

—¡Qué estupidez!

Con una sonrisa sarcástica les preguntaría él: ¿Creéis que los obreros han de amedrentarse, aunque se conozca la causa de la muerte y una de las serpientes quede aniquilada?

—Para aniquilar a esas serpientes, hay otros métodos.

No hay que mostrarles los lados débiles que uno tiene. Un tigre no retrocederá por una herida...

Su mirada se retiró del vacío. Miró por el ventanal hacia la puerta de su casa y cerró pensativamente los ojos. Se

acordó de que su nieta estaba jugando con su pelota delante de aquella puerta ayer, a las cinco.

Cuando él, como parte de su tarea diaria, había ido ayer al invernadero a regar sus plantas, había observado de pronto que allá abajo, delante de la puerta, una muchacha de unos veinte años, mal vestida, acariciaba a Etsuko... La niña reía gozosamente...

Él había pensado que sería una muchacha de la vecindad.

«¡Ella ha sido!»

Cruzó los brazos sobre el pecho y volvió a cerrar los ojos.

«¡Abuelo!»

La voz estaba grabada en sus oídos como en una placa de gramófono.

La calma del abrigado invernadero le había consolado. Experimentó bajo los párpados una sensación de calor.

—¡Qué tontería! ¡Como si por eso hubiese de volver!

Levantó la cabeza canosa y se puso en pie.

IV

protejamos la bandera

La catástrofe se acercaba.

El incendio misterioso había asestado a los huelguistas la última estocada en la garganta.

El sistema de los grupos de huelga mostraba por todas partes lagunas sensibles. Ningún grupo tenía ya local para reunirse. Y cuando se reunían varios obreros en la calle, eran disueltos, dispersados o arrestados en virtud de la «prohibición de las reuniones al aire libre».

Si Hagimura no hubiera sido también encerrado en el calabozo de la Policía, su posición entre las dos tendencias de la Dirección de la huelga le hubiera seguido proporcionando fuertes disgustos. No había otro camino que avenirse sobre la línea marcada por Nakai.

Los elementos de la derecha, que hasta entonces nada pudieron intentar bajo los ojos penetrantes de las células de grupo, fueron levantando poco a poco la cabeza. Declararon su desconfianza hacia la dirección central y hacia el Comité de grupo y contribuyeron así a propagar un estado depresivo de ánimo.

Los espías de la Compañía hacían ahora prosélitos abiertamente para aumentar los esquirols y los traidores, y la recompensa por las noticias secretas sobre los planes y las flaquezas de los huelguistas cada vez era más pequeña. Los «fardos», que al principio eran trasladados a la fábrica en secreto, ocultos en un camión, llevaban ahora zapatos y sombrero y pasaban por la puerta principal de la fábrica. Los emisarios huelguistas resultaron inútiles, y algunos de ellos ni regresaron siquiera. Las secciones de alimentación no tenían ya nada de arroz que guisar y las posibilidades de venta de la sección de comercio ambulante llegaron a ser nulas. La cooperativa estaba casi en bancarrota y en su almacén no se encontraba ya nada con que aplacar el hambre.

La central del *Hyōgikai* tampoco podía, por la amplitud del frente, seguir sosteniendo aquella huelga. El primer presidente de los huelguistas, Takagi, y casi todos los miembros de la Dirección central, Nakai, Hagimura y los demás, estaban encerrados en los calabozos de la Policía. El Comité de los dirigentes de grupo estaba también desprovisto de su núcleo, y sólo quedaban los elementos de la derecha.

La huelga estaba ya casi desbaratada.

El Comité de los directores de grupo, en su composición circunstancial, declaró también ahora su desconfianza hacia la Dirección central.

Los dirigentes de grupo no podían ya resistir los lamentos y reproches que los anegaban.

* * *

En las oficinas de la Dirección central estaba colgada la bandera roja a los rayos del sol de invierno. En su paño rojo cobijaba los muchos recuerdos tristes y heroicos de la lucha.

Bajo aquella bandera se reunió el Comité de dirigentes de grupo.

El número de dirigentes apenas alcanzaba ya a diez. Aparte de algunos de la derecha, que sólo habían sido elegidos por razón de su larga actividad en la fábrica, pero que desde el principio de la huelga no habían sido arrestados ni una vez, todos los demás eran terceros o cuartos sustitutos, pues los antiguos estaban heridos, muertos o encarcelados.

Aquellas caras, agrupadas en torno de algunos legítimos directores de grupo, eran ahora el único órgano que había de tomar la última decisión sobre aquella gran huelga, que había conmovido a Tokio y a todo el Japón.

Su «brillante sesión» empezó con lamentos. Aferrados a sus antiguas ilusiones, buscaban los errores personales de los miembros de la directiva central y formulaban sus inciertos reproches.

1. La Compañía volverá a colocar a una parte de los huelguistas, una vez disuelta la organización de la huelga.

2. Los huelguistas han de aceptar las indemnizaciones prescritas por la Compañía.

3. La Compañía entregará a los huelguistas 20.000 yenes, aparte de las indemnizaciones.

¡Quién se hubiera imaginado la posibilidad de una derrota tan miserable! Pero el Comité de los dirigentes de grupo se había quedado sin médula en los huesos en el

momento de la decisión. Sólo quedaba un delgado cordón, que el árbol gigantesco, al derrumbarse estrepitosamente, desgarró en el último instante.

—Vamos a convocar una asamblea de todos los huelguistas y que resuelvan ellos— propuso un director de grupo—. Mejor es que nosotros no adoptemos ninguna resolución, sino que los oigamos antes a todos.

Esta proposición hizo brotar un ligero rayo de esperanza en el desolado ambiente de los reunidos, que habían perdido la presencia de ánimo. Las nuevas cabezas se deslizaban inquietas de un lado para otro, como gotas de mercurio.

—¿Pero quién hace el informe?

Otra vez estaban irresolutos, porque barruntaban que una asamblea general no podía transcurrir tan pacíficamente. Ellos no se atrevían a dar el pecho al torbellino de reproches y de imprecaciones; para eso se necesitaba un firme apoyo y una mirada que abarcase todo el conjunto.

—Pues no está bien que el Comité no tome resolución alguna en este caso; eso es como una nave sin timón.

Pero, en realidad, ellos no eran buenos timoneles. Sacudidos por las olas, se agarraban a los remos, únicamente para sostenerse.

De pronto escucharon abajo voces estruendosas y observaron que subía gente por la escalera. Cinco o seis cabezas excitadas, gritaban a la vez:

—¡Sois unos bestias y unos mentecatos; nosotros no hacemos ya más tiempo la huelga, no la hacemos más!

—¡Nos habéis engañado, perros! Los granujas de la Dirección central se han hecho detener, porque tenían miedo de presentarse ante nosotros.

—¿Qué es eso de hablar ya de «dirigentes», majaderos?

Vociferaban a todo pulmón, y algunos hasta echaban lágrimas de enojo.

Los dirigentes de grupo estaban callados, sin saber qué hacer; no estaban prevenidos para aquello.

—Si nos hemos de conformar con esas condiciones, es que hemos tenido cerrados los ojos desde el principio. ¡Sois una banda de forajidos!

Los dirigentes de grupo se estremecieron. ¿Por dónde había averiguado aquella gente las condiciones de avenencia, que tan secretas se habían guardado?

—Bueno, ¿y por qué os excitáis así?

Kindo, el director más antiguo de grupo, con blusa negra de trabajo, quiso levantarse, pero entonces saltó hacia él uno de los huelguistas, le agarró por el cuello y le zamarreó:

—¡No te hagas el tonto de esa manera, imbécil!

El hombre sucio, de unos cuarenta años, que le sujetaba, en su excitación le rociaba con saliva al hablar.

—¡Ya sabemos las condiciones de avenencia! ¿Pero, qué? ¿Os figuráis que vamos a estar conformes con eso?

Los demás rodearon a los dirigentes de grupo, y la Junta quedó disuelta. Abajo se reunían entretanto los huelguistas de todos los grupos que no tenían ya local. Con el incierto fin de año por delante, casi todos tenían unas caras tristes, en las que parecían desangrarse los ojos inquietos. Sabían ser valientes, pero ahora estaban tan maltruchos, que la menor contradicción les excitaba de un modo enfermizo.

—Amigos, yo he oído una cosa increíble —dijo uno de gorra, acercándose a un grupo de unos quince hombres y enseñando las condiciones de avenencia.

—¡Y el Comité de los dirigentes de grupo se ha declarado conforme con estas condiciones!

Todos los circunstantes se quedaron pálidos.

—Pues tenedlo entendido —susurró el de la gorra, con ojos centelleantes—, los de la Dirección central se han hecho detener adrede, porque no sabían por dónde salir.

En el cielo invernizo se cernían densas nubes, y se estaba preparando una granizada. Las caras pálidas mostraban cansancio y debilidad, y en su indignación aparecían inmutadas de un modo extraño.

—¡Cuidado, cuidado, que ese individuo es muy sospechoso! —gritó un joven con pantalón de marino.

Aquel hombre le había chocado de pronto.

—¡Ésos no pasan de rumores! ¡Ya hemos oído bastantes consignas parecidas!

El que así gritaba era Ysashita, el aprendiz.

Anteriormente había visto ya al individuo sospechoso. Era fijamente Takayama, de la sección de Prensa. Le reconoció, a pesar de que llevaba sobre el kimono un *havelock*, y su apariencia era completamente distinta de otras veces. Aquel individuo aparecía siempre entre ellos en el momento más peliagudo; pero cuando realmente había peligro, desaparecía de la escena como por ensalmo. Ysashita no había oído nunca de él —y tenía una memoria formidable— que hubiese sido detenido ni una sola vez. Ysashita se escurrió ágilmente por entre la multitud para echar mano al individuo, pero había desaparecido ya.

—Quien se presente todavía esta semana, será colocado otra vez por la Compañía, con excepción de los ya despedidos...

También estos rumores habían llegado a oídos de los descontentos. Pero la gente no tenía gana tampoco de prestar oídos a las palabras de Ysashita, el polluelo.

—Vamos a preguntar a los dirigentes de grupo, y todo se pondrá en claro.

—Vamos a preguntar al Comité de grupo...

Ya no tenían energía para indagar por su cuenta de dónde procedían aquellos rumores.

En aquella confusión, los dirigentes de grupo no sólo no estaban en disposición de desenmascarar los rumores, sino que demostraban además su total incapacidad para orientar el timón de la nave encallada, con rumbo acertado.

—Granujas, nos habéis engañado. ¿Qué dirigentes sois vosotros? Lo que sois es una banda de forajidos.

—No tenemos ya gana de conversación.

Se enfurecían y gritaban, y dejaban libre curso a su enojo desesperado.

La bandera colgaba sombríamente de la pared.

* * *

Se abrió la última asamblea general de los huelguistas. Era mediodía. El granizo azotaba oblicuamente, lanzado por el vendaval, y el frío carcomía los huesos secos. En el vestíbulo del templo de Densu-in, se reunían los desastrosos huelguistas de todos los frentes.

A un lado del vestíbulo, envuelta en penumbra, había una sencilla mesa, detrás de la cual resaltaba la bandera roja, y por ambos lados estaban las muchas banderas de las secciones.

El vestíbulo estaba vigilado por policías de uniforme, con el barboquejo bajado. Por la superficie del local, como por un estrecho tenebroso, se desbordaban en remolino los pareceres de las distintas tendencias. Se buscaba la ocasión para un encuentro. A los cinco, a los diez minutos, la tensión entre las diversas corrientes era más acentuada e irreconciliable.

Los elementos fatigados, que después del barullo de la sesión de dirigentes de grupo, cada vez estaban más desesperados, se coaligaron merced a su desconfianza común hacia la Dirección central, y exigían la inmediata suspensión de la huelga. Ocupando todo el ala derecha del vestíbulo, gritaban sin cesar:

—¡Ea! ¡Vamos ya!

—¿Dónde está la Dirección central? ¡Que salga, por fin!

Atrás, en la banda izquierda, se agrupaban los jóvenes que habían quedado todavía de todos los puntos del frente. Por sus bocas bramaba la ira y el despecho; no hacían más que sacudir la cabeza, impacientes por la tardanza, y miraban con enojo a la mesa vacía de la presidencia. Eran intransigentes para toda reconciliación

Tenían miedo de que el incapaz Comité de dirigentes de grupo, amenazado por las derechas, accediese a semejante plan de reconciliación.

Constituían la minoría. Los fatigados huelguistas no parecían poder defenderse ya contra la seducción de las derechas. Los jóvenes hicieron circular hábilmente, de mano en mano, por las filas, pequeñas papeletas donde se decía:

«¡Contra toda reconciliación!»

«¡Ánimo!»

Pero las muchas caras embotadas del vestíbulo..., aquellas caras desesperadas y resignadas, no constituían ni siquiera un millar. Los tres mil camaradas, adiestrados y disciplinados en los dos últimos años del Sindicato, estaban ya quebrantados. Una tercera parte de ellos llegó incluso a boicotear esta última importante asamblea. De los valientes camaradas dirigentes, de toda confianza, no se veía ninguno... ¡Todos estaban en la cárcel!

«¡Contra toda reconciliación!»

«¡Organicemos la liberación de la Dirección central!» Aquella minoría de jóvenes sabía lo que tenía que hacer. Ahora no cabía fiarse ya del Comité de dirigentes de grupo. Las mujeres, que se hallaban atrás por la banda derecha, se inclinaron hacia los jóvenes; ahora, al borde la sima, demostraban una tenacidad maravillosa.

—¡Vámonos de esta asamblea, si no se accede a nuestro parecer! —gritaron Fusa-chan y Ogin-chan, sacudiendo furiosamente la cabeza y levantándose.

También entre los jóvenes se levantaron algunos, gritando:

—¡Abajo esas vergonzosas condiciones de avenencia!

En el vestíbulo se notaba mucha excitación. Por la banda de las derechas surgieron fuertes risas despectivas. Las mujeres se levantaron indignadas, para contestar a esta provocación. Pronto preludió uno el himno de la bandera roja. La Policía intervino y detuvo a varios, pero el himno no cesó.

Había transcurrido ya con mucho el plazo de apertura de la asamblea, y todavía no se presentaba nadie en la mesa presidencial. Por las irreconciliables divergencias de ambas corrientes, no pudo llegar la conferencia preliminar de los dirigentes de grupo a ningún acuerdo.

—¡Ea! ¡Vamos ya!

El estruendo era cada vez mayor en la sala.

Entonces saltó un joven, con su vieja gorra sucia echada sobre el cogote, hacia la mesa presidencial. Desde la derecha le aplaudieron.

—¡Camaradas!

Con los carrillos colorados, gritaba el joven a todo pulmón.

—¿Hace hoy tres meses completos que estamos luchando hasta derramar sangre...

Jadeaba después de cada frase, como un pez en seco.

—Muchos de nosotros son atormentados en la cárcel, muchos han muerto, muchos se han vuelto locos...

Sin artificio, sólo con la fuerza contenida de su cuerpo joven, el muchacho introducía cada cláusula en el auditorio como un martillo.

—Pero..., no hemos sacrificado estas víctimas... para aceptar ahora esas ignominiosas condiciones de reconciliación.

—¡Muy bien! ¡Bravo! —bramaba la gente, tragando sus palabras como una medicina.

Aquel joven no era famoso, ni aun siquiera conocido entre ellos, pero sus anchos hombros despertaban tal confianza, como si aquel importante momento en que estaba hablando estuviese sostenido por aquellos anchos hombros. El joven se quitó la gorra y la blandió en el aire:

—Ahora el enemigo se dispone a descargar sobre nosotros el golpe de muerte... ¡O le quitamos del puño la espada o moriremos bajo su filo!

Las derechas se envolvían en cauteloso silencio. El joven seguía dando cebo a su aprobación.

—Tenemos que desechar estas condiciones, rechazarlas y combatir las.

Las izquierdas acogieron al muchacho con entusiasmo y simpatía, cuando volvió de la mesa. Pero entre las derechas se murmuraba con disimulo, hasta que uno se levantó y gritó:

—¡O la inmediata reprobación de la continuación de la huelga o la aceptación de las condiciones!

En la mesa presidencial apareció ahora Kindo, con cara indiferente, como representante del Comité de dirigentes de grupo. El temple de la sala le dejó desconcertado. Parecía querer decir algo.

—¡El acuerdo del Comité inmediatamente!

Las izquierdas se levantaron y se acercaron. Las derechas amenazaban con desaprobación. Las dos corrientes se reunían junto a la mesa presidencial.

—El Comité de los dirigentes de grupo... ha resuelto, con lágrimas en los ojos..., que suspendamos esta huelga y aceptemos las condiciones...

Apenas había dicho esto, saltaron los jóvenes sobre la tribuna, le derribaron, entre las mujeres se alzaron voces chillonas..., y toda la sala se convirtió en un hervidero.

—¡Fuera esa basura!

—¡Fuera de esta sala!

—¡La bandera nos pertenece a nosotros!

Los jóvenes empuñaron la bandera roja. Gente de las derechas se la quería arrebatar. Se disputaban la bandera, y su envoltura se rasgó.

—¡Coged la bandera!

El joven que antes había hablado saltó hasta la tribuna sobre el pelotón humano que se disputaba la bandera, apartó a empujones a amigos y enemigos, cogió la bandera y echó a correr con ella fuera del vestíbulo.

—¡Afuera! ¡Afuera!

Los jóvenes y las mujeres le siguieron. Fuera se erguía el muchacho, alzando con un brazo la bandera y gritando:

—¡Defended la bandera roja!

—¡¡La bandera roja!!

Seguindo la tradición soviética, quedaríamos muy agradecidos a los lectores en el caso de que tuvieran a bien hacernos llegar sus sugerencias, comentarios o críticas.

